

QUE TODOS SEAN UNO:
EL KERIGMA APOSTÓLICO Y LA CENTRALIDAD DE LA FE EN LA VIDA COTIDIANA

Adrián Correnti

Seminario Concordia Iglesia Evangélica Luterana Argentina

Tesina presentada a la Facultad de Teología del Seminario Concordia
en cumplimiento parcial de los requisitos del programa de Bachillerato Superior en Teología.

Asesor de tesina: Prof. Antonio Ricardo Schimpf y Sergio Adrián Fritzler.

Octubre de 2011

ABSTRACT

La *Missio Dei* es la acción de Dios a favor de un mundo caído en pecado. Consiste en Dios Padre que envía a su Hijo a morir por el pecado del mundo. Y mediante la resurrección y glorificación del Hijo, el Padre y el Hijo envían el Espíritu Santo para que, por el oficio de la predicación (kerigma) apostólica, la Palabra divina llegue a todos los hombres, los convierta y los incorpore al seno de la iglesia a través de los medios de gracia y la fe, la cual ha de ser alimentada por esos mismos medios en cada etapa de la vida cotidiana. De esta manera la iglesia va creciendo desde y hacia Jesucristo, a fin de que se cumpla el objetivo divino de “que todos sean uno” (Jn 17:21) hasta la consumación definitiva del Reino de Dios. Frente a esta perspectiva bíblico-confesional del crecimiento de la iglesia, actualmente se levantan otras voces que reclaman un paradigma de crecimiento de la iglesia alternativo, basado en criterios científicos, la experiencia y la razón, alegando que dicho paradigma es de *iure divino* (de derecho divino), o instituido por Dios. El presente trabajo, en particular, realiza una crítica constructiva a la propuesta del programa de iglecrecimiento *Desarrollo Natural de la Iglesia* de Christian Schwarz.

The *Missio Dei* is God's action in benefit of a world fallen into sin. It consists of God the Father who sends his Son to die for the sins of the world. And through the resurrection and glorification of the Son, the Father and the Son send the Holy Spirit so that, by the office of Apostolic preaching (kerygma) God's word comes to all men, to convert and insert them into the heart of the church through the means of grace and faith, which is to be strengthened the same means at each stage of everyday life. In this way the church is growing from and towards Jesus Christ, in order to accomplish the divine goal "that they all may be one" (Jn 17:21) until the final consummation of the Kingdom of God. Given this biblical and confessional perspective of the church growth, now there are another voices claiming for an alternative paradigm of the church growth, based on scientific criteria, experience and reason, arguing that this paradigm is *de iure divino* (by divine right), or instituted by God. This work, in particular, offers constructive criticism to the proposed program of church growth *Natural Church Development* by Christian Schwarz.

*Dedicado a Jorge Berger,
maestro de vocación y por quien
conocí el Catecismo de Lutero.*

“Churches are not plants” — Hemann Sasse.
Letters to Lutheran Pastors, N° 22 (1952).

ABREVIATURAS

AE – Artículos de Esmalcalda.

Ap – Apología de la Confesión de Augsburgo.

CA – Confesión de Augsburgo.

CMa – Catecismo Mayor.

CMe – Catecismo Menor.

CTCR – Comisión de Teología y Relaciones Eclesiásticas.

DNI – Desarrollo Natural de la Iglesia.

FC – Fórmula de Concordia.

FC DS – Fórmula de Concordia, Declaración Sólida.

FC Ep – Fórmula de Concordia, Epítome.

IELA – Iglesia Evangélica Luterana Argentina.

LC – Libro de Concordia.

LCMS – Lutheran Church-Missouri Synod.

LW – Luther's Works.

OL – Obras de Lutero (en castellano).

RT – Revista Teológica (Seminario Concordia de Buenos Aires).

Tr – Tratado sobre el poder y la primacía del Papa.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	1
CAPÍTULO I	3
EL IGLECRECIMIENTO (<i>CHURCH GROWTH</i>) Y EL PROGRAMA “DESARROLLO NATURAL DE LA IGLESIA” (DNI)	3
1.1. ANTECEDENTES HISTÓRICOS DEL IGLECRECIMIENTO	3
1.2. MODELOS DE IGLECRECIMIENTO	4
1.2.1. Crecimiento de la iglesia o iglecrecimiento (<i>Church Growth</i>)	4
1.2.2. Método Kennedy o evangelismo explosivo	4
1.2.3. Iglesia grande y cambiada (<i>Mega y Meta-Church</i>)	4
1.2.4. Desarrollo Natural de la Iglesia (DNI)	5
1.2.5. Curso Alfa	5
1.2.6. G12 y D12	5
1.3. EL “DESARROLLO NATURAL DE LA IGLESIA” (DNI)	6
1.3.1. El modelo bipolar de iglesia	7
1.3.2. Los ocho principios cualitativos	10
1.3.3. Los seis principios bióticos	11
1.3.4. El “factor mínimo”	12
CAPÍTULO II	13
EL DESARROLLO NATURAL DE LA IGLESIA (DNI) Y UN PARADIGMA TEOLÓGICO EQUIVOCADO	13
2.1. INTERPRETACIÓN SINERGISTA DE LAS ESCRITURAS	13
2.1.1. El DNI y su uso de las Escrituras: Marcos 4:26-29	13
2.1.2. La participación del cristiano en asuntos espirituales	15
2.1.3. La falsedad del paradigma bipolar	16
2.1.4. El DNI y un concepto de “iglesia” equivocado	18
2.2. UNA REFORMA DE LA IGLESIA BASADA EN LAS OBRAS DE LA LEY	20
2.2.1. La “reforma” comprendida como cambio de estructuras	20
2.2.3. Los principios de iglecrecimiento	22
2.3. UNA IGLESIA CENTRADA EN EL SER HUMANO	24
2.3.1. El DNI y la teología de la gloria	25
2.3.2. Cristo “don” y los dones espirituales	30

CAPÍTULO III	36
MARCO BÍBLICO-CONFESIONAL DEL CRECIMIENTO DE IGLESIA.....	36
3.1. LEY Y EVANGELIO.....	36
3.1.1. La ley	36
3.1.2. El evangelio.....	37
3.1.3. El crecimiento de la iglesia entre el legalismo y el antinomismo.....	37
3.2. EL CONCEPTO LUTERANO DE “REFORMA” DE LA IGLESIA	40
3.2.1. La reforma del siglo XVI.....	40
3.2.2. La reforma de la Iglesia hoy.....	41
3.3. LA PERSPECTIVA DIVINA: LA TEOLOGÍA DE LA CRUZ	42
3.3.1. Paradoja: crecimiento en la debilidad	45
3.4. “QUE TODOS SEAN UNO” (Jn 17:21): LA CONFESIONALIDAD, PRINCIPIO DE UNIDAD DE LA IGLESIA.....	46
CAPÍTULO IV.....	48
“CRECIMIENTO DE LA IGLESIA” DESDE LA PERSPECTIVA DE DIOS	48
4.1. EL REINO DE DIOS Y LA <i>MISSIO DEI</i>.....	48
4.1.1. El Reino de Dios	48
4.1.2. La <i>Missio Dei</i>	49
4.2. LA IGLESIA.....	50
4.2.1. <i>Missio Dei</i> e iglesia	50
4.2.2. Concepto de iglesia	51
4.2.3. La distinción entre iglesia y Estado (orden espiritual y orden secular).....	52
4.3. EL CRECIMIENTO DE LA IGLESIA.....	55
4.3.1. El crecimiento de la Iglesia en el libro de Hechos	55
4.3.2. Concepto bíblico-confesional de “crecimiento de la iglesia”.....	56
4.3.3. Crecimiento externo	57
4.3.4. Crecimiento interno.....	58
4.3.5. Crecimiento externo e interno	58
4.3.6. El propósito del crecimiento: comunión con Dios, comunión con los hermanos.....	59
4.4. LA OBRA DEL ESPÍRITU Y EL CRECIMIENTO DE LA IGLESIA	62
4.4.1. El ministerio público de la Palabra	62
4.4.2. Las marcas de la iglesia.....	62
4.4.3. La centralidad de la fe en la vida cotidiana	63
4.5. EL CRECIMIENTO DE LA IGLESIA EN TENSIÓN ESCATOLÓGICA.....	65
CONCLUSIÓN	68
BIBLIOGRAFÍA	73

INTRODUCCIÓN

En estos últimos tiempos, ha surgido el llamado movimiento de iglecrecimiento (en inglés, *Church Growth Movement*), que ha levantado tanto serios cuestionamientos, por un lado, como una buena aceptación, por el otro. De entre los diferentes subgrupos que se encuadran dentro del movimiento de iglecrecimiento, el presente trabajo solamente va a analizar la propuesta del Desarrollo Natural de la Iglesia (DNI), de Christian Schwarz, por contar este con un paradigma teológico que sustenta sus propuestas prácticas. Este trabajo lo considera como un referente para entender al movimiento de iglecrecimiento en su conjunto.

El tradicionalismo de las consideradas iglesias históricas, el apego a las costumbres heredadas y a una determinada etnia, al parecer estarían poniendo trabas en la evangelización; esto es, a la proclamación del evangelio y al ingreso de nuevos miembros en las congregaciones y puntos misionales. Frente a esta realidad, los postulados del iglecrecimiento ofrecen alternativas nuevas. El libro *Cambio de paradigma en la Iglesia*, de Christian Schwarz, por ejemplo, presenta un paradigma nuevo para el desarrollo de la iglesia. Este material es de público conocimiento en IELA, y ha generado discusiones y debates sobre la posibilidad o no de su aplicación. Como ejemplo de ello se puede mencionar un curso sobre Desarrollo Natural de la Iglesia que fue presentado en el año 2006 en el Seminario Concordia, y un taller sobre evangelismo presentado en un encuentro circuital de jóvenes en Entre Ríos, en el año 2008. En ambos casos, estaban presentes los postulados de dicho movimiento.

El presente trabajo representa el esfuerzo por hallar una respuesta al tema del crecimiento de la iglesia desde la teología luterana confesional. Además, viene a ser una contestación a Christian Schwarz, al movimiento de iglecrecimiento en general (por ejemplo, a Rick Warren, C. Peter Wagner, etc.) y cuantos adhieren a sus enseñanzas. Este trabajo sostiene que aquello que el programa Desarrollo Natural de la Iglesia (DNI) llama crecimiento de la iglesia, para la perspectiva divina (las Escrituras) es más bien su decrecimiento; y lo que realmente es crecimiento desde la perspectiva divina, para el DNI es un decrecimiento. Desde la perspectiva divina, este crecimiento es la conformación del cuerpo (la iglesia) a la Cabeza del cuerpo: Jesucristo.

Los objetivos de investigación del presente trabajo consisten en: a) brindar una comprensión teológico confesional sobre el crecimiento de la iglesia; b) demostrar la falsedad de la propuesta del Desarrollo Natural de la Iglesia y los efectos contraproducentes que ocasiona en la iglesia; c) reafirmar la doctrina bíblico-confesional de la iglesia y la misión desde la perspectiva de Dios. Por otra parte, los objetivos ulteriores del trabajo de

investigación están enfocados a que la iglesia: a) rechace los postulados teórico-prácticos sobre iglesia y misión del Desarrollo Natural de la Iglesia, y junto con él, los postulados del movimiento de iglecrecimiento en su conjunto; b) que el gobierno de la iglesia (la estructura, la organización) y la doctrina bíblico-confesional sobre la iglesia y la misión no sigan caminos independientes, sino que esta última dirija al primero, y no al revés; c) encare la tarea evangelizadora a partir de la revelación de Dios, y no desde el razonamiento humano; d) sepa distinguir métodos evangelísticos válidos de los que no lo son; e) a través de un concilio, reforme su estructura organizacional y el Plan Nacional en marcha si se comprueba que atenta contra la sana doctrina; f) revise los programas y métodos evangelísticos en vigencia en las congregaciones.

Esta tesina se compone de cuatro capítulos. El primer capítulo presenta una introducción general al movimiento del iglecrecimiento, entre los cuales también se incluye el programa Desarrollo Natural de la Iglesia (DNI) de Christian Schwarz. El capítulo dos aborda los problemas teológicos que, desde una perspectiva bíblico-confesional, se hallan presentes en el paradigma bipolar del DNI. El capítulo tres presenta las bases bíblico-confesionales para el crecimiento de la iglesia; es decir, el marco teológico a partir del cual es hecha nuestra propuesta. El capítulo cuatro de la tesina presenta el concepto, los medios y el propósito del crecimiento de la iglesia desde la perspectiva de Dios (Biblia, Confesiones Luteranas). Finalmente, en la conclusión se presenta un llamado a permanecer en las confesiones de fe y a encarar la misión a partir de las mismas.

Las citas en inglés y en portugués han sido traducidas por el mismo autor. Las referencias bíblicas pertenecen principalmente a la versión del Nuevo Testamento *El Libro de la Nueva Alianza*, de la Fundación Palabra de Vida. En otros casos, corresponden a la Biblia *Reina-Valera 1960*, de Sociedades Bíblicas Unidas; y a la *Nueva Biblia de los Hispanos*, de *The Lockman Foundation*.

CAPÍTULO I

EL IGLECRECIMIENTO (*CHURCH GROWTH*) Y EL PROGRAMA “DESARROLLO NATURAL DE LA IGLESIA” (DNI)

1.1. ANTECEDENTES HISTÓRICOS DEL IGLECRECIMIENTO

El estudio del crecimiento de la iglesia “como ciencia de estudio comienza formalmente con McGavran alrededor de 1936” (Wagenveld, 2000, p. 41). Como misionero en India, “se preguntaba por qué en algunos lugares se notaba un crecimiento de la iglesia lento o nulo, mientras que ciertas congregaciones crecían” (p. 41).

McGavran participó con empeño en el evangelismo transcultural, pero no se contentó con el método de la antigua estación misionera. Su tesis era que la obra misionera podía beneficiarse de las ciencias sociales. Para McGavran, la investigación y el análisis podían quitar obstáculos al crecimiento de la iglesia. Arthur Glasser ha considerado a McGavran el “apóstol del Iglecrecimiento” (Glasser, citado en Tucker, 1988, p. 593).

La disciplina mantuvo primeramente un interés misionero e internacional. Fue en la década de 1970 que los principios del Iglecrecimiento se empezaron a aplicar al contexto de congregaciones estadounidenses. Peter Wagner, en el libro *Su iglesia puede crecer* (1980), afirma que la amplia difusión del iglecrecimiento comenzó con la publicación de McGavran *Los puentes de Dios y Cómo crecen las iglesias*. En 1970 McGavran impactó con otro libro importante: *Comprendiendo el Iglecrecimiento* (Wagenveld, 2000, p. 43).

Según la CTCR de la LCMS, el Iglecrecimiento tiene que ver con

Una aplicación de principios bíblicos, teológicos, antropológicos y sociológicos a la congregación o a una denominación y sus respectivas comunidades, con el fin de discipular el mayor número posible de personas para Jesucristo, sosteniendo que es la voluntad de Dios que su iglesia crezca y que sus hijos perdidos sean encontrados. El “Church Growth” se empeña en elaborar estrategias, objetivos y aplicar principios comprobados de crecimiento en congregaciones, denominaciones y al conjunto de la iglesia dispersa por el mundo (CTCR-LCMS, 1987, p. 45).

Sin embargo, también se entiende por Iglecrecimiento a una manera de plantación y expansión de la iglesia:

El modelo del Iglecrecimiento debe ser incluido aquí [como un modelo de plantación de iglesias]. En esta escuela, detalles sociológicos, etnológicos y precisos planes estadísticos se conciben a fin de hacer posible estrategias encaminadas a la implementación eficiente de los misioneros para el crecimiento de las congregaciones. Los presupuestos teológicos y eclesiásticos de este procedimiento rara vez —si alguna vez— son considerados (Müller, 1997, p. 432).

1.2. MODELOS DE IGLECRECIMIENTO

El movimiento de Iglecrecimiento puede ser entendido como un árbol del cual surgen varias ramas o subgrupos más específicos. A la hora de hablar sobre el tema, es importante aclarar primero de qué modelo de Iglecrecimiento se trata, ya que cada uno presenta sus propias características.

1.2.1. Crecimiento de la iglesia o iglecrecimiento (*Church Growth*)

Su fundador es Donald McGavran. El método del crecimiento de la iglesia está basado en seis principios básicos: a) el crecimiento es bíblico: Dios quiere el crecimiento. Si este se produce, es señal de que se está realizando bien la tarea. Si no hay crecimiento, es señal de que no se está haciendo bien el trabajo; b) es importante que haya grupos homogéneos: o sea, personas que gustan estar en el mismo nivel social, étnico, cultural; c) campos misionales en los cuales la semilla no germina deben ser abandonados: importa invertir en lugares que muestran una buena cosecha; d) el pastor es líder organizador y motivador; e) importa descubrir los dones: cada uno debe descubrir sus dones y colocarlos al servicio de la iglesia; f) el evangelismo es prioridad número uno (Kuchenbecker, 2004, p. 23).

1.2.2. Método Kennedy o evangelismo explosivo

Al asumir James Kennedy en 1960 la congregación de *Coral Ridge* en *Fort Lauderdale* (Florida), esta tenía apenas diecisiete miembros. Después de treinta y seis años de trabajo contaba con más de ocho mil quinientos miembros (Kuchenbecker, 2004, p. 17). La estrategia de Kennedy consistía en llevar consigo a laicos en sus visitas evangelísticas y entrenarlos hasta que se sintieran seguros de entablar una conversación en las que se formulaban una serie de preguntas. En la presentación del libro de Kennedy, Billy Graham dice:

El propio pastor [...] escoge algunos miembros y por cuatro meses, una noche por semana, son entrenados en el arte y la técnica de evangelización de casa en casa. En ese entrenamiento, reciben aulas teóricas y prácticas. Cuando esos entrenados se sienten seguros, pasan a ser entrenadores y, a su vez, entrenan a otros (Billy Graham, citado en Kuchenbecker, 2004, p. 57).

1.2.3. Iglesia grande y cambiada (*Mega y Meta-Church*)

Consiste en un cambio radical en la vida de la iglesia. Su principal exponente es el Dr. Carlos F. George, director del *Fuller Institute Evangelism and Church Growth*. Su principal libro es *Prepare your Church for the Future* (Kuchenbecker, 2004, p. 28). El punto principal del método es preparar pequeños grupos celulares. Actualmente afecta a casi todas las iglesias cristianas del mundo, con pequeñas variaciones según los países. El *Meta y Mega-Church* presenta cinco principios: a) desafíense unos a los otros: coloquen desafíos; b) muestren cómo el Espíritu Santo está actuando en sus vidas: testimonio de experiencias; c) sientan la presencia

del Espíritu Santo en sus reuniones: la unión del grupo es una evidencia de eso; d) estudien la Biblia a la luz de la pregunta: ¿Qué es lo que el texto me dice acerca de cómo debo vivir?; e) involúcrese en un ministerio (Kuchenbecker, p. 38).

1.2.4. Desarrollo Natural de la Iglesia (DNI)

En Alemania, el Mega y Meta-Church fue transformado por Christian A. Schwarz en el programa Desarrollo Natural de la Iglesia. Varias iglesias luteranas intentaron y están intentando adaptarlo (Waldo Werning, citado en Kuchenbecker, 2004, p. 28). Estas iglesias procuran que las personas se sientan bien. Ofrecen cultos con sermones motivadores, músicas excitantes con letras subjetivas, así como todo tipo de comunión envolvente (Kuchenbecker, p. 29). Sustenta un modelo bipolar de iglesia basado en ocho principios básicos. Cada principio está compuesto por un sustantivo seguido de un adjetivo que lo define. En lugar de “principio” se le llama también “característica cualitativa”. Estos son: a) liderazgo capacitador; b) ministerios según dones; c) espiritualidad ferviente; d) estructuras funcionales; e) culto inspirador; f) células integrales; g) evangelismo según necesidades; h) relaciones afectivas (Schwarz, 1999, p. 16).

1.2.5. Curso Alfa

Se considera no denominacional o interdenominacional. Está presente en casi todos los países cristianos. Busca la revitalización de la fe. Comenzó casi tres décadas atrás en la iglesia anglicana *Holy Trinity* de Londres. Su mentor es el Rev. Nicky Cumbel, quien describe el curso de esta manera: “Es la oportunidad de, en diez semanas, redescubrir la validez y la relevancia de la fe cristiana, para la vida de hoy” (Niky Cumbel, citado en Kuchenbecker, 2004, p. 38-39). Se trata de un curso práctico e informal. Un pequeño grupo de casas es invitado para una cena, en la cual serán discutidos los temas relevantes de la fe cristiana. Se afirma que es una oportunidad para investigar y rever aspectos fundamentales de la vida cristiana. Se hace énfasis en el vivir en comunión en la diversidad de doctrinas y en el hablar en lenguas.

1.2.6. G12 y D12

G12 Significa Gobierno de los 12. Es una estrategia de evangelismo y multiplicación que nació en Bogotá (Colombia) en la iglesia Misión Carismática Internacional, de la mano del pastor César Castellanos en el año 1983. El pastor Castellanos considera a Paul Yonggi Cho como su maestro y pastor. El G12 tiene como principio básico la formación de grupos homogéneos de personas, llamados células o grupos celulares. El proceso de formación de células consta de cuatro pasos, los cuales se denominan la escalera del éxito: a) ganar: orar por la persona inconversa y llevarla a la célula; b) consolidar: asistencia a un encuentro, que

consiste en un retiro espiritual de tres días; c) discipular: refuerzo de las enseñanzas recibidas en el encuentro a través de una escuela de líderes; d) enviar: luego de un proceso de ocho meses a un año, la persona que llegó a una célula se convierte en un líder que puede ahora liderar su propia célula. La meta debe ser transformar la célula en un equipo de doce. La célula es un grupo abierto y toda persona puede asistir, debe realizarse una vez por semana y es un tiempo de formación y ministración. Al mismo tiempo que hay una iglesia grande integrada por toda la congregación, también hay una pequeña, que es el equipo de doce (Misión Carismática Internacional, 2011).

Los principios, métodos y prácticas [del G12] están siendo adoptados por muchos con nombres diferentes. En Guatemala se le conoce como el “Modelo de Jesús” liderado por Cash Luna; en Argentina “Células de Adiestramiento Familiar y Evangelístico” (CAFE) liderado por Claudio Freidzon; en el Perú tenemos los “Grupos Familiares” impulsadas y desarrolladas dentro de las Asambleas de Dios del Perú, tenemos también las “Escuelas Internacionales de Iglecrecimiento”, “Escuelas de Liderazgo”, etc., dirigidos por varios pastores que trabajan a nivel interdenominacional (Gamboa, 2008).

Un modelo similar es el D12, de Carlos “Cash” Luna:

Consiste en que una pareja de líderes abre una célula de evangelismo homogénea y trabaja para ganar a los perdidos para Cristo. De los ganados escoge a doce personas con quienes inicia un grupo de discipulado o D-12, con el objetivo de formarlos para que sean obreros. Cuando están preparados estos doce son enviados de dos en dos a abrir nuevas células de evangelismo, y así sucesivamente. De esta forma todos los miembros de la congregación, desde el pastor hasta el recién convertido, están involucrados en grupos pequeños unidos unos a otros como una red en la cual cada uno recibe y da, cada uno pertenece a un grupo y preside a otro (Cash Luna, citado en Castillo, 2008).

1.3. EL “DESARROLLO NATURAL DE LA IGLESIA” (DNI)

El Desarrollo Natural de la Iglesia (DNI) es un método que tiene como objetivo un cambio radical en la edificación de la congregación. Afecta la visión sobre el ministerio, el culto, la oración, el evangelismo y la vida de la congregación (Kuchenbecker, 2004, p. 29). El desarrollo natural de la iglesia no trata del conocimiento de Dios en sí, sino del conocimiento de los principios de formación de la iglesia (Schwarz, 1996, p. 8). Al igual que el *Meta-Church*, el programa DNI consiste en:

...una fase mejorada del Iglecrecimiento. Es un cambio radical, evolutivo, en la vida de la iglesia. [...] Ese método alcanza hoy a casi todas las iglesias cristianas en el mundo, sufriendo aquí y allá pequeños cambios. En Alemania fue transformado en *Desarrollo Natural de la Iglesia* (Kuchenbecker, 2004, p. 28).

Christian A. Schwarz, nacido en 1960, es el director del Instituto para el *Desarrollo Natural de la Iglesia*. Estudió teología en Bochum, Bethel, Wuppertal y Maguncia, Alemania, y en Pasadena, California (Schwarz, 1999, p. 2). Dice el autor: “Pasé algún tiempo estudiando en la meca del movimiento de Iglecrecimiento, el Seminario Teológico Fuller, y aprendí muchas cosas buenas” (p. 9).

El programa *Desarrollo Natural de la Iglesia* es el fruto de una investigación a nivel mundial que abarcó el estudio de más de mil iglesias. A partir del análisis de los datos recolectados se pudo inferir una serie de principios universales que son determinantes para el crecimiento de las iglesias. Asimismo se logró determinar por qué algunas iglesias no crecen, enmarcándolas en dos paradigmas antagónicos: el paradigma institucionalista y el paradigma espiritualista. A partir de las investigaciones realizadas, Schwarz propuso un nuevo paradigma: el paradigma bipolar (Schwarz, 2001, pp. 220-221).

1.3.1. El modelo bipolar de Iglesia

La teología bipolar es la justificación o fundamento teológico del *Desarrollo Natural de la Iglesia*. Se trata de un paradigma teológico con una relevancia interdenominacional (Schwarz, 2001, p. 15, n.11). Sostiene la distinción y la relación entre la iglesia como *organización* y la iglesia como *organismo* (Schwarz, p. 14). Esta distinción se basa primordialmente en el trabajo teológico sistemático de Emil Brunner, Hans-Joachim Kraus y Helmut Gollwitzer (p. 15). Por tal motivo, a la teología bipolar se le llama también *eclesiología bipolar* (p. 15).

La teología bipolar tiene dos frentes teológicos antagónicos. Según Schwarz, existen tres modos de pensar con respecto a los temas teológicos más diferentes (Schwarz, 1996, p. 95): el paradigma monístico (institucionalista), el paradigma dualístico (espiritualista) y el paradigma bipolar (polos estático y dinámico). Comenta Schwarz:

El modelo de pensamiento bipolar está totalmente impregnado de lo que podemos denominar *principio reformador*. Todas las instituciones existentes son sometidas a una comprobación, bajo el punto de vista de utilidad para el desarrollo del polo dinámico, es decir: para la iglesia como organismo (p. 94).

Según la teología bipolar del DNI, el crecimiento de la iglesia consiste en la constante relación recíproca (Schwarz, 1996, p. 85) entre el polo orgánico y el polo estático de la iglesia. Esta relación creativa entre ambos polos es el secreto de una auto-organización natural (p. 84). Por auto-organización natural, el DNI se refiere al *principio de auto-organización*, es decir, al hecho de que la sola relación entre ambos polos libera una fuente de energía “prácticamente *por sí misma*. ¡Esto es liberación de potencial biótico!” (Schwarz, p. 84).

A favor de su tesis, Schwarz (1996, p. 84) menciona el hecho de que...

Una característica que aparece a lo largo de toda la creación divina, es la ley de la polaridad. Como muestra de ello puede valer el modo de funcionar el cerebro humano. [...] La misma relación entre polaridades aparece por todas partes en la creación divina, por ejemplo en la electricidad, en el magnetismo o en las relaciones entre los dos sexos. La ley de polaridad dice que a una fuerza le corresponde siempre una contrafuerza.

El autor menciona que la iglesia de Dios presenta esa misma bipolaridad:

Cuando la Biblia habla de la iglesia de Jesucristo, aparece la misma bipolaridad. Así emplea el Nuevo Testamento imágenes tanto dinámicas como estáticas, para caracterizar el ser de la

iglesia. Prototipo para el modo de pensar dinámico, son los textos en los que se describe la iglesia mediante imágenes orgánicas (p. ej. la iglesia como cuerpo, Ro 12:4-8). Prototipo para el modo de pensar estático son las expresiones que utilizan imágenes de un lenguaje técnico-arquitectónico (p. ej. Pablo como “perito arquitecto”, que ha puesto el fundamento “y otro edifica encima”, 1 Co 3:10). (Schwarz, 1996, p. 84).

De esta manera, Schwarz, concluye que está presente el pensamiento bipolar en la Biblia (Schwarz, 1996, p. 84). Otros textos base para el autor son 1 P 2:5, Ef 2:21, Ef 4:12 y 1 Co 3:9 (p. 84). En este sentido, la teología bipolar viene a ser también una manera de interpretar las Sagradas Escrituras.

“Mientras que este sistema rotativo se encuentre intacto [...], la relación entre ambos polos será enormemente creativa. En estos casos se comprueba fácilmente, que se trata de iglesias sanas y en crecimiento” (Schwarz, 1996, p. 85). El Espíritu Santo es el que da lugar al crecimiento. El problema es que, en la mayoría de las iglesias, este círculo está roto. De manera que este punto de vista bipolar [la *teología bipolar*] es sustituido por un modo de pensar unidimensional (p. 85).

El modo de pensar unidimensional está representado por los dos frentes antagónicos mencionados anteriormente: el modo de pensar espiritualista y el modo de pensar institucionalista. El DNI también llama a estos dos extremos que afectan al crecimiento de la iglesia, como dualismo (espiritualismo) y monismo (institucionalismo) (Schwarz, 1996, p. 87).

¿Cuál es el problema con estos dos modos de ver el crecimiento?: Monismo significa *identificación* [unificación de ambos polos del ser de la iglesia]; dualismo, por el contrario, *separación* de ambos polos” (Schwarz, 1996, p. 86). Sin embargo, ambos modos de pensar tienen algo en común:

...no son capaces de una visión bipolar. La consecuencia de un modo de pensar monístico para la iglesia [y su crecimiento] es tecnocracia (lema: “Sigue sólo este programa y tu iglesia crecerá”); las consecuencias de un modo de pensar dualístico se pueden describir mejor con la expresión: “espiritualismo” (lema: “¡Las instituciones carecen de importancia espiritual!”). Ambos modos de pensar están igualmente distantes de la realidad en la que Dios el Creador nos ha puesto. Impiden un modo de pensar bíblico [acerca del crecimiento de la iglesia]; impiden una fe viva e impiden, incluso, un trabajo constructivo en el desarrollo de la iglesia (Schwarz, 1996, pp. 86-87).

Para el DNI, el significado práctico de estos postulados consiste en que el crecimiento de la iglesia es algo que nosotros los humanos no podemos hacer. “Nuestro trabajo simplemente está en estimular los automatismos de crecimiento que el mismo Dios utiliza para construir su iglesia” (Schwarz, 1999, p. 23).

Por automatismos de crecimiento, el DNI se refiere a la primera palabra (el sustantivo) de cada una de las ocho características cualitativas de las iglesias en crecimiento: liderazgo capacitador, ministerio según dones, espiritualidad ferviente, estructuras funcionales, culto

inspirador, células integrales, evangelismo según las necesidades y relaciones afectivas. (Schwarz, 1999, p. 11).

Cada característica cualitativa consta de dos partes: un sustantivo (por. Ej. liderazgo, ministerio, espiritualidad, estructuras) y un adjetivo (por ej. capacitador, según dones, ferviente, funcional) [...] El secreto se esconde en la aplicación práctica de lo que representa cada uno de los adjetivos [...] tienen algo que ver con el hecho de posibilitar el funcionamiento de esos automatismos de crecimiento que Dios utiliza para construir su iglesia (Schwarz, 1999, p. 25).

Generalmente, el DNI utiliza el texto de Marcos 4:26-29 para explicar cómo funcionan los ocho principios:

Esta parábola muestra explícitamente lo que las personas pueden y deberían hacer, y lo que no pueden hacer. Deberían sembrar y recoger; pueden dormir y levantarse. Sin embargo, lo que no pueden hacer es traer fruto. [...] Esta parábola no es una mera ilustración. No, es la auténtica esencia del crecimiento de la iglesia. Las iglesias que crecen utilizan este automatismo de crecimiento, unas de forma deliberada y otras de forma intuitiva. ¡Es el “secreto de su éxito”! (Schwarz, 1999, p. 24).

La conclusión del DNI es que la causa de una falta de crecimiento en la iglesia, se debe al bloqueo de aquellas características cualitativas que están menos desarrolladas. Por otra parte, esto significa que si centramos nuestras energías principalmente en estos factores mínimos, podemos esperar que simplemente esto conduzca al crecimiento (Schwarz, 1999, p. 28). Schwarz (pp. 11, 26) no duda en afirmar:

Nuestra investigación nos enseñó que ninguna iglesia que quiere crecer puede descuidar ni siquiera una sola de estas características cualitativas. [...] Detrás de este enfoque se halla la convicción con base teológica y empírica de que la calidad en estas áreas siempre resultará en un crecimiento cuantitativo (por ej. más personas que asisten a la iglesia).

La propuesta metodológica de Schwarz para desarrollar la iglesia comienza con un diagnóstico de la misma, a través de una serie de encuestas que se rellenan y procesan por computadora. Así se obtiene un perfil de la iglesia que revelará cuál de los ocho principios es el más afectado, el cual pasa a ser considerado el factor mínimo. A partir de entonces, se implementan diez pasos operativos para reproducir la iglesia, comenzando por reforzar el factor mínimo identificado y continuando con los demás que le siguen en orden de dificultad.

Esta metodología de iglecrecimiento constituye un proceso en forma de espiral ascendente, que según el autor, demanda ante todo pensar bióticamente. El modo de pensar biótico está basado en el tipo de relaciones que los seres vivos experimentan en el mundo natural. El pensamiento biótico tiene como objetivo integrar los conceptos teóricos con la práctica. Según Schwarz, estas dinámicas de crecimiento o tipos de relaciones presentes en la naturaleza, son también las que Dios utiliza para edificar su iglesia. Los llamados principios bióticos son estos: a. interdependencia; b. multiplicación; c. transformación de la energía; d. efectos múltiples; e. simbiosis; f. funcionalidad.

Los libros publicados por Christian Schwarz ofrecen hojas de trabajo y planillas para comenzar el diagnóstico de la iglesia local. También responden a las preguntas más frecuentes que se le hacen al Desarrollo Natural de la Iglesia. A través de su sitio en Internet, así como en todos sus libros, Schwarz invita a ponerse en contacto con agentes promotores del DNI de la región donde reside la iglesia interesada, a fin de recibir más información sobre cómo implementar dicho programa en la congregación.

1.3.2. Los ocho principios cualitativos

El DNI propone el crecimiento de la iglesia a partir de ocho principios cualitativos. Estas características son absolutamente esenciales de una iglesia (Schwarz, 2001, p. 258). Estos principios se sintetizan de la siguiente manera (CoachNet Inc., 2001, diap. 27-41):

1. Liderazgo capacitador: a. unión entre el pastor y la congregación; b. delegar y compartir el ministerio; c. liderazgo por visión; d. liderar a través de la asesoría y la preparación; e. liderar el cambio.

2. Ministerio según dones: a. entender los dones; b. relacionar los dones con las tareas; c. sentido de contribución al ministerio; d. asesoría: apoyo, entrenamiento, ánimo.

3. Espiritualidad ferviente: a. disciplinas espirituales personales; b. disciplinas espirituales corporativas; c. dinamismo de fe. Base bíblica: “En lo que requiere diligencia, no perezosos; fervientes en espíritu, sirviendo al Señor, gozosos en la esperanza, sufridos en la tribulación, constantes en la oración” (Ro 12:11-12).

4. Estructuras funcionales: a. sistemas y estructuras de organización; b. supervisión del liderazgo; c. visión, objetivos y planificación; d. creatividad y cambio.

5. Culto inspirador: a. sensación de ser inspirado; b. cuidado de los niños; c. predicación transformadora; d. sensibilidad a los visitantes; e. música celebrativa y centrada en Dios. Base bíblica: “Estad siempre gozosos. Orad sin cesar. Dad gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús. No apaguéis al Espíritu” (1 Ts 5:16-19).

6. Células integrales: a. ambiente de transparencia, participación, confianza; b. enfoque espiritual; c. satisfacer necesidades; d. relevancia para la vida diaria; e. sensibilidad a los visitantes; f. multiplicación de discípulos, líderes, grupos; g. participación activa de los miembros del grupo.

7. Evangelismo según necesidades: a. evangelismo personal; b. estrategias evangelísticas corporativas; c. sensibilidad hacia los que tienen inquietudes espirituales; d. asimilación de nuevos creyentes.

8. Relaciones afectivas: a. ambiente de gozo y confianza; b. interdependencia en las relaciones; c. afirmación y ánimo mutuo; d. resolución intencionada de conflictos.

1.3.3. Los seis principios bióticos

El DNI aplica los ocho principios cualitativos a partir de un enfoque biótico. Según el DNI, hay principios de la creación de Dios que pueden aplicarse a la vida, salud y reproducción de la iglesia. Estos seis principios bióticos pueden resumirse del siguiente modo (CoachNet Inc., 2001, diap. 49-70):

1. Interdependencia: Las unidades individuales están conectadas entre sí en un sistema más amplio. Los cambios en un ministerio afectarán a otros ministerios de la iglesia. Efectos a corto plazo versus efectos a largo plazo. Palabra clave: conectar.

2. Multiplicación: Los organismos sanos no crecen indefinidamente, sino que se reproducen. El auténtico fruto de un manzano no es una manzana, sino otro manzano. El auténtico fruto de una iglesia no es un grupo nuevo, sino una nueva iglesia (principio de Jetro, Éx 18). 2 Ti 2:2: implicar a los nuevos cristianos en la evangelización. Pregunta clave: ¿Cómo contribuye esto a la multiplicación, y no sólo a la adición? Palabra clave: reproducir.

3. Transformación de la energía: El impulso o la energía que ya está fluyendo –sea positiva o negativa– se puede redirigir para cumplir los propósitos de Dios. Ejemplos bíblicos: Pablo (Hch 17:22-33), persecución de los cristianos (Hch 8:1-3), crucifixión de Jesús. Pregunta clave: ¿Cómo podemos utilizar los recursos positivos y negativos para cumplir los propósitos de Dios? Palabra clave: utilizar.

4. Efectos múltiples: Los recursos utilizados deberían incrementar la capacidad para el crecimiento y el desarrollo continuado además de servir a múltiples propósitos. Principio del aprendiz: formar nuevos obreros y líderes de entre las personas a las que se está sirviendo. Pregunta clave: ¿Cómo contribuyen estas acciones a los futuros ciclos ministeriales? Palabra clave: mantener.

5. Simbiosis: Ministerios distintos pueden mantener relaciones de cooperación para que el beneficio mutuo sea mayor que el trabajando de forma separada. Ilustraciones: las garcetas siguen a las vacas y comen los parásitos de sus lomos; los peces pequeños que limpian los dientes de los tiburones. Pregunta ejemplo: ¿Cómo puede tener el ministerio de niños una relación simbiótica con el ministerio de ancianos? Pregunta clave: ¿Cómo podemos trabajar juntos para incrementar la eficacia del ministerio? Palabra clave: cooperar.

6. Funcionalidad: Todos los ministerios tienen que producir resultados discernibles en línea con los propósitos pretendidos. El buen árbol da buenos frutos. Y por sus frutos los conoceréis (Mt 7:20). Medir los resultados: eliminar, podar, cultivar (Jn 15:1, 5-6). Preguntas

clave: ¿Este ministerio está produciendo los resultados pretendidos? ¿Cómo podemos maximizar la productividad de este ministerio? Palabra clave: evaluar.

1.3.4. El “factor mínimo”

¿Cuándo se aplica cada principio cualitativo? El DNI tiene en cuenta lo que denomina la estrategia del factor mínimo. Schwarz menciona que...

La estrategia del factor mínimo ha sido tomada de la biología. Procede de los descubrimientos hechos por Justus von Liebig en agricultura hace unos 150 años. Estos descubrimientos han sido aplicados a las dinámicas de los sistemas sociales por Wolfgang Mewes y otros (Schwarz, 2001, p. 256).

Mientras que las ocho características cualitativas describen el contenido sobre lo que se necesita trabajar (¿qué se debe hacer?) y los seis principios bióticos hablan sobre el método (¿cómo debería hacerse?), la estrategia del factor mínimo examina el momento correcto (¿cuándo deberíamos hacerlo?). De forma simplificada, el DNI se basa en las siguientes presuposiciones: la iglesia crecerá cuantitativamente hasta que la flecha del crecimiento alcance la característica cualitativa menos desarrollada (factor mínimo). Si la iglesia quiere continuar creciendo, tendrá que ocuparse de esta característica cualitativa. Si consigue desarrollar la calidad de esta área, el crecimiento cuantitativo se reanudará y continuará hasta que la flecha alcance el siguiente factor mínimo. Después, la iglesia debería concentrarse en una mejora cualitativa en esta otra área. Por lo tanto, el desarrollo de la iglesia es una interacción constante entre factores cualitativos y cuantitativos (Schwarz, 2001, p. 255-256).

El DNI explica esa interacción utilizando la ilustración del barril con tablas de diversas longitudes. A medida que el agua va llenando el barril, este comenzará a perder agua donde se encuentre la tabla de menor altura. Se hará necesario entonces levantar la tabla de menor altura para que el barril siga conteniendo agua.

El nombre del “factor mínimo” (por ej. “estructuras”) se escribe en la tabla más corta y el nombre del factor máximo (por ej. “espiritualidad”) en la más larga. [...] Mientras estoy echando agua y el suelo a los pies de los que están sentados en la primera fila se está mojando, pregunto a los participantes qué es lo que debería hacer. Algunos, el conserje incluido, me piden que deje de echar agua inmediatamente. No lo hago, por supuesto, porque en este ejemplo el agua simboliza la bendición de Dios derramándose sobre la iglesia desde el cielo. ¡No podemos pedir en serio a Dios que deje de bendecirnos sólo porque nuestra iglesia tiene problemas para “contener el agua”! [...] Finalmente, alguien sugiere que debería alargar la [tabla] del factor mínimo. ¡Y vea lo que ocurre! En el momento en el que la alargo tan sólo unos centímetros, el barril puede contener más agua (Schwarz, 1999, p. 29).

CAPÍTULO II

EL DESARROLLO NATURAL DE LA IGLESIA (DNI) Y UN PARADIGMA TEOLÓGICO EQUIVOCADO

2.1. INTERPRETACIÓN SINERGISTA DE LAS ESCRITURAS

2.1.1. El DNI y su uso de las Escrituras: Marcos 4:26-29

Para Schwarz, el paradigma bipolar de la iglesia está presente en la Biblia (Schwarz, 1996, p. 84). Otros textos base para el autor son 1 P 2:5, Ef 2:21, Ef 4:12 y 1 Co 3:9 (p. 84). En este sentido, el modelo bipolar viene a ser también una manera de interpretar las Sagradas Escrituras. Como ejemplo de ello menciona la siguiente parábola de Jesús:

²⁶ Jesús decía también: ‘El reino de Dios es como un hombre que echa semilla en la tierra,²⁷ y se acuesta de noche y se levanta de día, y la semilla brota y crece; cómo, él no lo sabe.²⁸ La tierra produce fruto por sí misma; primero la hoja, luego la espiga, y después el grano maduro en la espiga.²⁹ Y cuando el fruto lo permite, él enseguida mete la hoz, porque ha llegado el tiempo de la siega. (Mc 4:26-29).

Para Schwarz, esta parábola explica cómo funcionan los ocho principios del DNI:

Esta parábola muestra explícitamente lo que las personas pueden y deberían hacer, y lo que no pueden hacer. Deberían sembrar y recoger; pueden dormir y levantarse. Sin embargo, lo que no pueden hacer es traer fruto. [...] Esta parábola no es una mera ilustración. No, es la auténtica esencia del crecimiento de la iglesia. Las iglesias que crecen utilizan este automatismo de crecimiento, unas de forma deliberada y otras de forma intuitiva. ¡Es el “secreto de su éxito”! (Schwarz, 1999, p. 24).

Analicemos de manera breve la interpretación que el DNI ofrece de esta parábola. Según su postura, el sembrador al que se refiere la parábola, es la iglesia cristiana; la semilla que cae a tierra y fructifica, son los principios cualitativos presentados por el DNI; y el desarrollo de dicha semilla, hasta convertirse en una planta madura, es el crecimiento (en cantidad o cuantitativo) dado por Dios.

Tales ejemplos ponen de manifiesto bastante bien los aspectos centrales del desarrollo de la iglesia. El barril compuesto de ocho duelas (características cualitativas) representa lo que podemos y, según la voluntad de Dios, debemos hacer [léase, “sembrar” o aplicar dichas características]. [...] Sencillamente no podemos “fabricar” el crecimiento cuantitativo de la iglesia. [...] El apóstol Pablo quizás no utiliza la ilustración del barril con las duelas, pero habla de la misma relación entre el trabajo humano y el divino cuando usa las siguientes palabras: “Yo (observe que Pablo aquí está hablando de sí mismo) planté, Apolos regó, pero Dios ha dado el crecimiento” (1 Co 3:6). (Schwarz, 1999, p. 30).

Recordemos que en el modelo teológico del DNI, la iglesia presenta una naturaleza bipolar: un polo representa la naturaleza estructural de la iglesia, y el otro polo, su naturaleza orgánica. Por lo tanto, el sembrador de la parábola viene a significar el lado institucional de la iglesia, lo que el ser humano es capaz de hacer: sembrar. Por el otro lado, la semilla que cae a

tierra y crece “por sí misma” representa el lado orgánico de la iglesia; es decir, lo que Dios es capaz de producir: el crecimiento en cantidad de personas que forman parte de la iglesia.

A primera vista, no habría inconvenientes en aceptar esta interpretación de la parábola de Marcos 4:26-29. Suena razonable según el modelo bipolar de iglesia. Sin embargo, el problema al que nos enfrentamos aquí es de carácter exegetico: ¿De qué está hablando realmente la parábola? ¿Habla del crecimiento de la iglesia en calidad y en cantidad? ¿O más bien quiere explicar algún aspecto del Reino de Dios?

Joachim Jeremías es de la opinión que Marcos 4:26-29 pertenece al grupo de las denominadas parábolas de contraste: el grano de mostaza (Mt 13:31-32, Mc 4:30-32, Lc 13:18-19); la levadura (Mt 13:33, Lc 13:20-21); el sembrador (Mt 13:1-9, Mc 4:1-9 y Lc 8:4-8); y la semilla que crece por sí sola (Mc 4:26-29) (Jeremías, 1992, p. 179-180). En una parábola de contraste se compara el estado inicial con el estado final de una cosa:

[En esta clase de] parábolas no se describe el desarrollo; esto lo haría un occidental. El oriental piensa de otra manera; mira el estadio inicial y el final; para él en ambos casos lo sorprendente es: la sucesión de dos estados fundamentalmente diferentes (Jeremías, 1992, p. 182).

Teniendo esto en consideración, veamos la explicación que Jeremías ofrece de la parábola de Marcos 4:26-29:

[Aquí] se compara la irrupción del *reino de Dios* con la *cosecha*. De nuevo se contrapone marcadamente. Se describe plásticamente la inactividad del labrador que, después de la siembra, continúa su vida alternando el dormir y el levantarse, la noche y el día; sin que él se lo pueda explicar (ὥς οὐκ οἶδεν αὐτός) y sin que él pueda hacer nada (αὐτομάτε), la semilla crece de hierba a espiga y de espiga a grano plenamente formado (la enumeración detallada de los estadios del crecimiento, retardando la historia, contribuye a aumentar la tensión). Y, de pronto, un día llega la hora que recompensa la paciente espera. El grano está maduro, los segadores tiran de hoz, estalla el grito de júbilo: «Ha llegado la siega» (v. 29, cf. Jl 4:13). Así es con el reino de Dios: Tan *seguro* como para el labrador, después de larga espera, llega la siega, *así* Dios hará llegar el *juicio* final y el reino, *cuando haya llegado su hora*, cuando se haya llenado la medida escatológica. Los hombres no pueden hacer nada aquí, solamente pueden esperar, tener paciencia, como la tuvo el labrador (Stg 5:7). [...] Las cuatro parábolas tienen de común que contraponen principio y final. El insignificante principio y el poderoso final. ¡Qué contraste! Pero el contraste no es toda la verdad. Del grano sale el fruto; del principio sale el final. En lo más pequeño está ya activo lo inmenso. En el instante presente comienza lo que va a suceder pero ocultamente. Esta oscuridad del reino va a ser creída en un mundo que todavía no ha reconocido nada de él. A aquellos a quienes se les concede el comprender los misterios del reino (Mc 4:11) ven ya en los comienzos oscuros e insignificantes la gloria venidera de Dios. Un punto central de la predicación de Jesús, la firme confianza: ¡La hora de Dios viene! Más: ya ha comenzado. En el comienzo de Dios está ya incluido el final. Todas las dudas sobre su misión, todas las burlas, toda la poca fe, toda la impaciencia no pueden disminuir la certeza de Jesús: de la nada, a pesar de todos los fracasos, sin cesar, lleva Dios sus comienzos a la consumación. (Jeremías, 1992, pp. 186-187, 187-188).

La parábola de Marcos 4:26-29, entonces, no habla del crecimiento de la iglesia, sino de la venida definitiva y gloriosa del Reino de Dios al final de los tiempos, a pesar de que dicho Reino venga “aquí, temporalmente, por la Palabra y la fe” (CMa III.53). La semilla que el sembrador hecha a la tierra es la Palabra de Dios (Lc 8:11), o la palabra de Cristo, que es

Espíritu y vida (Jn 6:63), viva y eficaz (Heb 4:12). También, Jeremías (1992, p. 182) agrega que la semilla echada a la tierra es un símbolo de la resurrección, un símbolo del misterio de la muerte y de la vida en el Talmud (b. Sanh. 90b), en Pablo (1 Co 15:35-38), en Juan (12:24), en la primera carta de Clemente (1 Clem 24:4-5).

Aquí, la semilla muerta; allí, el ondulante campo de trigo; aquí, la muerte; allí, la vida producida por el milagro de la omnipotencia de Dios. [...] “Miremos los frutos. ¿Cómo y de qué manera se siembra? Sale el sembrador y arroja sobre la tierra cada una de las semillas. Caen en la tierra, secas y desnudas, y se descomponen. Luego de la descomposición *la magnífica providencia del Señor las hace resucitar*. Y de uno se hacen muchos y *dan fruto*» (1 Clem 24: 4-5). (Jeremías, 1992, p. 183).

Por lo tanto, la parábola de Marcos 4:26-29 no está hablando de la aplicación de determinados principios de iglecrecimiento. Antes bien, indica la obra de la Palabra de Dios (la semilla), que germina y fructifica en dirección al día de la resurrección de los muertos, al Juicio final y la vida eterna.

El reformador Lutero, al referirse al pasaje en cuestión, defiende el papel preponderante de la Palabra como protagonista de la Reforma protestante, colocándose a él mismo en calidad de servidor e instrumento de la Palabra:

En pocas palabras, la voy a predicar, enseñar, escribir, pero ningún hombre me va a limitar por la fuerza, porque la fe tiene que venir libremente, sin coacción. Me pongo a mí mismo como ejemplo. Me opuse a las indulgencias y los papistas, pero nunca con la fuerza. Simplemente enseñé, prediqué y escribí la Palabra de Dios; no hice nada más. Y mientras yo dormía [cf. Marcos 4:26-29], o bebía cerveza de Wittenberg con mis amigos Philips [Melanchthon] y [Nicholas von] Amsdorf, la Palabra debilitaba al papado tan enormemente, como nunca ningún príncipe o emperador le infligió pérdidas. Yo no hice nada, la Palabra lo hizo todo. (LW, 1959, vol. 51, p. 77).

2.1.2. La participación del cristiano en asuntos espirituales

El papel de los cristianos es instrumental en el tema crecimiento de la iglesia. Somos colaboradores de Dios (1 Co 3:9). En un principio, Schwarz sostiene lo mismo:

No deberíamos confundir, sin embargo, este tema con la contribución que nosotros hacemos a nuestra propia salvación, algo que se ha debatido con gran calor desde la disputa entre Pelagio y Agustín. En este libro, no hablo de la cooperación en nuestra salvación, sino exclusivamente de nuestra cooperación en el desarrollo de la iglesia. Sería desastroso transferir las mismas fórmulas que hemos ideado para una cuestión a otro tema completamente diferente (Schwarz, 2001, p. 259, n. 1).

La interpretación del DNI de la parábola de Marcos 4:26-29, establece que hay algo que los cristianos pueden contribuir para el crecimiento de la iglesia: aplicar los principios cualitativos. Esa es la parte que nos corresponde hacer, diría Schwarz. Pero tanto Jeremías como Lutero son de una opinión diferente. Dios no necesita del esfuerzo de la iglesia para hacer venir su Reino: el mismo “viene, en verdad, por sí mismo sin nuestra oración, mas rogamos en esta petición [“Venga tu Reino”] que venga también a nosotros” (CMe, III.7). Ni aún en los que han sido regenerados y son hijos de Dios la voluntad humana obra algo por sí

mismo, sino que todo es obra del Espíritu Santo: “Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Fil 2:13). Aclara la Fórmula de Concordia, Declaración Sólida:

Como las virtudes naturales del hombre no pueden hacer ni ayudar a realizar nada (1 Co 2:14; 2 Co 3:5), Dios, en su infinita bondad y misericordia, viene primero a nosotros y hace que su santo evangelio sea predicado. Mediante este santo evangelio, el Espíritu Santo desea obrar y realizar en nosotros esta conversión y regeneración, y mediante la predicación y el estudio de su palabra enciende en nosotros la fe y otras virtudes piadosas, de modo que éstas son dones y obras del Espíritu Santo únicamente (FC DS, II.71).

La iglesia no se edifica a partir de ella misma, mediante principios de iglecrecimiento basados en investigaciones sociológicas y pruebas empíricas, sino a partir del ministerio de la Palabra de Dios: “Tú eres Pedro, y sobre esta roca [el ministerio de la confesión de fe que Pedro hizo], edificaré mi iglesia” (Mt 16:18), dice Jesús. Lutero, como acabamos de citar arriba, indicaría que tal crecimiento es operado por la Palabra predicada, enseñada (LW 51:77) y por los sacramentos instituidos por Cristo.

La parábola de Marcos 4:26-29 enseña cómo el Reino de Dios, de un comienzo humilde, llega a su plenitud en la resurrección de los muertos. Durante ese lapso de tiempo, el Reino de Dios viene a nosotros de una manera incomprensible a la razón humana. No viene por la fuerza o el poder humano, sino mediante “la Palabra y la fe” (CMA III.53). El énfasis no está puesto en el proceso, en el desarrollo de la semilla hasta convertirse en una planta, sino en el resultado final: el Reino de Dios que viene.

2.1.3. *La falsedad del paradigma bipolar*

De todo esto se demuestra no solamente la interpretación equivocada que Christian Schwarz y el DNI hacen del texto de Marcos 4:26-29, sino también que el modelo bipolar de iglesia es un concepto errado. La misma parábola que el DNI utiliza como ejemplo de dicho paradigma, ha venido a desmentir tal idea. Todo es obra de Dios y de su Palabra. La participación de los cristianos en la gran comisión (Mt 28:19-20), en calidad de colaboradores, es solamente un fruto de la gracia de Dios que actúa a través de ellos: “Por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia no fue estéril en mí, sino que yo he trabajado más que todos ellos, aunque no he sido yo, sino la gracia de Dios que está conmigo” (1 Co 15:10).

...el Espíritu Santo permanecerá con la santa comunidad o cristiandad hasta el día del juicio final, por la cual nos buscará, y se servirá de ella para dirigir y practicar la palabra, mediante la cual hace y multiplica la santificación, de modo que la cristiandad crezca y se fortalezca diariamente en la fe y sus frutos que Él produce. [...] Mediante el ministerio de la palabra de Dios nos lleva a la iglesia cristiana, en la cual nos santifica y nos hace crecer en la fe y las buenas obras. Si bien es verdad que los regenerados aún en esta vida progresan de tal modo que realmente desean, aman y hasta hacen lo bueno y crecen en la piedad, sin embargo, esto no es, como ya queda dicho, fruto de nuestra voluntad o capacidad, sino que es el Espíritu Santo quien obra tal querer y hacer, como San Pablo lo atestigua (Fil 2:13). Y en Efesios 2:10 el apóstol atribuye esa obra a Dios, pues nos dice: “Somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para

buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas” (FC DS II.37b-39).

Aunque el DNI rechaza ser tildado de sinergista o de semi-pelagiano, su paradigma bipolar de iglesia afirma más bien lo contrario. Como hemos visto, Schwarz es capaz de distinguir entre la participación de la voluntad humana (albedrío) con respecto a su salvación, de la participación de esa voluntad en asuntos temporales (Schwarz, 2001, p. 259, n. 1). El crecimiento de la iglesia no es comparable al crecimiento de una simple planta, sino que tiene que ver con bienes eternos. Sin embargo, Schwarz insiste en preguntarse: “¿Podemos hacer crecer la iglesia?” (p. 259). Su respuesta es: “Trabajar en el polo institucional/organizativo puede estimular el crecimiento de la iglesia como organismo. La tarea, por tanto, es estructurar el polo organizativo de manera que sirva de la forma más efectiva al desarrollo de la iglesia como organismo” (pp. 259-260). Si por lo antes expuesto queda demostrado que incluso la colaboración de los cristianos en el Reino de Dios es una obra de Dios, ¿cómo ahora, pues, el DNI agrega junto al “no podemos hacer crecer la iglesia”, también un “sí, podemos”?

Es verdad que con ese “sí” el DNI se está refiriendo al trabajar en el polo institucional/organizativo de la iglesia, (Schwarz, 2001, p. 259). Pero debe recordarse que, para Schwarz, el polo institucional incluye, entre otras cosas, la predicación y administrar los sacramentos, y las reglas de fe (pp. 18-19). Teniendo esto en consideración, no comprendemos porqué el DNI atribuye el trabajo en el polo institucional de la iglesia como una obra humana, cuando en realidad es también una obra de Dios. En otras palabras: Si el Espíritu Santo es quien obra por la predicación de la Palabra de Dios y por los sacramentos, ¿por qué Schwarz asigna como una obra nuestra tal predicación y tales sacramentos, y no a Dios?

Otro punto en contra del DNI, es que no dice nada respecto a este pasaje bíblico: “Bendito sea Dios, el Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendicionado con toda clase de bienes espirituales en el cielo, y nos ha elegido en él, antes de la fundación del mundo... Él nos predestinó a ser sus hijos adoptivos, por medio de Jesucristo, conforme al beneplácito de su voluntad” (Ef 1:3-4a, 5). En el DNI, la relación entre el crecimiento de la iglesia y la doctrina de la predestinación queda sin resolver, pero no para las Confesiones Luteranas:

Esta doctrina proporciona un consuelo íntimo para los que se hallan en la aflicción y la tentación, pues enseña que Dios, en su consejo celebrado ya antes de la fundación del mundo, determinó y resolvió ayudarnos en todas las necesidades y penurias de la vida, otorgarnos paciencia para llevar la cruz, darnos consolación, fortalecer y estimular la esperanza y producir todos aquellos resultados que han de contribuir a nuestra salvación. De igual manera, esta doctrina, según la trata San Pablo de una manera tan consoladora en Romanos 8:28-29, 35-39, nos enseña, que antes de la fundación del mundo, Dios determinó mediante qué cruces y

sufimientos él habría de conformar a cada uno de sus escogidos a la imagen de su Hijo y qué provecho habría de traer para cada uno la cruz de la aflicción, porque los escogidos son llamados según el propósito. De esto Pablo concluye que él está completamente seguro y no abriga la menor duda de que “ni la tribulación, ni la angustia, ni la muerte, ni la vida, etc., nos podrá apartar del amor de Dios que es en Cristo Jesús Señor nuestro” (Ro 8:28-29, 38, 39). Este artículo también proporciona el confortante testimonio de que la iglesia de Dios existirá y permanecerá pese a todos los ataques del Maligno; e igualmente enseña cuál es la verdadera iglesia de Dios, a fin de que no nos ofendamos por la gran autoridad y majestuosa apariencia de la iglesia falsa (Ro 9:8 y sigte.) (FC DS XI.48-50).

2.1.4. El DNI y un concepto de “iglesia” equivocado

Aquí llegamos al punto principal del asunto: sobre el de la naturaleza de la iglesia. Así como quedó demostrada la falsa interpretación de la parábola de Marcos 4:26-29, la cual dejó al descubierto la falsedad del paradigma bipolar, ahora también nos hallamos con un falso entendimiento de lo que es la iglesia. Schwarz sostiene que:

La naturaleza de la iglesia está compuesta de dos elementos: el polo dinámico (organismo) y el polo estático (organización). Ambos son necesarios para el desarrollo de la iglesia, y ambos polos están implícitos en el concepto de *ekklesia* del Nuevo Testamento (Schwarz, 2001, p. 16).

A decir verdad, no se puede probar mediante las Escrituras la existencia de una naturaleza doble de la iglesia, aunque Schwarz (2001, p. 16-17) lo intente, citando por ejemplo: 1 Pe 2:4-8, piedras (metáfora técnica) vivas (metáfora orgánica); Ef 2:19-22, creciendo (metáfora orgánica) para ser un templo (metáfora técnica); 1 Co 3:9, campo de Dios (metáfora orgánica) y edificio de Dios (metáfora técnica); Ef 4:12, edificación (metáfora técnica) del cuerpo de Cristo (metáfora orgánica); y Ef 4:16, de quien todo el cuerpo (metáfora orgánica)... recibe su crecimiento para ir edificándose (metáfora técnica) en amor. Antes bien, según las Escrituras, la palabra predicada de Dios y la administración de los sacramentos no son un aspecto institucional en la iglesia, como afirma Schwarz (pp. 18-19), sino todo lo contrario: mediante el ministerio de la Palabra, la iglesia es creada *ex nihilo* (de la nada) por Dios mismo. En el Tratado sobre el Poder y la Primacía del Papa, Melancton escribe:

En cuanto a la declaración “Sobre esta roca edificaré mi iglesia” (Mt 16:18), es seguro que la iglesia no está edificada sobre la autoridad de un hombre, sino sobre el **ministerio de la confesión** que Pedro hizo, cuando declaró que Jesús era el Cristo, el Hijo de Dios. [...] Así declara Crisóstomo que Cristo dice “sobre esta roca” y no “sobre Pedro”, porque edificó su iglesia no sobre un hombre sino sobre la fe de Pedro; y ¿cuál era esta fe sino: “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente”? Hilario declara: “El Padre reveló a Pedro para que dijera: ‘Tú eres el Hijo del Dios viviente’. Por ende, sobre esta roca de confesión está edificada la iglesia. Esta fe es el fundamento de la iglesia”. (Tr. 25a, 28-29).

De lo dicho anteriormente, se deduce que cuando el apóstol san Pablo habla “yo planté, Apolos regó, pero Dios ha dado el crecimiento” (1 Co 3:6), texto que Schwarz conoce muy bien (2001, p. 263), no está refiriéndose a una cierta naturaleza bipolar de iglesia ni a principios de iglecrecimiento en los que “la agricultura es el modelo” (p. 261). Pablo tampoco está colocándose como un agente imprescindible al cual Dios necesita para edificar su Reino.

Si se analiza con detenimiento el contexto del mismo pasaje, Pablo declara: Yo sólo soy un servidor (v. 5); planto (v.6), pero en realidad no hago nada, sino que Dios hace todo (v. 7); sin embargo, Dios va a recompensarme (v. 8), y me considera colaborador suyo (v. 9), por la sola gracia que me manifestó (v. 10) en Cristo Jesús (v. 11). Con estas palabras Pablo hecha por tierra toda presunción y altivez humana que pretenda asumir para sí misma, aunque sea en una pequeña parte, la tarea de edificar la iglesia y, al mismo tiempo, deja en claro en cómo debe entenderse la afirmación de que somos “colaboradores de Dios” (1 Co 3:9; 2 Co 6:1).

La parábola de Marcos 4:26-29 no puede ser interpretada de una manera sinergista. Dice Lenski: “No hay pensamiento sinergista o semipelagiano en esta parábola, sino todo lo contrario, el monergismo de la Palabra” (Lenski, Vol. II, 1946, p. 185). Del mismo modo, no es posible una interpretación sinergista del crecimiento de la iglesia, cosa que el DNI sí hace: un poco colabora el hombre, otro poco colabora Dios. El hecho de que los cristianos no consigan su salvación ni sean justificados delante de Dios mediante esfuerzos propios, sino “por gracia, por causa de Cristo mediante la fe” (CA, IV.2), es evidencia de que también el crecimiento de la iglesia es por gracia, por causa de Cristo, mediante la fe.

“Las iglesias no son plantas” (Sasse, 1952, carta N° 22, p. 9). Al contrario: es Cristo, la Palabra de Dios, el grano de trigo que cae a tierra y muere para dar mucho fruto (Jn 12:24). Él es la Palabra que se hizo carne y habitó entre nosotros (Jn 1:14), murió por nuestros pecados y resucitó al tercer día de entre los muertos (1 Co 15:3-4) para darnos vida eterna (Jn 3:16). Al injertarnos junto a sí mismo, la vid verdadera del Padre (Jn 15:1), mediante el milagro del Bautismo (Ro 6:3-4) y la fe (Ef 2:8), Él crece y multiplica en nosotros frutos (Jn 15:5, 8) del Espíritu (Ga 5:22-23). Esto lo realiza incluso a pesar de y en medio de nuestra debilidad (2 Co 12:9), para que habiendo sido podados por el Padre celestial, demos todavía más frutos (Jn 15:2). Apartados de esta vid que es Cristo nada podemos hacer (Jn 15:5). Por eso, es constante el llamado a permanecer unidos a Él (Jn 15:7, 9b, 10a), así como Él permanece en los creyentes (Jn 15:4), no considerando la propia justicia basada en las obras, sino la suya que se recibe gratuitamente mediante la fe (Fil 3:7-9), a fin de participar de sus sufrimientos pero también del poder de su resurrección para vida eterna (Fil 3:10-11).

Pero Christian Schwarz y el DNI, como queda demostrado, no entienden de manera bíblica el crecimiento de la iglesia. Como dice un teólogo: “El hombre moderno va al campo y entiende el crecimiento como un proceso biológico. Los hombres de la Biblia van al campo y ven en el mismo proceso un milagro de Dios tras otro, resurrecciones de la muerte” (Jeremías, 1992, p. 183). En las Escrituras no se encuentra un desarrollo natural de la iglesia; antes bien, si se lo quiere expresar de esta manera, se revela un desarrollo divino de la iglesia (*Missio Dei*).

El crecimiento de la iglesia, por lo tanto, ha de entenderse de manera monergista; no como un proceso natural, sino enteramente como milagro y obra de Dios. Pero para adquirir tal comprensión, se debe por un lado dejar atrás el falso paradigma del DNI, y por el otro reconocer, desde la perspectiva divina únicamente (las Escrituras), cómo Dios se relaciona y trata con los seres humanos.

2.2. UNA REFORMA DE LA IGLESIA BASADA EN LAS OBRAS DE LA LEY

El programa DNI se presenta a sí mismo como la tercera reforma: la reforma de las estructuras. Según el DNI, no plantea borrar 2000 años de historia de la iglesia y crear algo totalmente nuevo. La reforma luterana del siglo XVI reformó la teología; la reforma pietista del siglo XVII reformó la espiritualidad. Lo que requiere la tercera reforma es nada menos que la aplicación de los principios de la reforma a la situación actual. Si se niega enfrentarse a esta tarea, se rechaza uno de los principios centrales de la reforma del siglo XVI: que la iglesia debería estar continuamente reformándose (*ecclesia semper reformanda*). (Schwarz, 2001, p. 12). Comenta el autor:

El logro de la primera reforma [la reforma luterana] fue el *redescubrimiento* de la fe personal y el sacerdocio de todos los creyentes. El logro de la segunda reforma [el pietismo] fue empezar a *ejercitar* estos conceptos centrales. La tarea de la tercera reforma será estructurar la iglesia de tal manera que las preocupaciones por las que lucharon las dos primeras reformas se conviertan en algo normal en la vida diaria de la iglesia (Schwarz, 2001, p. 98).

2.2.1. La “reforma” comprendida como cambio de estructuras

Para el DNI, el principio de la funcionalidad es asumido como principio reformador de la iglesia. Dentro del modelo bipolar de iglesia, el concepto de funcionalidad tiene que ver con “cuánta utilidad tiene el polo organizacional (estático) de la iglesia para estimular el polo orgánico (dinámico)” (Schwarz, 2001, p. 76). “En otras palabras, el criterio para cada institución debería ser cuánta *utilidad* tienen para edificar el cuerpo de Cristo”, dice Schwarz (p. 75). El problema, según Schwarz, es que la cuestión de utilizar métodos en el trabajo práctico del desarrollo de la iglesia es vista como una cuestión ateológica, cuando en realidad es muy teológica; el “término *teológico* a menudo se identifica con un concepto de verdad estático” (p. 68).

Por lo tanto, el DNI sostiene que no debe entenderse su propuesta de una tercera reforma de la iglesia como sinónimo de pragmatismo o de utilitarismo. El autor fundamenta su postura en base a declaraciones de C. Peter Wagner:

Como el objetivo de Dios está claro, la gente del iglecrecimiento enfoca la tarea de llevarlo a cabo de una forma bastante pragmática. La palabra “pragmática”, sin embargo, ha traído algunas críticas. Quizá no es la mejor palabra, pero dado que se está usando, debería ser explicada. Mi diccionario define pragmático como ‘preocupado por las consecuencias o los

valores prácticos'. Esta es la manera en que el iglecrecimiento entiende el término. No se refiere al tipo de pragmatismo que trata a la gente como objetos y los deshumaniza. No se refiere al pragmatismo que compromete los principios éticos y doctrinales de Dios, la Biblia y el Reino. Se refiere el pragmatismo preocupado por las metodologías de valor neutral (C.P.Wagner, citado en Schwarz, 2001, p. 74, n. 28).

2.2.2. *La estructura de la iglesia, ¿una cuestión indiferente?*

Christian Schwarz afirma que la reforma de la iglesia consiste en un cambio de las estructuras, en una modificación de la iglesia como organización. Está claro que el criterio de la funcionalidad que el autor sostiene puede llevar a la solución de varios problemas de corte institucional. También, estamos de acuerdo en que las estructuras en la iglesia son un tema que no puede pasar desapercibido, y que deben ser analizadas para discernir el contenido y las consecuencias teológicas que pueden traer consigo. Como dice la Fórmula de Concordia en la Declaración Sólida:

Creemos, enseñamos y confesamos también que (en materia de cosas indiferentes genuinas) la congregación de Dios tiene en todo lugar, en todo tiempo, y debido a la misma naturaleza de las circunstancias, el pleno derecho, poder y facultad de cambiarlas, disminuirlas (lat.: abrogarlas) y aumentarlas (lat.: instituir las), por supuesto sin ligereza ni ofensa, sino ordenada y adecuadamente, tal como en cada caso parezca más útil, más provechoso y mejor para el buen orden, la disciplina cristiana, el decoro evangélico y la edificación de la iglesia. Cómo se puede además usar de consideración, en cuanto a cosas exteriormente indiferentes para con los débiles en la fe, y cederles con buena conciencia, lo enseña san Pablo en Romanos 14 y lo demuestra con su propio ejemplo (Hch 16:3; 21:26; 1 Co 9:19). (FC DS X.9).

El problema que presenta el DNI, es que considera a la reforma de las estructuras como un elemento totalmente indispensable para el crecimiento de la iglesia. Ya se ha visto en el Capítulo I que Schwarz considera al principio estructuras funcionales como uno de los ocho factores de crecimiento. La Fórmula de Concordia, sin embargo, califica a la estructura eclesial como un tema normalmente neutral, indistinto (adiáfora).

Pero esto no es todo lo que las Confesiones Luteranas tienen para decir sobre el tema de la estructura de la iglesia. Además agregan:

Creemos, enseñamos y confesamos además que en casos en que se debe hacer profesión de fe, a saber, cuando los enemigos de la palabra de Dios intentan reprimir la doctrina pura del santo evangelio, toda la congregación de Dios y cada cristiano en particular, y ante todo los ministros de la palabra de Dios como administradores de la congregación de Dios, tienen el deber impuesto por la palabra divina de confesar públicamente, con palabras y con hechos, la doctrina y todo lo concerniente a la religión verdadera; y en tal caso no deben ceder a los adversarios ni aun en estas cosas indiferentes, ni tampoco deben tolerar que los enemigos de ella las impongan por la fuerza o con astucia en su afán de adulterar el verdadero culto a Dios e implantar y confirmar la idolatría. Pues así está escrito en Gálatas 5:1: "Estad, pues firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres, y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud." (FC DS X.10-11a).

Y en otra parte dicen:

...se trata aquí también del artículo de la libertad cristiana, artículo cuya fiel conservación el Espíritu Santo encarga a su iglesia tan encarecidamente por boca de su santo apóstol (Pablo), como acabamos de oír. Pues tan pronto como se debilita este artículo y se compele a la iglesia a la observancia de tradiciones humanas como si éstas fuesen imprescindibles, y como si su no observancia fuese una falta o pecado, se está allanando el camino a la idolatría y de esa manera

se multiplican después las tradiciones humanas y se las tiene por culto a Dios, considerando no sólo igual, sino aun superior a los propios mandatos divinos. (FC DS X.15).

La reforma de la iglesia no es obra humana sino obra de Dios. No se desprende del hecho de que se haga necesario una mejora en la administración o en el gobierno de la iglesia, que el concepto de reforma esté asociado a un cambio de estructuras. Las Sagradas Escrituras, la historia de la iglesia y las propias Confesiones Luteranas enfatizan más bien que la reforma siempre es producto del evangelio, de la Palabra de Dios.

Por lo tanto, la Fórmula de Concordia establece que un asunto adiáfora, por ejemplo, la estructura de la iglesia, deja de serlo cuando comienza a ir en contra del evangelio, es decir, con el concepto de la libertad cristiana. En este sentido, tal como afirma Schwarz, estamos de acuerdo en que las estructuras de la iglesia deben ser funcionales. La pregunta es: ¿funcionales a qué o a quién? En nuestro caso, confesamos que son funcionales al evangelio, y no a las tradiciones de hombres.

Pero en el caso de Christian Schwarz, las estructuras deben ser funcionales al paradigma bipolar de iglesia y a los principios cualitativos. En palabras del apóstol Pablo, más que una reforma genuina de la iglesia, una reforma en base a principios humanos representa un retorno a las obras de la Ley: “De Cristo se han separado, ustedes que procuran ser justificados por la ley; de la gracia han caído” (Gl 5:4). Para que no se desestime la seriedad de nuestras afirmaciones, vale mencionar lo que dice Schwarz sobre el principio estructuras funcionales:

Nuestras encuestas a más de mil iglesias de todo el mundo han demostrado que la característica cualitativa “estructuras funcionales” es uno de los ocho signos esenciales de una iglesia en crecimiento. En otras palabras, si este punto está ausente (o está débilmente desarrollado), es muy probable que la iglesia no crezca, no importa lo desarrolladas que estén las otras siete características. (Schwarz, 2001, p. 97).

El debate sobre el tema del crecimiento de la iglesia y sobre la estructura eclesiástica nunca se hubiera producido, si Christian Schwarz no hubiera hecho tales afirmaciones. Al calificar a la estructura (así como también a los demás principios cualitativos) “uno de los ocho signos esenciales de una iglesia en crecimiento” (Schwarz, 2001, p. 97), el autor pasó del terreno de la estructura (y por ej. de las estrategias evangelísticas) como un tema adiáfora, al de la estructura como una cuestión de fe. Él mismo sostiene: “De manera repetida hemos llamado a los principios del desarrollo de la iglesia, principios divinos. Esta afirmación precisa ser aclarada. ‘Divinos’ quiere decir *creados* por Dios” (Schwarz, 1996, p. 106).

2.2.3. Los principios de iglecrecimiento

El denominador común de la mayor parte de los diversos tipos de iglecrecimiento, consiste en la propuesta práctica de un crecimiento de la iglesia en base a estrategias,

propósitos o principios. Para el Desarrollo Natural de la Iglesia son ocho principios. Para Rick Warren la iglesia se edifica y es controlada por una declaración de propósito que consta de cinco principios: adoración, evangelismo, compañerismo, discipulado y ministerio (Conducidos con Propósito Argentina, 2011). Y el Movimiento de Plantación de Iglesias (en inglés, *Church Planting Movements*), sostiene diez principios de crecimiento de la iglesia: a) oración; b) siembra abundante del evangelio; c) plantación intencional de iglesias; d) autoridad bíblica; e) liderazgo local; f) liderazgo laico; g) células o iglesias-casas; h) iglesias que plantan iglesias; i) reproducción rápida; j) iglesias saludables (Garrison, 2000, pp. 33-36).

Después de estudiar los *Movimientos de Plantación de Iglesias* en todo el mundo, hemos encontrado al menos 10 elementos presentes en cada uno de ellos. Si bien puede ser posible tener un movimiento de plantación de la iglesia sin ellos, todavía tenemos que ver que esto ocurra. Cualquier misionero de un *Movimiento de Plantación de Iglesias* debe considerar estos 10 elementos (Garrison, 2000, p. 33).

Si los principios de iglecrecimiento son dados por Dios, ¿por qué los diversos grupos que promocionan el crecimiento de la iglesia no se ponen de acuerdo en el número y en las propiedades de esos mismos principios? La clave está en determinar qué considera el iglecrecimiento y el DNI un principio. ¿Se refiere a una estrategia misionera? ¿A una verdad de las Sagradas Escrituras? ¿O a principios sociológicos y antropológicos? La CTCR de la LCMS (1987, p. 45) considera como un principio de iglecrecimiento “una verdad universal que, aplicada debidamente, junto con otros principios, contribuye significativamente al crecimiento de la iglesia”. En palabras de Christian Schwarz...

Cada vez que pisoteamos los principios fundamentales de la edificación de la iglesia, que conocemos por la Biblia y la experiencia [...], actuamos por fuerza propia [...]. Los principios del desarrollo natural de la iglesia son los principios de Dios —y esta convicción es el hilo conductor del libro. [...] Los conceptos que hemos utilizado para describir los principios son imperfectos. [...] Pero esto no resta nada al hecho de que los principios mismos tienen su origen en Dios, pese a nuestras imperfecciones (Schwarz, 1996, p. 126).

Según el autor, los principios de iglecrecimiento del DNI provienen de “la Biblia y la experiencia” (Schwarz, 1996, p. 126). En otra parte, menciona que un principio de iglecrecimiento es tomado de “detalles extraídos de cientos de modelos. El criterio es lo que ha sido de utilidad universal” (p. 59). Y un modelo, según el autor, es descripto como “las experiencias de una congregación que se exponen de tal manera que invitan a su imitación” (p. 59).

De lo dicho anteriormente, se deduce que Schwarz no considera a la Biblia como la única fuente de autoridad para decirnos qué es la iglesia y en qué consiste el crecimiento de la misma, sino que se considera también la opinión y el aporte de las ciencias auxiliares, como ser, la antropología cultural, la sociología, entre otras. En ese caso, un principio de iglecrecimiento no es lo mismo que un principio bíblico, por más que se lo entienda en tal sentido. La CTCR de la LCMS (1987, p. 45) distingue ambos conceptos cuando define a los

principios bíblicos como “verdades reveladas en la Escritura, fundamentadas en la revelación y aceptadas como soporte de la fe”. Un principio bíblico, tal como su nombre lo indica, está fundamentado solamente en las Sagradas Escrituras; no así los principios de iglecrecimiento de Christian Schwarz. Por irónico que parezca, estamos de acuerdo con la siguiente afirmación del mismo autor:

Ni la observación de la iglesia ni la de la naturaleza deben constituirse en normas de validez definitivas para nosotros, pues cada vez que un criterio [léase *principio de iglecrecimiento*] contradiga la verdad bíblica, como cristianos que somos, hemos de rechazarlo, por muy exitoso que pueda parecer (Schwarz, 1996, p. 13).

La diferencia que existe entre los dos conceptos mencionados, ayuda a entender mejor porqué en los principios de iglecrecimiento puede notarse un énfasis mayor en el punto de vista humano del crecimiento de la iglesia, que de la perspectiva de Dios a través de las Escrituras (revelación): porque se considera que la razón y la experiencia tienen la misma autoridad que la Escritura para hablar en materia de fe y vida cristiana. Dice Schwarz:

No aprendí los principios del desarrollo natural de la iglesia del movimiento de la Nueva Era (ni de científicos seculares), sino más bien de mis observaciones y encuestas a iglesias. Fue después cuando descubrí paralelismos con otras áreas y “tomé prestada” la terminología de la cibernética secular y la introduje dentro de la discusión sobre iglecrecimiento (esto es, los principios de la simbiosis, de la transformación de la energía, etc.). (Schwarz, 2001, p. 236).

Para el DNI, el tema de la iglesia y de la vida cristiana está ligado principalmente a principios. Pero esto no es propio solamente del DNI. En general, la literatura evangélica suele decir algo similar: “La literatura evangélica actual, con su infinidad de principios, ilustraciones populares efusivas y consejos prácticos, presenta el poder para una nueva vida como una combinación de obra humana y obra divina” (Senkbell, 1989, p. 119). La Fórmula de Concordia, sin embargo, declara: “Sabemos que la sabiduría de este mundo perverso es sólo insensatez delante de Dios (1 Co 3:19) y que los artículos de fe deben ser juzgados únicamente por medio de la Palabra de Dios” (FC DS II.8b). Y entre los artículos de fe, se encuentra el de la iglesia, como reza el Credo Apostólico: creo en “la santa iglesia cristiana, la comunión de los santos”.

2.3. UNA IGLESIA CENTRADA EN EL SER HUMANO

Lo que Christian Schwarz califica de crecimiento de la iglesia, constituye más bien un decrecimiento de la misma. El DNI conlleva al peligro de desviar a la iglesia cristiana de la adoración al verdadero Dios. En este sentido, puede afirmarse que conduce a la idolatría y a la apostasía, esto es, a una desviación notoria de la verdadera fe y del verdadero cristianismo, toda vez que equipara a las tradiciones humanas basadas en la razón y la experiencia (su

paradigma bipolar, los ocho principios, etc.) como si fuesen de derecho divino y cosas a las cuales hay que aferrarse para obtener la salvación. Escribe Melancton:

...la iglesia no sufre daño alguno por los ritos dispares establecidos por los hombres —lo cual no quita que nos agrade que por causa de la tranquilidad se observen los ritos que cuentan con la aprobación universal. Así también en las iglesias nuestras observamos de buena voluntad el orden de la misa, el día del Señor y las demás fiestas solemnes. [...] ...si las tradiciones humanas no son un culto necesario para conseguir la justicia ante Dios, se sigue que pueden ser justos e hijos de Dios aun aquellos que no tienen las tradiciones aceptadas en otro lugar. [...] ... es un hecho cierto que las tradiciones humanas no vivifican los corazones, ni son efectos del Espíritu Santo, como lo son el amor al prójimo, la castidad, etc., ni tampoco instrumentos por medio de los cuales Dios impulsa a los corazones a creer, como lo son la palabra y los sacramentos divinamente establecidos.. [...] ...la disparidad de observancias no daña a la unidad de la fe. Pero, ¿para qué seguir discutiendo? Nuestros adversarios no entienden en absoluto qué es la justicia de la fe ni qué es el reino de Cristo (Tr. 33a, 34b, 36a, 45a).

2.3.1. El DNI y la teología de la gloria

En el DNI, el crecimiento de la iglesia es comprendido a partir de principios de validez universal, fruto del análisis de datos obtenidos mediante comprobación empírica (encuestas). Dice Schwarz:

Fueron examinadas más de 1000 iglesias en 32 países, en los cinco continentes, habiendo de introducir en el ordenador más de cuatro millones de respuestas, que fueron valoradas según criterios estrictamente científicos. Ha sido el proyecto más extenso que jamás se haya realizado en el ámbito cristiano acerca de las causas del crecimiento de la iglesia (Schwarz, 1996, p. 3).

Son principalmente, entonces, los criterios de evaluación científicos los que guían al DNI en el tema crecimiento de la iglesia. Por esa razón Schwarz aclara que la iglesia y su desarrollo es una cuestión abierta a debate y en continuo mejoramiento: “El proceso de investigación, con cuya ayuda hemos realzado empíricamente los principios es, como todo método científico, falible. Las ayudas que pretendemos dar son mejorables” (Schwarz, 1996, p. 126).

Por otra parte, la teología cristiana también “puede llamarse propiamente una ciencia si por ese término entendemos un conocimiento definitivo, o una información exacta y fidedigna,... porque ella es la sabiduría infalible de Dios mismo” (Mueller, 1973, p. 44). Pero a diferencia de otras ciencias, “es la única ciencia en el mundo que es definitiva y fidedigna, porque es la ciencia divina, la cual no puede errar”, sostiene Mueller (p. 44).

Existe una diferencia en el punto de partida en que Schwarz y nosotros comenzamos analizando el crecimiento de la iglesia. Ambos vemos a la iglesia desde dos perspectivas diferentes: para Schwarz, es la investigación científica; para nosotros, es la teología cristiana, cuya fuente es la Sagrada Escritura:

La teología cristiana no es una ciencia de la misma manera en que, por ejemplo, son ciencias la geología, la psicología, la biología, etc. Difiere de éstas no solamente en la materia que trata, sino también en la fuente, el método y el propósito. La materia que trata es la verdad divina, expuesta en la Sagrada Escritura; su fuente, la Santa Biblia; su método (*médium cognoscendi*), la fe; su propósito, la salvación de los pecadores. La teología sagrada no trata acerca del conocimiento humano, o la sabiduría humana, producto del estudio, la contemplación, o la

investigación del hombre, como es el caso con las ciencias comunes establecidas por los filósofos y los hombres de ciencia. El teólogo cristiano consigue su conocimiento directamente de la Biblia, cuyas verdades recibe por la fe. (Mueller, 1973, p. 43).

El punto de partida desde el cual se estudie el crecimiento de la iglesia, esto es, desde la ciencia o desde la teología, determina el punto de vista o perspectiva con la cual se analiza toda la cuestión. Se abren de esta manera dos caminos, dos perspectivas diferentes, cada cual con sus propios métodos y objetivos. La diferencia entre ambas perspectivas salta a la vista no solamente en la base de autoridad en la que se sustentan, sino también en los objetivos que persiguen. La teología cristiana, fundamentada en la Biblia, tiene como objetivo la salvación del ser humano pecador (Mueller, 1973, p. 43). Pero el DNI, con base en la ciencia y en la razón, busca la gloria de Dios:

El crecimiento de la iglesia no debe convertirse en nuestra motivación. La meta no es el desarrollo de la iglesia, sino la gloria de Dios. El crecimiento acontece precisamente para que Dios sea glorificado. Con esta postura no menospreciamos el esfuerzo en el desarrollo de la iglesia, sino que realmente lo dignificamos. Es una herramienta a través de la cual las personas llegan a Jesús, y juntos glorifican al rey celestial. (Schwarz, 1996, p. 106).

Hay que admitir, entonces, que Christian Schwarz y el movimiento del DNI no carecen de una teología. A través de dicho programa, se busca la gloria de Dios, es decir, que Dios sea glorificado. Se puede afirmar, entonces, que el paradigma teológico del DNI puede encuadrarse como una teología de la gloria.

La teología de la gloria tiene ciertas características específicas, que la diferencian, por así decirlo, del otro modelo teológico posible: la teología de la cruz. Lutero, en las *Tesis de Heidelberg* (1518), describe a ambas teologías de la siguiente manera:

En efecto, como los hombres abusaron del conocimiento de Dios basado en las obras, Dios, a su vez, quiso ser reconocido por los sufrimientos... como dice 1 Co 1:21: "Porque por no haber el mundo conocido en la sabiduría de Dios a Dios por su sabiduría, agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación". Por tanto, no es suficiente ni provechoso para nadie conocer a Dios en su gloria y majestad, si no se le conoce también en la humildad y en la vergüenza de la cruz. De esta manera "destruyó la sabiduría de los sabios" [1 Co 1:19], etc., como dice Isaías: "Verdaderamente tú eres Dios que te encubres" [Is. 45:15].

Así Juan 14[8], cuando Felipe decía, conforme a la teología de la gloria, "Muéstranos al Padre", Cristo pronto lo retrajo y reorientó su ilusorio pensamiento, el cual quería buscar a Dios en otra parte, diciéndole: "Felipe, el que me ve, ve también al Padre". Por consiguiente, en Cristo crucificado está la verdadera teología y el conocimiento de Dios. También Juan 1[4:6]: "Nadie viene al Padre, sino por mí", "Yo soy la puerta" [Jn 10:9], etcétera.

[...] El teólogo de la gloria llama a lo malo, bueno y a lo bueno, malo; el teólogo de la cruz denomina a las cosas como en realidad son.

Esto es evidente porque el hombre, al ignorar a Cristo, no conoce al Dios escondido en los padecimientos. Así, prefiere las obras a los sufrimientos, y la gloria, a la cruz; la potencia, a la debilidad; la sabiduría, a la estulticia; y en general, lo bueno, a lo malo. Son los que el apóstol llama "enemigos de la cruz de Cristo" [Fil 3:18], Quienquiera que fuere, por odiar la cruz y los sufrimientos, ama, en verdad, las obras y la gloria de ellas. Y así llaman al bien de la cruz, mal y al mal de la obra lo declaran bien. Empero, como ya dijimos, no se puede hallar a Dios sino en los padecimientos y en la cruz. Por esto, los amigos de la cruz afirman que la cruz es buena y que las obras son malas, puesto que por la cruz se destruyen las obras y se crucifica a Adán, el cual por las obras es, más bien, edificado. Es imposible, pues, que no se hinche por sus buenas obras quien antes no sea anonadado y destruido por los sufrimientos y los males, al punto de

saber que él en sí mismo no es nada y que las obras no son suyas sino de Dios (OL, vol. I, 1967, pp. 41-42).

El contexto de la afirmación deja en claro que “Lutero usa la palabra ‘obras’ para describir las obras de Dios en la creación y usa ‘sufrimiento’ para describir a la cruz de Cristo” (Althaus, 2008, p. 42). Al mismo tiempo, profundiza el significado de esas expresiones: las obras son también las obras de las personas, y el sufrimiento es también el sufrimiento de las personas (p. 42).

Según la Biblia, y en palabras de Lutero, no podemos conocer a Dios sino solamente en Cristo crucificado. El conocimiento de Dios se da, de esta manera, en forma de paradoja (Althaus, 2008, p. 42): “el punto de vista de la razón, los sentidos, la experiencia y del mundo aparecen en oposición al punto de vista de la fe (y a la experiencia concedida a ella)” (p. 49).

Para que no quede lugar a dudas de que Schwarz entiende el crecimiento de la iglesia a partir de la teología de la gloria de Dios, se cita la siguiente afirmación: “Para ellos [es decir, nosotros] los principios de los que hablamos no son obra de Dios, sino simplemente obra del hombre, puede que incluso, obra de Satanás. Tal postura es, dentro del modo de pensar espiritualista, totalmente comprensible” (Schwarz, 1996, p. 91). En palabras de Lutero, Schwarz llama aquí lo que es malo (la obra del hombre), bueno, y lo que es bueno (la obra de Cristo), malo, por el hecho de “odiar la cruz y los sufrimientos” (OL, vol. I, 1967, p. 42). Ahí reside el problema del DNI: coloca a la razón humana por encima de las Escrituras y de la fe, y presta más atención a la obra de Dios en la creación y a la capacidad humana, antes que a Cristo crucificado y al sufrimiento de las personas.

Schwarz declara abiertamente:

Tengo que reconocer que la aplicación de las leyes de la naturaleza a la teología es muy controvertida. Este tipo de razonamiento teológico denominado “theologia naturalis” puede causar grandes problemas cuando se aplica a la teología propiamente dicha, esto es, al conocimiento de Dios. Llevada a sus últimas consecuencias esta teoría podría conducirnos a la conclusión errónea de que se puede llegar a conocer a Dios por nuestros propios medios –sin necesidad de Cristo, de la cruz y de la revelación. (Schwarz, 1996, p. 8).

Es necesario hacer justicia a Schwarz en este punto: él es consciente de las consecuencias teológico-prácticas que conlleva no distinguir correctamente entre razón y fe, entre ciencia y revelación; en otras palabras, el peligro latente de intentar conocer a Dios mediante la teología de la gloria. Sin embargo, luego afirma: “El desarrollo natural de la iglesia no trata del conocimiento de *Dios* en sí, sino del conocimiento de los *principios* de formación de iglesia. Y me parece que, en este contexto, aprender de la creación no es sólo legítimo sino también indispensable” (Schwarz, 1996, p. 8). Si Schwarz es consciente de lo peligroso que es aplicar criterios científicos al tema del crecimiento de la iglesia, ¿por qué, sin embargo, utiliza modelos tomados de la naturaleza (ej. los lirios, la semilla, el árbol y sus

frutos, la siembra y la cosecha) con un marcado énfasis sinergista para explicar el crecimiento de la misma? Al hacer esto, incurre en el mismo error que él mismo condena.

Otro ejemplo de contradicción puede encontrarse cuando Schwarz dice que el DNI no trata del conocimiento de Dios y, sin embargo, menciona:

En este libro, el proceso de descubrimiento y puesta en práctica de los dones de uno va unido a las **tres dimensiones de la naturaleza de Dios** [las letras en negrita son del propio autor] para las cuales yo he escogido los colores verde, rojo y azul (de ahí el título de este libro). Mientras que muchas herramientas se concentran en uno o dos aspectos de Dios trino, *Los 3 colores del ministerio* intenta unificar las tres dimensiones. Este es un concepto revolucionario para muchos creyentes [...] Ha sido escrito para los cristianos que luchan constantemente por el crecimiento en su conocimiento de Dios, racional, emocional y socialmente. [...] En este libro (como en el resto de libros de esta serie), no quiero hablarle sobre cientos de temas secundarios de la teología, sino sobre el centro de nuestra fe cristiana. Es la fe en el Dios único que se ha revelado a sí mismo en tres formas diferentes: como Creador, en Jesús y en el Espíritu Santo... Dios ha revelado diferentes aspectos de su naturaleza en tres revelaciones principales: la Creación (sector verde), el Calvario (sector rojo) y Pentecostés (sector azul). (Schwarz, 2001b, pp. 7, 10).

Entonces, a partir de un texto como este, ¿qué clase de conocimiento de Dios tiene Schwarz? Afirma que Dios es uno sólo y que se ha dado a conocer en tres formas diferentes. Además, habla de las obras de Dios mediante una estructura tripartita muy similar a la del Credo Apostólico: “Creo en Dios Padre todopoderoso, Creador... y en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor... Creo en el Espíritu Santo”. Lo que Schwarz parece no darse cuenta es que afirmaciones del tipo “la fe en el Dios único que se ha revelado a sí mismo en tres formas diferentes” constituyen una herejía llamada monarquismo o modalismo. Dice Mueller:

Los monarquianos pueden dividirse en dos clases: los *monarquianos modales*, o *patripasianos*, conocidos en la iglesia Oriental como *sabelianos*, todos los cuales sostenían que las tres Personas de la Trinidad son solamente tres diferentes energías o modalidades de la misma persona divina, de manera que el Hijo y el Espíritu Santo no son más que diferentes manifestaciones *πεόσωπα* del Padre; y los *monarquianos dinamistas*, o adopcionistas, los cuales sostenían que el Hijo era simplemente hombre y el Espíritu Santo la energía divina del Padre que actúa en las criaturas (los samosatenos, fotinianos, arrianos, socinianos, unitarios, modernistas). En oposición al monarquismo, que niega las tres Personas distintas, mantiene la iglesia Cristiana que el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo no son tres formas o energías de una persona, sino tres Personas distintas, o individuales. Compruébase esta verdad a) por los términos mismos de Padre, Hijo y Espíritu Santo, que nunca señalan cualidades o energías inherentes en una persona, sino siempre Personas de existencia propia e independiente (Mueller, 1973, p. 96-97).

El punto de vista equivocado de Schwarz respecto de la Trinidad, es que no distingue correctamente entre Dios y las obras que Dios hace. Si él se hubiera referido a Dios como un sólo ser, que al mismo tiempo es tres personas (el misterio de la Santísima Trinidad), entonces sí podría atribuir a cada una de esas personas (Padre, Hijo y Espíritu Santo) una obra diferente, tal como lo hace el Credo Apostólico o el Credo Niceno. Por otro lado, si bien se le asigna a cada Persona de la Trinidad una obra específica, al Padre, la creación, al Hijo, la redención, y al Espíritu Santo, la santificación, siempre son obras que realiza el mismo y único Dios.

A parecer, la herejía trinitaria en la que incurre Schwarz (el monarquismo) se debe a que no diferencia entre el conocimiento general de Dios, que poseen todas las personas en mayor o menor medida, del conocimiento especial, o sobrenatural, que solamente los cristianos poseen, revelado únicamente por Dios en las Escrituras.

Aunque el conocimiento natural de Dios que posee el hombre coincide en algunos puntos con el conocimiento sobrenatural, o revelado, de Dios [...] El *conocimiento cristiano* que tiene el creyente acerca de Dios y que se obtiene de la Sagrada Escritura y no de alguna otra fuente, no es solamente teísta, sino también trinitario; esto es, el creyente cristiano conoce y adora a Dios sólo como al Dios Trino, Padre, Hijo, y Espíritu Santo, tres personas distintas en una esencia indivisible. El conocimiento cristiano que tiene el creyente acerca de Dios no es un mero suplemento del conocimiento natural de Dios, sino una revelación enteramente nueva (Mueller, 1973, p. 94).

Cuando se habla del conocimiento de Dios, es necesario remitirse a la Sagrada Escritura. Pero, ¿qué opinión tiene Schwarz y movimiento del DNI sobre la misma? En primer lugar, no estiman que la Biblia es la Palabra infalible de Dios en todas sus partes, sino que contiene la Palabra de Dios: “La palabra de Dios en la Biblia toma la forma de las palabras humanas que no están de ninguna manera limitadas en su humanidad” (Weber, citado en Schwarz, 2001, p. 119, n. 119). En otra parte, además, Schwarz considera como una teoría fundamentalista y sin sentido la enseñanza de la inspiración verbal de la Biblia:

Para salvaguardar la singularidad de la Biblia como la palabra de Dios, el fundamentalismo recurre a la doctrina de la inspiración verbal. Esta teoría, que no tiene origen cristiano, sino que proviene del judaísmo helénico, se puede encontrar de forma similar en el fundamentalismo de una gran variedad de religiones, por ejemplo, el hinduismo y el islam. [...] Los autores bíblicos –al menos en las formas más radicales de la doctrina de la inspiración– aparecen como marionetas en manos de Dios, un punto de vista que, en nuestra moderna era de los ordenadores, se considera como decididamente “tecnocrático”. [...] Los fundamentalistas no creen realmente en la historicidad de la divina revelación, pero la reemplazan con un sistema atemporal de verdad (Schwarz, 2001, p. 119).

Para congraciarse con todos lo que se sientan ofendidos por tales declaraciones, el DNI expresa que, en realidad, los llamados fundamentalistas tienen un celo sincero por la Palabra de Dios. Sin embargo, considera que es un celo equivocado:

No hacemos justicia al fundamentalismo, sin embargo, si no entendemos su preocupación subyacente: expresar el secreto que la iglesia ha experimentado en cada siglo, esto es, que cuando recibimos la palabra bíblica, lo que realmente recibimos es la voluntad de Dios que nos reafirma y nos llama a seguirle (Schwarz, 2001, pp. 118-119).

La teología de la gloria llama bueno a lo malo, y malo a lo bueno. Considera fundamentalismos (léase: fanáticos) y locos a quienes sostienen la inspiración verbal de las Escrituras, esto es, que las mismas son la Palabra de Dios. Por el otro lado, tilda de sabios (ej. los que defienden el DNI) a quienes menosprecian la inspiración verbal y sostienen que la Biblia apenas contiene la Palabra de Dios. El DNI llama lo que es verdad, una mentira, y lo que es mentira, una verdad.

Frente al cuestionamiento levantado por el DNI en este punto, el presente trabajo sostiene la inspiración verbal de las Escrituras. Esto significa que el Espíritu Santo inspiró las palabras mismas que habían de escribir los santos escritores:

En 2 Ti 3:16 se nos dice que la Escritura es “inspirada por Dios” (θεόπνευστος), lo que quiere decir que [...] ...las *palabras* mismas fueron proporcionadas a los santos escritores. [...] ...cuando se niega la inspiración verbal, la Biblia viene a ser un libro humano, sin más autoridad que cualquier otro libro cristiano. Pero esto es precisamente lo que la Biblia califica del todo falso cuando se proclama a sí misma la fuente y norma divina de la fe, a la cual deben su salvación todos los creyentes, Ef 2:20, Jn 17:20, Lc 16:29, Jn 8:31-32 (Mueller, 1973, pp. 64, 65)

Al no creer en la fiabilidad de las Escrituras, y combinar ciencias humanas con teología cristiana, el DNI termina incurriendo en errores crasos, tales como afirmar que nuestro propósito en la vida es convertirse en un cristiano de tres colores para de este modo experimentar a Dios más plenamente:

Los tres colores representan tres dimensiones diferentes de la vida. Nuestro objetivo debería ser invitar a Dios a entrar en cada una de estas áreas. Así se convierte uno en un cristiano de “tres colores”. [...] El cristiano de tres colores no siempre irradia los tres colores, pero su deseo profundo es hacerlo. Sólo experimentaremos mayor fruto si integramos las tres dimensiones en nuestras vidas (Schwarz, 2001b, p. 12).

El DNI, que había comenzado diciendo que los tres colores son tres dimensiones de Dios, ahora afirma que los tres colores tienen que ver con tres dimensiones de la vida: cuerpo, alma, espíritu. De esta manera, el DNI demuestra otra contradicción interna. Una contradicción que se resume en los siguientes términos: el centro dejó de ser Dios y pasó a ser el ser humano (humanismo). En palabras de Lutero:

¿Qué es esto sino que el libre albedrío o el corazón humano es esclavizado por el poder de Satanás en tal forma que, a menos que el Espíritu de Dios lo despierte milagrosamente, por sí mismo ni siquiera puede ver y oír aquello que salta manifiestamente a la vista y a los oídos de manera que se lo puede palpar con las manos? Tan grande es la miseria y la ceguedad del género humano. [...] Según esto, no sorprende que durante tantos siglos, hombres destacados por su ingenio hayan estado confundidos respecto de las cosas divinas. (Lutero, 2006, p. 118).

2.3.2. Cristo “don” y los dones espirituales

Probablemente la señal más contundente de un crecimiento humano de la iglesia sea el énfasis que pone el DNI en el principio ministerios según dones. Junto con los otros principios, los dones espirituales son considerados por Schwarz como uno de los elementos indispensables para edificar la iglesia. Pero, ¿acaso no comparten esta misma opinión, junto con Schwarz, muchos cristianos sinceros? La postura correcta (ortodoxa) no es negar el valor y el uso de los dones en la iglesia, sino el saber apreciarlos en su justa medida. Nunca se pueden separar los dones de aquel que es el dador de los dones y, en última instancia, el don de Dios por excelencia: Jesucristo.

En su libro *Los tres colores del ministerio*, Christian Schwarz establece una relación entre los dones y la Trinidad. Según el autor, determinados dones corresponden a una de las

tres maneras en que Dios se revela con el humano (herejía modalista). Hay dones relacionados con el Espíritu Santo (color azul), otros con Jesús (rojo), y otros con el Padre (verde) (Schwarz, 2001b, p. 14-15). Schwarz llama a esta clasificación de los dones en tres colores diferentes, las “tres dimensiones [o colores] del ministerio” (p. 16, 17). A su vez, Schwarz conecta a las personas de la Trinidad con un aspecto de la vida humana: al Padre, con la sabiduría (intelecto); al Hijo, con el compromiso (la voluntad); y al Espíritu Santo, con el poder espiritual (pp. 15, 17). Luego, el autor establece seis puntos de partida diferentes para que los cristianos se identifiquen con uno de ellos: a) el creyente escéptico; b) el creyente controlador; c) el creyente espiritualista; d) el creyente quemado; e) el creyente fanático; f) el creyente indiferente (pp. 22-33). Una vez que el lector se identifica con alguno de los puntos de partida propuestos, puede saber “cuál es su mezcla personal de color” (p. 21). Finalmente, mediante una “brújula de cambio personal” (p. 34), podrá saber en qué aspecto de su vida debe crecer: en compromiso, en sabiduría, o en poder. Una vez hecho esto, a través de una “prueba de dones, descubrirá en cuáles de estas áreas están sus dones personales” (p. 52). De esta manera, las personas están en condiciones de invertir sus puntos fuertes en el desarrollo de la iglesia, es decir, “la dirección que tiene que tomar para ser más eficaz para el reino de Dios” (p. 38).

Al parecer dicha “categorización trinitaria” (Schwarz, 2001b, p. 53) de los dones tiene como finalidad realizar un test de personalidad, sólo que de manera encubierta. El mismo Schwarz intenta desmentir tal afirmación: “Cuando haga este ejercicio, tenga en cuenta que no es un test de personalidad... no describe el ‘carácter’ que Dios le ha dado o el tipo de ‘personalidad’ (que es difícil de cambiar), sino solamente su situación actual (que se puede cambiar)” (p. 34). Schwarz tiene en claro que los dones, en definitiva, los da el mismo y único Dios, pero se vale de la Trinidad para clasificarlos en tres listas diferentes, cada una relacionada con un aspecto de la vida humana.

Cuando utilizamos esta categorización “trinitaria”, debemos evitar pensar que los distintos tipos de dones los dan las diferentes “personas de la Trinidad”; como si el Padre concediera los dones verdes, el Hijo los dones rojos y el Espíritu Santo los dones azules. ¡No! Todos los dones son concedidos por el mismo Dios, y todos ellos son dones espirituales que reflejan diferentes aspectos del ministerio de Dios para con nosotros. Y al mismo tiempo, reflejan aspectos de nuestro ministerio para con otras personas (Schwarz, 2001b, p. 53).

Schwarz justifica un enfoque trinitario de los dones por el hecho de que “puede ser bastante útil a la hora de descubrir ciertas tendencias en nuestras iglesias” (Schwarz, 2001b, p. 52). Mediante esta herramienta, el DNI puede tener bastante certeza de “la mezcla de color de su iglesia” (p. 88), es decir, del perfil de la misma, tanto de las “futuras áreas de crecimiento de su iglesia” (p. 90), como también de “la ‘cultura’ de la iglesia, incluidos sus ‘zonas de

ceguera’” (p. 52). Una vez que los miembros de la iglesia han descubierto sus dones específicos, deberán aplicarlos a las necesidades actuales de la iglesia que ellos puedan suplir: “Para asegurarse de que los dones y las tareas se complementan en la iglesia es necesario que se lleve a cabo un bosquejo de la descripción de un ministerio... anotar las responsabilidades relacionadas con cada una de las tareas” (p. 91).

Queda todavía una pregunta por contestar: ¿qué se entiende por don espiritual? Según el DNI, “un don espiritual es una habilidad especial que Dios da, según su gracia, a cada miembro del cuerpo de Cristo para que sea utilizado en el desarrollo de la iglesia” (Schwarz, 2001b, p. 42). También cabe preguntarse: ¿Qué relevancia tiene el uso de los dones para el desarrollo de la iglesia? El DNI responde:

Todo uso de los dones espirituales debe darse en relación con el desarrollo de la iglesia. Esta es la razón principal por la cual he combinado ambos temas en este libro [*Los 3 colores del ministerio*]. En realidad es un sólo tema, y si lo separamos, nos traerá problemas (p. 43).

Las listas de dones se encuentran en el Nuevo Testamento en Ro 12:6-8, 1 Co 12:8-11, 27-30 y Ef 4:7-13. El DNI establece “tres categorías diferentes de dones” (Schwarz, 2001b, p. 52), que suman un total de treinta dones. Estos son: a) categoría 1 (verde): creatividad artística, trabajo manual, generosidad, hospitalidad, conocimiento, misericordia, música, organización, pobreza voluntaria, sabiduría; b) categoría 2 (rojo): apóstol, consejería, evangelización, ayuda, liderazgo, misionero, servicio, cuidado pastoral, celibato, enseñanza; c) categoría 3 (azul): liberación, discernimiento, fe, sanidad, interpretación, milagros, oración, profecía, sufrimiento, lenguas (Schwarz, p. 99). Gran parte “de lo que se expone aquí proviene del entendimiento de los dones espirituales que ofrece C. Peter Wagner en su excelente libro *Su dones espirituales pueden ayudar a su iglesia*”, menciona Schwarz (p. 100).

Ahora bien, ¿de dónde viene el interés por los dones espirituales para la edificación la iglesia? Comenta la CTCR de la LCMS:

La preocupación de los cristianos en descubrir y desenvolver sus dones espirituales parece ser un fenómeno relativamente reciente. C. Peter Wagner se refiere a ellos como una cosa nueva. Históricamente, el énfasis en los dones espirituales coincide con el surgimiento de dos importantes movimientos teológicos y eclesiásticos de la segunda mitad del siglo XX. Ambos movimientos abogaban enfáticamente en la necesidad de una renovación de la iglesia e identificaron a los dones espirituales como una de las llaves para la renovación de la iglesia. El primer movimiento que ayudó a crear y a contribuir en el interés actual en los dones espirituales fue el movimiento pentecostal, del cual brotó el movimiento neopentecostal o carismático. Este último ha demostrado ser un movimiento más interdenominacional que el primero (CTCR-LCMS, 2003, p. 7)

A decir verdad, los inventarios de dones ofrecidos por el DNI...

Pueden ser de ayuda en la identificación de nuestros dones naturales (innatos) y así podamos servir mejor a Dios donde sea que estemos... [Sin embargo,] no son realmente desarrollados a partir de determinados principios bíblicos o de pasajes bíblicos. [...] Usualmente quedan dentro de aquello que llamamos “sentido común”. [...] En realidad, existe una disciplina especial para crear y evaluar test, conocida como Psicometría” (CTCR-LCMS, 2003, p. 61).

El tema de los dones levanta también otros cuestionamientos: Si la iglesia se edifica a partir de los dones de cada miembro, ¿qué relevancia y qué papel pasan a tener entonces los medios de gracia, la predicación de la palabra y los santos sacramentos? ¿Qué rol pasa a desempeñar el pastor en una congregación? Algo similar señala la CTCR, cuando dice: “El uso de tales inventarios corre el riesgo de poner la atención aparte de los medios de gracia, hacia los dones o habilidades particulares de las personas, como clave para el crecimiento de la iglesia... También la tarea del oficio del ministerio, de equipar [...] a los laicos, es fácilmente enfatizada” (CTCR-LCMS, 2003, p. 61). Como ejemplo de ello, nótese que en la lista de dones del DNI no aparece el don de “pastor”.

El pasaje de Efesios 4:7-13 suele mencionarse cuando se habla del tema de los dones. En dicho texto se menciona al Cuerpo de Cristo, la iglesia, siendo edificada por Cristo mismo:

A cada uno de nosotros se nos ha dado gracia en la medida en que Cristo ha repartido los dones... Él mismo constituyó [ἔδωκεν, dio] a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; y a otros, pastores y maestros, a fin de capacitar al pueblo de Dios [τῶν ἁγίων, a los santos] para la obra de servicio, para edificar el cuerpo de Cristo. (Ef 4:7, 11-12, NVI).

El apóstol deja en claro para qué son estos dones que Dios da: “para la obra de servicio”(Ef. 4:12). El original griego dice εἰς ἔργον διακονίας (eis ergon diakonías). Pero en Hechos 6 Pedro dice: “No es justo que nosotros dejemos la Palabra de Dios, para servir a las mesas” (Hch 6:2b). ¿Qué significan entonces estas palabras? Dice el apóstol Pablo:

Todo esto procede de Dios, que nos reconcilió con él por intermedio de Cristo y nos confió el ministerio de la reconciliación. Porque es Dios el que estaba en Cristo, reconciliando al mundo consigo, no teniendo en cuenta los pecados de los hombres, y confiándonos la palabra de la reconciliación. Nosotros somos, entonces, embajadores de Cristo, y es Dios el que exhorta a los hombres por intermedio nuestro (2 Co 5:18-20a).

Los dones arriba mencionados en Ef 4:11 están estrechamente vinculados al oficio público de la predicación, el ministerio de la reconciliación. “El oficio público puede incluir una variedad de matices pero trata de lo mismo: la predicación del evangelio y la administración de los medios de gracia en una comunidad local” (Fritzler, 2010, p. 97). El propósito es claro: que por medio del oficio público, los santos sean cada vez mejores servidores (diáconos) de Cristo, para que así se edifique o se beneficie el cuerpo o la iglesia (Ef 4.12) en su conjunto. Por eso San Pablo prosigue diciendo: “De este modo, todos llegaremos a la unidad de la fe... Así ya no seremos niños... llevados de aquí para allá por todo viento de enseñanza” (Ef 4:13a, 14a, NVI). Todo esto tiene que ver con el Oficio de las Llaves, dadas por Cristo a la iglesia en general, y en especial, a los pastores y ministros del evangelio debidamente llamados y ordenados para tal oficio:

Jesús les dijo de nuevo: “¡La paz esté con ustedes! Como el Padre me envió a mí, yo también los envío a ustedes.” Al decirles esto, sopló sobre ellos y añadió: ‘Reciban el Espíritu Santo. Los pecados serán perdonados a los que ustedes se los perdonen, y serán retenidos a los que ustedes se los retengan’ (Jn 20:21-23).

En el Catecismo Menor, Lutero explica en qué consiste el Oficio de las Llaves del siguiente modo: “Es el poder peculiar que nuestro Señor Jesucristo ha dado a su iglesia en la tierra, de perdonar los pecados a los penitentes, y de retener los pecados a los impenitentes mientras no se arrepientan” (CMe, V). Sea que estos se llamen, apóstoles, profetas, evangelistas, pastores (obispos) o maestros (Ef 4:11), siempre habrá hasta el fin del mundo servidores “que promuevan la palabra y la obra de Dios” (OL, 1977, vol.VII, p. 257). ¿Cuál es esta obra de Dios? “Que ustedes crean en aquel que él ha enviado” (Jn 6:29), dice Jesucristo.

Por tal motivo, se considera más apropiada la definición sobre dones espirituales que trae la CTCR-LCMS (2003, p. 42): Los dones son “manifestaciones especiales del Espíritu (1 Co 12:7)... de una forma que confiese a Cristo y edifique el Cuerpo de Cristo... pueden tomar forma de actividades, habilidades, oficios, funciones o incluso personas.” La intención aquí no es realizar una exégesis profunda de Ef 4:7-13, sino remarcar que todo don del Espíritu es dado a la iglesia con el único propósito de promover y difundir la Palabra de Dios.

El mismo Espíritu Santo es el que se vale de ella [la Palabra] para ungir o santificar la iglesia... [...] pues “la palabra no quedará sin dar fruto”, Isaías 55[:11]... allí mismo hay un santo pueblo cristiano. Pues la Palabra de Dios no puede existir sin el pueblo de Dios; por otra parte, el pueblo de Dios no puede existir sin la Palabra de Dios (OL, 1977, vol.VII, p. 257).

En cuanto al DNI, este desarrolla una noción “diferente del Espíritu Santo –una en que el Espíritu es retratado como siendo el organizador de la iglesia, más que la de aquel que crea a la iglesia mediante los dones de la Palabra y los sacramentos” (CTCR-LCMS, 2003, p. 63). Se enfoca principalmente en los dones espirituales de las personas, más que en el tesoro de gracia que Cristo consiguió para la humanidad y que reparte a través del oficio de la predicación (es decir, el evangelio y los sacramentos, ver CA art. V), o sea, los dones del “perdón de pecados, vida y salvación” (CMe VI.6b). La pregunta es: ¿por qué medios Dios crea y edifica la iglesia? ¿Mediante los dones, o mediante su Palabra y los sacramentos? En el Catecismo Mayor, Lutero sentencia:

...a fin de evitar que el tesoro quedase sepultado y para que fuese colocado y aprovechado, Dios ha enviado y anunciado su palabra, dándonos con ella el Espíritu Santo, para traernos y adjudicarnos tal tesoro y redención. Por consiguiente, santificar no es otra cosa que conducir al Señor Cristo, con el fin de recibir tales bienes que por nosotros mismos no podríamos alcanzar. [...] Porque donde no se predica a Cristo, tampoco existe el Espíritu Santo que hace la iglesia cristiana, la llama y la congrega, fuera de la cual nadie puede venir al Señor Cristo. [...] Nosotros, a causa de la carne, jamás somos sin pecado, pues la carne es algo que nos arrastra consigo. Por esta razón, en la cristiandad todo ha sido ordenado, de manera que se busque cada día pura y simplemente la remisión de los pecados por la palabra y los signos para consolar y animar nuestra conciencia mientras vivamos (CMa II.38b-39, 45b, 54b-55a).

El DNI no habla en estos términos. Tampoco menciona la pecaminosidad del ser humano ni la necesidad del perdón divino. Es comprensible, entonces, que desde el punto de vista del DNI se subestime al ministerio de la Palabra y se enfatice más la labor del sacerdocio

universal (los laicos) en la iglesia. Sin embargo, pretender que los laicos se encarguen del desarrollo de la iglesia a partir de lo que el DNI considera “dones” lleva a otro error: el menosprecio por parte del cristiano de su vocación en la vida cotidiana. Es decir, sucede...

Una correspondiente valorización de los dones espirituales y de las tareas eclesíásticas por encima de las más ordinarias tareas del día a día en la vida cristiana dentro de la vocación de cada uno. [...] Trabajos dentro de la iglesia pasan a ser considerados como intrínsecamente más valiosos que los trabajos en el mundo, o sea, dentro de nuestras vocaciones (CTCR-LCMS, 2003, p. 46).

Esta nueva clase de monasticismo que imparte el DNI, o de una clase especial de buenas obras y vida cristiana, es lo que Lutero criticó tan severamente de los monjes de su tiempo: despreciaban las vocaciones de padre, madre, soldado, panadero, costurero, etc., y en su lugar se inventaban su propia santidad, basada en las obras. En el colmo del error, llegó a suceder lo que describe la Confesión de Augsburgo:

...se oscurecieron la gracia de Cristo y la doctrina acerca de la fe... [...] tales tradiciones han oscurecido el mandamiento de Dios, porque ellas se han colocado muy por encima del mandamiento divino. Se consideraba que la vida cristiana consistía únicamente en lo siguiente: quien guardaba las fiestas, quien rezaba, quien ayunaba, quien se vestía de determinada manera, se suponía que llevaba una vida espiritual y cristiana. Por otro lado, otras buenas obras necesarias se consideraban profanas y no espirituales, es decir, las obras que cada cual está obligado a desempeñar según su vocación: por ejemplo, que el padre de familia trabaje para sostener a su esposa e hijos y educarlos en el temor de Dios, que la madre tenga hijos y los cuide, que un príncipe y los magistrados gobiernen un país, etc. (CA XXVI.4a, 7-9).

Aplicada a la situación actual, esta cita indicaría lo que el DNI en el fondo sostiene: una santidad basada en dones personales, y no en el Evangelio. Es una clase de santidad opuesta a las Escrituras, la cual en verdad se basa “en la Palabra de Dios y en la verdadera fe” (AE III, art.XII.3b). Escribe san Pablo:

Porque ustedes han sido salvados por su gracia, mediante la fe. Esta no proviene de ustedes, sino que es un don de Dios; y no es el resultado de las obras, para que nadie se glorie. Nosotros somos creación suya: fuimos creados en Cristo Jesús, a fin de realizar aquellas buenas obras, que Dios preparó de antemano para que las practicáramos (Ef 2:8-10).

Por eso, desde la perspectiva de Dios afirmamos que la propuesta de Schwarz es como pretender edificar una iglesia al revés: primero el techo, luego los cimientos. Siguiendo la ilustración de la iglesia como el Cuerpo de Cristo, es como si el DNI dijera que el Cuerpo está primero, luego la Cabeza. Pero san Pablo, al utilizar dicha imagen, indica lo contrario: Dios Padre “puso todas las cosas debajo de sus pies y lo constituyó, por encima de todo, cabeza de la iglesia, que es su cuerpo, y la plenitud de aquel que llena completamente todas las cosas” (Ef 1.22-23); y en otra parte dice: “La piedra angular es el mismo Jesucristo” (Ef 2:20). Por tal motivo, a Christian Schwarz y al DNI, en boca de Lutero...

No les concedemos que ellos sean la iglesia y tampoco lo son. Y no queremos oír lo que ellos mandan o prohíben bajo el nombre de la iglesia. Pues gracias a Dios, un niño de siete años sabe qué es la iglesia, es decir, los santos creyentes y ‘el rebaño que escucha la voz de su pastor’ (Jn 10:3)” (AE III, art.XII.1-2).

CAPÍTULO III

MARCO BÍBLICO-CONFESIONAL DEL CRECIMIENTO DE IGLESIA

3.1. LEY Y EVANGELIO

El DNI, al crear un método propio de interpretación bíblica (la teología bipolar), está violando uno de los principios de interpretación más importantes: la Biblia es su propia intérprete.

Teniendo en cuenta que la Sagrada Escritura es un libro claro, el exégeta cristiano debe cuidarse con el mayor celo de no insertar subrepticamente sus propias ideas subjetivas en el sagrado texto (*eisegesis*) y debe considerar que su única función es exponer el verdadero significado de la clara Palabra de Dios (*exegesis*); en otras palabras, debe permitir que la Escritura se explique a sí misma (*Scriptura Scripturam interpretatur; Scriptura sua luce radiat*). (Mueller, 1973, p. 89).

La Biblia tiene su propia clave de interpretación. La llave maestra para la correcta interpretación del texto sagrado es la distinción de ley y evangelio. Dice la Fórmula de Concordia en el Epítome: “La diferenciación entre la ley y el evangelio debe ser retenida en la iglesia con gran diligencia, como luz de extraordinario esplendor, pues según la advertencia de san Pablo [2 Ti 2:15], sólo de esta manera se logra dividir correctamente la palabra de Dios” (FC Ep V.2).

El evento de la cruz y de la resurrección de Cristo es lo que da coherencia interna al mensaje total del Antiguo y Nuevo Testamentos. Teniendo en mente el evento salvífico de la cruz, el Antiguo Testamento adquiere luz propia, siendo interpretado como promesa, mientras el Nuevo Testamento es entendido en términos de cumplimiento de esa promesa. Lo que el Antiguo Testamento prometió por medio de Moisés y los profetas, se cumplió en el Nuevo Testamento por medio de Cristo. El binomio ley-evangelio traspasa la Biblia desde Génesis hasta Apocalipsis. Antes que la división de la Biblia en dos partes, el binomio ley-evangelio tiene que ver más bien con el hecho de saber distinguir las dos maneras que Dios tiene de relacionarse con los seres humanos.

3.1.1. La ley

La justicia de Dios exigida en los Diez Mandamientos, demanda del ser humano perfección absoluta en el corazón y los sentidos. Según la Fórmula de la Concordia, la ley...

...en su sentido estricto es una doctrina divina en la que se revela la justa e inmutable voluntad de Dios en lo que respecta a cómo ha de ser el hombre en su naturaleza, pensamientos, palabras y obras, para que pueda agradar y ser aceptable a Dios; y ella amenaza a los transgresores de los preceptos divinos con la ira de Dios y el castigo temporal y eterno (FC DS V.17a).

A partir de la Ley, el ser humano reconoce su incapacidad de cumplir la perfecta voluntad de Dios, revelada en los Diez Mandamientos. La justicia de la ley se limita a hacer

conocer el pecado, es decir, de que por sus propias obras el ser humano no puede llegar a ser justo delante de Dios. En este sentido la ley conduce a la desesperación y coloca frente a la disyuntiva de tener que padecer la ira y la condenación de Dios, esto es, el infierno. Todo texto bíblico que demande una exigencia por parte del hombre, conlleva en sí mismo una ley que se debe cumplir. Ese texto debe ser interpretarlo fundamentalmente como un texto de ley, pero salvaguardando la distinción de los tres usos que tiene la ley: a. como freno; b. como espejo; o también como guía (FC DS VI.1).

3.1.2. El evangelio

Sin embargo, a partir de la revelación de Dios en su Hijo Jesucristo, dando su vida por los pecados del mundo en la cruz, Dios muestra, además de la justicia de la ley, otra manera de relacionarse con el ser humano pecador: es la justicia del evangelio. A diferencia de la ley, sí tiene poder para salvar, porque ofrece al que confía en sus palabras lo que la justicia de la ley demanda: “Es el poder de Dios para salvación de todos los que creen” (Ro 1:16). El evangelio es:

...propiamente, la doctrina que enseña qué debe creer el hombre que no ha observado la Ley y por lo tanto es condenado por ella, a saber, que Cristo ha expiado todos los pecados y dado satisfacción por ellos, y ha obtenido y adquirido para el pecador, sin ningún mérito por parte de este, el perdón de los pecados, la justicia que vale ante Dios, y la vida eterna (FC Ep V.5).

En este sentido, la justicia del evangelio produce paz en el corazón, alegría, gozo y testimonio. Cuando un texto bíblico habla de la acción de Dios por el ser humano, de su perdón, vida y salvación, quiere decir que se está frente a un texto de evangelio.

La Palabra de Dios se interpreta debidamente cuando se distingue la ley del evangelio. Esta interpretación de las Sagradas Escrituras no es nueva. Existía ya en tiempos de los Padres apostólicos.

La controversia donatista preocupó profundamente a un laico de nombre Tyconius (m. 400), y lo llevó a escribir el primer manual sobre la interpretación de la Biblia para cristianos occidentales. El libro de reglas de Tyconius ayudó a solucionar la disputa enfatizando la diferencia entre ley y evangelio: “La promesa [del evangelio] es distinta de la ley; y como son diferentes, no se pueden mezclar. Agregar una condición hace incierta a la promesa [del evangelio]” (Regla III). [...] El mayor predicador de la iglesia primitiva, Juan Crisóstomo (c. 347-407), explicó esta importante distinción: “En la ley el pecador es castigado; aquí [en el evangelio] el pecador viene, y es bautizado y... vive, siendo liberado de la muerte del pecado. Cuando la ley atrapa a un criminal, lo mata; cuando la gracia [del evangelio] atrapa a un criminal, lo ilumina y le da vida” (Homilía VI sobre Segunda Corintios). (*Buenas Noticias*, N° 11, p. 28-29).

3.1.3. El crecimiento de la iglesia entre el legalismo y el antinomismo

Una interpretación distorsionada muy común de las Escrituras, consiste en ver a Dios solamente como un juez terrible y aterrador, que demanda al ser humano el cumplimiento perfecto de la Ley. Este es el extremo legalista, que disocia estas verdades de la otra que le

acompaña: el actuar misericordioso de Dios en favor del ser humano a través de la vida y obra de Cristo (Jn 3:16).

Una otra interpretación equivocada de las Escrituras, muy extendida hoy día en diversos ámbitos, consiste en ver a Dios como un padre bueno y amoroso, pero al extremo que este es presentado como demasiado permisivo, que no dice ni hace nada para corregir el pecado cometido por sus hijos. Pero en verdad este no es un padre que ama a sus hijos, porque dice la Escritura:

el Señor corrige al que ama y castiga a todo aquel que recibe por hijo. Si ustedes tienen que sufrir es para su corrección; porque Dios los trata como a hijos, y ¿hay algún hijo que no sea corregido por su padre? Si Dios no los corrigiera, como lo hace con todos, ustedes serían bastardos y no hijos. Después de todo, nuestros padres carnales nos corregían, y no por eso dejábamos de respetarlos. Con mayor razón, entonces, debemos someternos al Padre de nuestro espíritu, para poseer la Vida (Heb 12.6-9).

Cuando se utiliza al evangelio como excusa para una vida egoísta, en la cual a la fe no le siguen buenas obras que son frutos de un arrepentimiento genuino, y en la que se desprecian los Diez Mandamientos como guía para las mismas, se incurre en el extremo antinomista (en griego: *anti*, contra; y *nomos*, ley). Porque dice la Escritura: “¿Qué diremos entonces? ¿Qué debemos seguir pecando para que abunde la gracia? ¡Ni pensarlo!” (Ro 6:1).

En ambos casos, legalismo y antinomismo, sucede un abuso en el uso de la libertad cristiana: en el primero, por carencia de instrucción en la fe; en el segundo, por una ausencia de la vivencia del amor. Porque en resumidas cuentas, la ética cristiana es “fe que obra por medio del amor” (Gl 5:6). Lutero describió esta libertad del cristiano del siguiente modo:

El cristiano, como Cristo, su cabeza, debe sentirse pleno y harto con su fe, mirando de acrecentarla, porque ella le es vida, justicia y salvación, y le da todo cuanto es de Cristo y Dios,... [...] El cristiano es libre, sí, pero debe hacerse con gusto siervo, a fin de ayudar a su prójimo, tratándolo y obrando con él como Dios ha hecho con el cristiano por medio de Jesucristo. Y el cristiano lo hará todo sin esperar recompensa... [...] yo ya poseo todas las cosas en Cristo por mi fe. He aquí cómo de la fe fluyen el amor y el gozo en Dios, y del amor emana a la vez una vida libre, dispuesta y gozosa para servir al prójimo... [...] el amor es verdadero cuando la fe también es verdadera. [...] Se deduce de todo lo dicho que el cristiano no vive en sí mismo, sino en Cristo y el prójimo; en Cristo por la fe, en el prójimo por el amor. (Lutero, 1983, pp. 71, 72, 75)

Lo que realmente afecta el crecimiento de la iglesia, entonces, es el legalismo, por un lado, y el antinomismo, por el otro. Y cuando estos dañan la comunión de la iglesia cristiana, afectan todo lo que involucra el ministerio de la Palabra de Dios, esto es, “el oficio para enseñar la sana doctrina, predicar el evangelio y administrar los santos sacramentos (Cf. Mt 9:35)” (Fritzler, 2011, p. 9). Por ese motivo Lutero remarca, en su explicación de los Diez Mandamientos, que “debemos temer y amar a Dios” (CM I.1-20), es decir, esforzarse por aplicar correctamente la ley y el evangelio; no separando uno del otro, sino aplicándolos sucesivamente; no mezclándolos, sino manteniéndolos distinguidos.

Pero muchas veces la razón y las tradiciones humanas pasaron a ocupar un lugar preponderante en la iglesia, a tal punto que obstaculizaron el libre curso de la Palabra de Dios en forma de ley y evangelio. Para revertir esta situación, a lo largo de la historia de la iglesia puede evidenciarse cómo Dios ha encaminado a su pueblo, enviándoles pastores, maestros y profetas que lo guiaran nuevamente por el camino del Señor. Y cuando esto sucedía, se producía en la cristiandad lo que se llama una reforma, que en el sentido bíblico-confesional significa “reivindicar en la iglesia de Cristo las revelaciones bíblicas y desechar las tradiciones humanas” (Lescano, 2003, 418). Esto es, la constante vigencia de la confesión de fe original, del kerigma apostólico, y de la fe como eje central de la vida cristiana en su respectiva vocación.

El crecimiento de la iglesia, entonces, no es tan sólo un evento puntual en el tiempo y en el espacio, por ejemplo, cuando alguien es incorporado a la iglesia por el Bautismo, sino también un proceso continuado que Dios opera a través del ministerio público de la Palabra en los corazones de los hombres, engendrando verdadero arrepentimiento y fe y los frutos que la acompañan. De ahí la necesidad permanente en la iglesia de la predicación del evangelio, de la catequesis y de la administración de los sacramentos. Pues el ser humano, desde el pecado de Adán, desconociendo la justicia de Dios en el Evangelio, busca siempre afirmarse sobre su propia justicia, basada en las obras de la Ley. Así se produce lo que dice san Pablo en la carta a los Romanos:

La ira de Dios se revela desde el cielo contra la impiedad y la injusticia de los hombres, que por su injusticia retienen prisionera la verdad... dejándolos abandonados a los deseos de su corazón... ya que han sustituido la verdad de Dios por la mentira, adorando y sirviendo a las criaturas en lugar del Creador (Ro 1:18, 24a, 25a).

Cuando el ser humano —y la iglesia también— se aferra a una interpretación distorsionada de las Escrituras y de Dios, este sigue sin conocerse a sí mismo y sin conocer a Dios. Vive en idolatría, es decir, en una salvación por obras, despojado del amor y de la gracia de Dios, encerrado en sí mismo, sin poder reconciliarse con su prójimo. Cuando lee la Biblia en uno de esos dos enfoques errados, el legalismo o el antinomismo, se lo hace solamente...

para dar sustento a la manera como sentimos, pensamos y nos comportamos. Es una ‘bibliolatría’, pues no deja de ser una forma de idolatría. El espejo —la Biblia—, usado de esta forma, se transforma en un ídolo; es una creación humana. Es mudo, inerte, y trae un mensaje esculpido en vez de un mensaje vivo. [...] Precisamos interpretar la Biblia como una historia —la historia del amor de Dios—, que tiene un agente central, el Dios trino de la gracia. Las Escrituras tienen que ser interpretadas en ese contexto del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. [...] Una vez que conseguimos ver a Cristo en todas las Escrituras, como hizo Martín Lutero en su relectura de la Biblia, entonces solamente la presencia del Espíritu Santo, a la luz de la vida, muerte y resurrección de Jesucristo, puede generar una transformación tan profunda de la conciencia. (Houston, 2001, pp. 152, 153).

3.2. EL CONCEPTO LUTERANO DE “REFORMA” DE LA IGLESIA

3.2.1. La reforma del siglo XVI

La primera de las *95 Tesis* (1517) de Martín Lutero, reza: “Cuando nuestro Señor y Maestro Jesucristo dijo: ‘Haced penitencia...’, ha querido que toda la vida de los creyentes fuera penitencia” (OL, 1967, p. 7). En esta tesis, Lutero se remite a los evangelios, y más concretamente, al comienzo de la predicación de Cristo: “Desde entonces comenzó Jesús a predicar: ‘Arrepiéntanse, porque el reino de los cielos está cerca’” (Mt 4:17)... “‘Se ha cumplido el tiempo’ —decía—. ‘El reino de Dios está cerca. ¡Arrepiéntanse y crean las buenas nuevas!’” (Mc 1:15, NVI).

La Reforma Luterana del siglo XVI estuvo asociada desde un comienzo con el arrepentimiento. Unos mil quinientos años antes, a partir del evento de Pentecostés, la iglesia había iniciado la predicación a todas las naciones de una manera similar. El día de Pentecostés, el apóstol Pedro anunció:

—Arrepiéntase y bautícese cada uno de ustedes en el nombre de Jesucristo para perdón de sus pecados —les contestó Pedro—, y recibirán el don del Espíritu Santo. En efecto, la promesa es para ustedes, para sus hijos y para todos los extranjeros, es decir, para todos aquellos a quienes el Señor nuestro Dios quiera llamar. Y con muchas otras razones les exhortaba insistentemente: —¡Sálvense de esta generación perversa! (Hch 2:38-40, NVI).

Lutero explica en el Catecismo Mayor que “al exhortar a confesarse, no hago otra cosa que exhortar a ser cristianos” (CMA VI.32a). Podemos aplicar estas palabras también a todo lo que significó la reforma del siglo XVI. El llamado de Lutero a la iglesia cristiana de aquel tiempo, no era otra cosa sino el retorno al evangelio de Jesucristo. Frente a la venta de indulgencias, y al sistema religioso católico en general, cuya base era la salvación por obras, Lutero sostuvo la doctrina bíblica de que el evangelio de la justificación por gracia, por causa de Cristo mediante la fe (CA IV.2a), constituye el verdadero fundamento de la iglesia cristiana. Esta certeza Lutero la remarca en otra de las *95 Tesis*, la tesis 62: “El verdadero tesoro de la iglesia es el sacrosanto evangelio de la gloria y de la gracia de Dios” (OL, 1967, p. 12).

La Reforma Luterana del siglo XVI no constituía un cambio de paradigma en la iglesia. Antes bien, era un retorno al “modelo de enseñanza” (Ro 6:17, NVI) apostólico original, que había sido sustituido por tradiciones humanas. Escribe Hans Küng:

De pronto, dos perspectivas totalmente diferentes, más aún, dos “mundos” diferentes, dos mundos diferentes en el pensamiento y el lenguaje, en resumen, dos paradigmas diferentes, se encontraron frente a frente en Lutero, el reformador, y en Cayetano, el tomista y legado papal. El resultado fue el que era de esperar: la confrontación, total, el debate, sin perspectiva ninguna, el entendimiento mutuo, inalcanzable. Al clamor de reforma de Lutero, las autoridades eclesiásticas, carentes de toda voluntad de reforma, habían respondido, en el fondo, de una sola manera: exigiendo la capitulación y el sometimiento al magisterio papal y episcopal. Y pronto toda la nación [alemana] se halló, con Lutero, ante una alternativa hasta entonces desconocida: revocación y “retorno” a lo antiguo (al paradigma medieval) o “con-versión”, acceso a lo nuevo (el paradigma reformador-evangélico). (Hans Küng, 1995, p. 5).

Por lo tanto, la reforma de la iglesia, contrariamente a lo que puede suponerse, no está asociada con un cambio de estructuras o con un cambio de paradigma, sino más bien con el arrepentimiento. En otras palabras, la reforma de la iglesia significa un retorno al evangelio de la justificación por fe. Hans Küng (1995, p. 5) define dicha reforma como retorno al “paradigma reformador-evangélico”.

Por influencia del principio humanista conocido como *ad fontes* (retorno a las fuentes), que significó un regreso al arte clásico grecorromano, durante el Renacimiento tuvo lugar un interés renovado por el estudio de las lenguas originales del Antiguo y del Nuevo Testamento. En ese contexto, surgió la figura de Lutero como re-descubridor del mensaje central de la Palabra de Dios. Pero fue esta misma Palabra divina la que impulsó y llevó a cabo la reforma de la iglesia. Comenta Schelske:

...el mensaje del evangelio establece lo que hoy podríamos llamar un nuevo paradigma o principio hermenéutico a través del cual se desarrolla la relectura de la Biblia y de toda la tradición teológica. En tal sentido, Lutero sostiene que la misma Palabra de Dios sea la que dirija y complete la Reforma. Una reforma no será cabal ni completa si no toma lugar primeramente en el corazón mismo de la persona, allí es donde el verdadero cambio se produce para dar realmente nueva vida al individuo. Este cambio sólo es posible por la obra de Dios en el Evangelio (Schelske, *RT* 165, p. 22).

Por tanto, un cambio adecuado de la estructura institucional en la iglesia, en todo sus niveles de organización, no será aquel que propicie el orgullo y la ambición humana, sino uno que sea funcional o que busque servir a la *Missio Dei*: la evangelización de todas las etnias y pueblos (Mt 28:19-20). Pues “la palabra de Dios no está encadenada” (2 Ti 2:9).

3.2.2. La reforma de la iglesia hoy

La iglesia cristiana siempre ha tenido como paradigma reformador el retorno al evangelio. No constituye un invento de la reforma del siglo XVI. “Este anhelo del continuo retorno a los días de la iglesia del libro de los Hechos fue una de las promesas de la Reforma Luterana, basada en la preeminencia de la Escritura, y ha sido una promesa recurrente para la iglesia en todas las épocas” (B. Bustamante, 2010, p. 26). Sin embargo, cuando se compara la realidad actual de las iglesias con la época de la reforma protestante, notamos que dicho paradigma original tiende a ser menospreciado y que en su lugar es suplantado por otras orientaciones teológicas y religiosas. Hoy día se puede observar:

...espléndidas corporaciones multinivel [...], gobernadas por una exitosa estirpe de burócratas de la fe [...], expertos en manejos de medios, marketing, posicionamiento de marca, que ofrecen sus auditorios (ya no templos, auditorios), para la realización de cualquier evento, desde una convención empresarial cualquiera, hasta una fiesta corporativa de fin de año, que ofrecen en un mismo púlpito el modelo revelado del iglecrecimiento carismático, así como ofrecen libras de café debidamente empaquetadas con el logotipo de la marca, *mugs* para tomar el café, portavasos para colocar los *mugs* y libros escritos por *ghostwriters*, donde nos enseñan cómo alcanzar los sueños de Dios siguiendo el mismo patrón neopentecostal norteamericano de la doctrina de la prosperidad, más emparentado con el *american way of life* (confirmando lo que Gregory Boyn denomina *McChurchs*) —empeñado en convertir a nuestros pobres

latinoamericanos en felices consumidores solventes de un nuevo *target market* cristiano— que con la verdadera realidad social e histórica de nuestra América híbrida (B. Bustamante, 2010, p. 37-38).

¿Qué está sucediendo en la iglesia? Resulta esclarecedor otro dato compartido por el mismo autor:

No pretendo exagerar. Durante cinco años dirigí algunos programas de radio en una emisora cristiana en Bogotá y, debo confesarlo, me parecía increíble que líderes cristianos no conocieran siquiera los datos elementales de lo que fue la Reforma, confundieron a Lutero con Tomás de Aquino, no reconocieran los postulados mínimos del pensamiento calvinista, escribieran Bach con V y se maravillaran de que Vach fuera cristiano. Si no fuera por Disney, C. S. Lewis estaría archivado junto a otros nombres [...], la patraña de la historia y la música de Bach, en el fondo del escaparate de los largos oficios inútiles, a donde hemos querido relegar, juntamente con la inútil filosofía, a la inútil teología y todos sus parientes distinguidos (B. Bustamante, 2010, p. 40).

En general, entre los cristianos hay actualmente un desconocimiento de la historia de la iglesia y, juntamente con ello, de la historia del pensamiento cristiano. “En muchas congregaciones latinoamericanas hay quienes creen que el cristianismo es un asunto de 20 o 30 años, y sus únicos referentes son acaso los populares predicadores americanos, que si bien han escrito una página de la historia reciente del cristianismo, no representan forzosamente a todo el cristianismo” (B. Bustamante, 2010, p. 41). Se ha pasado de una era donde la iglesia se identificaba por la confesionalidad (la confesión de su fe, como el Credo Apostólico), a una iglesia que se define por el utilitarismo. “El utilitarismo es ‘el colmo’ de nuestra cultura. Enseña que si algo funciona, es bueno y válido. Es el hermano gemelo del relativismo” (Eyer, 2008, p. 18). Es preciso hoy un retorno a las buenas nuevas de la justificación por la fe como paradigma teológico reformador. Este retorno al evangelio y los sacramentos (el Bautismo y la Santa Cena), en palabras de Lutero, significa hacer penitencia, vivir el arrepentimiento. El llamado a la iglesia cristiana hoy, consiste en “reaprender teología, cambiar, no solidificar la noción que ya tenemos; aprender a pensar desde Dios” (Weirich, 2008).

4.3. LA PERSPECTIVA DIVINA: LA TEOLOGÍA DE LA CRUZ

Escribe el Reformador en *La Voluntad Determinada* (1525): “Nada más adecuado para el entendimiento de las palabras de Dios que la debilidad del ingenio; pues justamente a causa de los débiles y a los débiles vino Cristo, y a ellos les envió su palabra” (Lutero, 2006, p. 119). Pues desde la perspectiva de Dios, como bien comenta Lutero en *El Magnificat* (1521):

El mundo y los ojos humanos hacen lo contrario. Sólo miran hacia arriba y quieren elevarse a toda costa [...] Esta es nuestra experiencia diaria. Todos se afanan por cosas que están arriba de ellos: por honor, poder, riqueza, ciencia, una vida holgada y todo lo que es grande y encumbrado. Y donde hay personas con tales aspiraciones, todos se les unen y acuden a ellas, les sirven gustosamente, quieren ser partícipes y gozar del encumbramiento. [...] En cambio, nadie quiere mirar a las profundidades o donde hay pobreza, ignominia, calamidad, miseria y angustia, todo el mundo aparta los ojos. De las personas en tal situación, todos se alejan, huyen,

las repudian y las abandonan. Nadie piensa en ayudarles, asistirlos y procurar que tengan algún valor. [...] Por eso sólo le queda a Dios poner su mirada en la profunda necesidad y miseria, y estar cerca de todos los que están en las profundidades. (Lutero, 2008, p. 380, 381).

La teología de la cruz enseña precisamente esto: Dios se da a conocer al ser humano en los sufrimientos y en la cruz de Cristo. Así enseña el Catecismo Mayor:

En efecto, después de haber sido nosotros creados y una vez que habíamos recibido diversos beneficios de Dios, el Padre, vino el diablo y nos llevó a desobedecer, al pecado, a la muerte y a todas las desdichas, de modo que nos quedamos bajo la ira de Dios y privados de su gracia, condenados a la perdición eterna, tal como nosotros mismos lo habíamos merecido en justo pago a nuestras obras. Y nos faltó todo consejo, auxilio y consuelo hasta que el Hijo único y eterno de Dios se compadeció de nuestra calamidad y miseria con su insondable bondad y descendió del cielo para socorrernos. [...] Él nos ha conducido del diablo a Dios, de la muerte a la vida, del pecado a la justicia y nos mantiene en ello. [...] lo que costó a Cristo y lo que él mismo hubo de poner en contribución; lo que tuvo que aventurar para conquistarnos y ponernos bajo su señorío; o sea, se hizo hombre, fue concebido y nació del Espíritu Santo y la virgen sin pecado alguno, a fin de ser Señor del pecado; además, padeció, murió y fue sepultado, con el objeto de satisfacer por mí y pagar mi deuda no con oro o plata sino con su propia y preciosa sangre. Y sucedió todo esto para que él fuera mi Señor (CMA II.28-29, 31a, 31b).

La muerte de Jesucristo, en rescate (expiación) por los pecados, y su resurrección de entre los muertos al tercer día, constituye el centro de la predicación apostólica desde los comienzos de la iglesia cristiana: “Los judíos piden milagros y los griegos van en busca de sabiduría, nosotros en cambio, predicamos a un Cristo crucificado, escándalo para los judíos y locura para los paganos, pero fuerza y sabiduría de Dios” (1 Co 1:22-24a); “Hermanos, les recuerdo la Buena Noticia que yo les he predicado... les he transmitido, en primer lugar, lo que yo mismo recibí: Cristo murió por nuestros pecados, conforme a la Escritura. Fue sepultado y resucitó al tercer día, de acuerdo con la Escritura” (1 Co 15:1a, 3).

Por el término teología de la cruz, por lo tanto, Lutero expresa lo que las mismas Escrituras afirman: Que Dios se revela como un Dios de misericordia y compasivo para con el ser humano perdido y condenado, en un lugar concreto, tangible y específico en el tiempo y en el espacio: en los sufrimientos de Cristo crucificado. Porque es únicamente por medio de Cristo crucificado, que Dios satisface las exigencias de su propia Ley divina (que el pecador muera) y, a la vez, consigue la justificación (el perdón) para al ser humano pecador:

Porque no hay ninguna distinción: Todos han pecado y están privados de la gloria de Dios, pero son justificados gratuitamente por su gracia, en virtud de la redención cumplida en Cristo Jesús. Él fue puesto por Dios como instrumento de propiciación por su propia sangre, gracias a la fe. De esta manera, Dios ha querido mostrar su justicia: en el tiempo de la paciencia divina, pasando por alto los pecados cometidos anteriormente, y en el tiempo presente, siendo justo y justificando a los que creen en Jesús (Ro 3:22b-26).

“Esta justicia nos la ofrece el Espíritu Santo por medio del evangelio y en los sacramentos, y se nos aplica, es apropiada y recibida mediante la fe” (FC DS III.16a), es decir, sin necesidad de obras nuestras, sino como un don y un regalo de parte de Dios. “La justicia que por pura gracia es atribuida a la fe es la obediencia, la pasión y la resurrección de Cristo, pues él ha satisfecho por nosotros y ha pagado nuestros pecados” (FC DS III.14). “Por

medio de esa justicia los creyentes tienen reconciliación con Dios, el perdón de los pecados, la gracia de Dios, la adopción de hijos y la herencia de la vida eterna” (FC DS III.16b).

La teología de la cruz, por lo tanto, entiende a Jesucristo como el don de Dios a través del cual el ser humano alcanza la salvación mediante la fe, es decir, sin obras. No tiene que ver con el hombre tratando de alcanzar el favor de Dios. Esto es imposible a causa del pecado que lo coloca en enemistad con su Creador. Se trata más bien de Dios mismo enviando a su Hijo, que desciende del cielo y asume sobre sí mismo el dolor y la miseria humana, con todo lo que ello implica: hambre, desnudez, fragilidad, pobreza, desamparo, sufrir el rechazo, las burlas, la incompreensión, e incluso, el sufrir el castigo y el rechazo de Dios mismo, su propio Padre. La máxima expresión de aquel desamparo constituye la cruz.

Sin embargo, si nuestra mirada se detiene aquí solamente, no percibirá plenamente lo que Dios quiere llevarnos a comprender a través de dicho sufrimiento.

Pues con esto Cristo no te sirve más que cualquier otro santo. Su vida queda recluida en él mismo, y en nada te aprovecha a ti; y, en fin, de este modo no se producen cristianos, sino solamente hipócritas. Debes llegar todavía mucho más lejos, si bien hasta ahora, durante mucho tiempo, ha sido la mejor forma –aunque poco común– de predicar. Lo principal y fundamental en el evangelio, antes de tomar a Cristo por dechado [es decir, como ejemplo], es recibirlo, reconociéndolo como un don y obsequio que te ha sido dado por Dios y que te pertenece. [...] Esto significa percibir debidamente el evangelio, a saber, la superabundante bondad de Dios, que ningún profeta, ningún apóstol, ningún ángel ha podido expresar cabalmente; y ningún corazón jamás ha sido capaz de admirarla y captarla suficientemente. Este es el gran fuego del amor de Dios para con nosotros, por el cual el corazón y la conciencia llegan a tener alegría, firmeza y serenidad. Esto significa predicar la fe cristiana. Por eso tal predicación se llama “evangelio”, lo que en alemán significa algo así como: “una buena noticia que difunde alegría y consuelo”. Por causa de este mensaje los apóstoles [en griego, enviados] se llaman los doce mensajeros (Lutero, 2008, p. 41).

Lutero tiene razón al reconocer que ningún ángel, profeta o apóstol ha sabido predicar suficientemente el evangelio (Lutero, 2008, p. 41). Es por tal motivo que la música y la himnología cristianas han sido con frecuencia el canal elegido para comunicar la verdad de Dios en la iglesia. Por ejemplo, los himnos *Noche de Paz*, *Cabeza ensangrentada* (Culto Cristiano, 1976, N° 10, 63) y *Sublime Gracia* (¡Canten al Señor!, 1980, N° 88) describen a Cristo don, como el Emanuel (Dios con nosotros): su nacimiento en Belén, su pasión en el Calvario, su resurrección y glorificación; en fin, su obra redentora a favor del ser humano.

La teología de la cruz enseña también que los cristianos participan de los sufrimientos de Cristo en esta vida presente. Les sucede, como dice el apóstol Pablo, que son:

Considerados como impostores, cuando en realidad somos sinceros; como desconocidos, cuando nos conocen muy bien; como moribundos, cuando estamos llenos de vida; como castigados, aunque estamos ilesos; como tristes, aunque estamos siempre alegres; como pobres, aunque enriquecemos a muchos; como gente que no tiene nada, aunque lo poseemos todo (2 Co 6:8b-10).

Por eso, este sufrimiento no debe considerarse como un castigo o un abandono de parte de Dios (2 Ti 2:3, 1 Pe 2:19-21). Así como la cruz de Cristo es un don, así también el sufrimiento de

los cristianos es una gracia divina: “El Señor corrige al que ama... Si ustedes tienen que sufrir es para su corrección; porque Dios los trata como a hijos, y ¿hay algún hijo que no sea corregido por su padre?” (Heb 12:6a, 7). Por otra parte, cuando el pueblo de Dios sufre, Dios sufre junto a su pueblo, pues el sufrimiento ocasionado a los hijos de Dios por parte del diablo y del mundo, representa un agravio hecho al mismo Dios (Sal 74:10, 18, 22-23). No sufrimos solos (1 Co 12:26-27). Esta cruz cristiana es una de las marcas o señales visibles de la verdadera iglesia:

...se conoce exteriormente al santo pueblo cristiano por la cruz que Dios le impone como divino medio disciplinatorio, a saber, el santo pueblo cristiano tiene que sufrir toda suerte de desgracias y persecuciones, de tentaciones y males (tal como se reza en el Padrenuestro) por parte del diablo, del mundo y de la carne, afligirse, desalentarse, atemorizarse por dentro, ser pobre, despreciado, enfermo y débil por fuera, a fin de que llegue a asemejarse a su Cabeza, Cristo. Y el motivo debe ser únicamente este: que se aferren con firmeza a Cristo y a la palabra de Dios, sufriendo así por causa de Cristo, Mateo 5:[11]: “Bienaventurados lo que padecen persecución por mi causa” [...] ...y no porque fuesen adúlteros, asesinos, ladrones o malevos sino porque quieren tener solamente a Cristo por Dios y a ningún otro. Donde veas u oigas tales cosas, has de saber que allí está la santa iglesia cristiana (OL, vol. VII, 1977, p. 265).

4.3.1. Paradoja: crecimiento en la debilidad

Lo que desde la perspectiva divina es crecimiento de la iglesia, sin duda el DNI —y nuestra propia razón humana— lo asocia inmediatamente con un decrecimiento de la iglesia. Hoy día, incluso a cristianos sinceros se les hace muchas veces imposible de aceptar la teología de la cruz, porque no alcanzan a ver a Dios actuando a través y en los sufrimientos, así como lo hizo en Jesús. Son tentados a pensar que Dios los abandonó o que él no los ama. Pero “por fe andamos, no por vista” (2 Co 5:7). Esto es, no según las apariencias, no por lo que la razón, los sentidos o lo que la opinión popular indiquen. El llamado de Dios a seguirlo y tomar la cruz, implica ir a donde por naturaleza nadie nunca iría: “La cruz es impuesta a nosotros por otros, no por nosotros mismos. Pedro no buscó la cruz, la cruz buscó a Pedro porque Pedro siguió a Cristo” (Schlink, citado en Blank, 1999, pp. 599-600). Caminar por fe significa ser guiados por la Palabra de Dios: “Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estás conmigo” (Sal 23:4).

A partir de la teología de la cruz, los cristianos aprenden a interpretar sus propios sufrimientos y pesares a la luz del sufrimiento de Cristo en la cruz, pero también de su victoriosa resurrección de entre los muertos: “Puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe” (Heb 12:2a). Con la mirada puesta en su Señor, ellos pueden experimentar la paz de Dios (Ro 5:1) que sobrepasa todo entendimiento humano (Fil 4:7a), para que puedan sobrellevar, con el pensamiento puesto en Dios, las penas que sufren injustamente (1 Pe 2:19b), considerándose a sí mismos extranjeros y peregrinos sobre la tierra (Heb 11:13b). Solamente después de que el Señor le dijera al apóstol Pablo “te basta mi gracia, porque mi poder se perfecciona en la debilidad” (2 Co 12:9a), él pudo confesar “cuando soy débil, entonces soy

fuerte” (2 Co 12:10b). Porque cuando “estoy crucificado con Cristo, y ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí” (Gl 2:19b), tengo la bendita esperanza de que además —diría Pablo—, así como Cristo resucitó por la gloria del Padre (Ro 6:4a), así también “el Dios de toda gracia, que nos ha llamado a su gloria eterna en Cristo, después que hayan padecido un poco, los restablecerá y confirmará, los hará fuertes e incommovibles” (1 Pe 5:10).

En relación a la teología de la cruz en el oficio pastoral, dice Eyer:

El cuidado pastoral tiene la tarea de ayudar al que sufre a que sepa relacionar, en ese momento, la cruz con su sufrimiento y la esperanza en el mañana [...] ...la pregunta apropiada no es “¿Por qué Dios me está haciendo esto?” sino “¿Dónde está Dios en esta situación?” “¿Dónde está Dios en mi sufrimiento?” El “porqué” del sufrimiento, motivado por la exigencia de que Dios debe justificarse ante nosotros, es una pregunta sin sentido. Las respuestas que dicen que Dios nos está probando, castigando, enseñando o previniendo, raramente corresponden a nuestras situaciones particulares o a las de otros. [...] Es al pie de la cruz hacia donde el pastor debe guiar a sus miembros. Encontrará resistencia... todo el orgullo humano que siente que merece respuestas, deben terminar al pie de la cruz. [...] “¿Dónde está Dios en el sufrimiento, en mi sufrimiento?” Y Dios responde: “¡Justo en medio de él!” (Eyer, 2008, p. 26, 31).

Análogamente, mientras la persona más se afirme en sí misma, en su propia fuerza y en ideas humanas, tanto más lejano estará Cristo con su gracia: “Si ustedes buscan la justicia por medio de la Ley, han roto con Cristo y quedan fuera del dominio de la gracia” (Ga 5:4). Esto mismo es lo que el DNI propone a la iglesia hoy: un crecimiento aparte de la cruz, basado en la sabiduría humana. “Hay muchos que se portan como enemigos de la cruz de Cristo. Su fin es la perdición, su dios es el vientre, su gloria está en aquello que los cubre de vergüenza, y no aprecian sino las cosas de la tierra” (Fil 4:18b-19).

Pero “ustedes están unidos a Cristo Jesús, que por disposición de Dios, se convirtió para nosotros en sabiduría y justicia, en santificación y redención, a fin de que, como está escrito: El que se gloria, que se gloríe en el Señor” (1 Co 1:30-31). Por eso mismo Cristo dice: “El que permanece en mí, y yo en él, da mucho fruto” (Jn 15:5a). “Palabra fiel es esta: Si somos muertos con él, también viviremos con él; Si sufrimos, también reinaremos con él” (2 Ti 2:11-12a). El llamado de Dios, entonces, es que su pueblo, la iglesia, permanezca paciente en los sufrimientos (tribulaciones) (Ro 5:3; 12:12) y perseverante en la esperanza (Ro 5:4-5) con base en el amor de Dios en Cristo Jesús (Ro 5:6-11), siendo constante en la oración (Ro 12:12b).

4.4. “QUE TODOS SEAN UNO” (Jn 17:21): LA CONFESIONALIDAD, PRINCIPIO DE UNIDAD DE LA IGLESIA

La unidad la iglesia cristiana se encuentra en la confesión de la fe, de acuerdo al “modelo de enseñanza” (Ro 6:17, NVI) apostólica, el Credo Apostólico y el Credo Niceno Constantinopolitano, los cuales, junto al Credo de Atanasio, expresan el contenido de la fe ortodoxa (correcta). Para un crecimiento de la iglesia conforme a la perspectiva divina, el

único camino es una iglesia confesante. No es posible ni el sincretismo religioso, ni el ecumenismo no confesional o unionismo, a pesar de que sí sea viable mantener buenas relaciones intereclesiásticas en temas y actividades que no afecten la sana doctrina:

El verdadero ecumenismo es el que proponen las Escrituras, esto se aplica a las relaciones y el diálogo, cuando la palabra de Dios es interpretada en total consonancia a lo que Dios ha querido revelar en ella. [...] La iglesia militante está llamada a permanecer en la misma actitud y convicción de aquellos padres de la iglesia, para diferenciar entre el ecumenismo y las relaciones intereclesiásticas (Hoffstetter, p. 56).

Sin embargo, Christian Schwarz apunta en la dirección contraria. Él pretende ofrecer un sistema teológico interconfesional, un paradigma nuevo que abrace a todas las denominaciones, sin distinción. No tiene reparos en decir:

Si tenemos a la vista este esquema [se refiere a su modelo teológico bipolar], se ve claramente lo equivocado que es considerar como ateológico (es decir: de evaluación teológica neutral) el planteamiento del desarrollo natural de la iglesia. Ciertamente es sobreconfesional (no es bautista, ni pentecostal, ni luterano, etc.); también es cierto que se puede aplicar a casi todas las denominaciones tradicionales (tanto a los bautistas, como a los pentecostales, luteranos, etc.), pero este hecho no lo hace, bajo ningún concepto, ateológico. A mí me parece que es una gran equivocación del iglecrecimiento intentar presentar su pensamiento como una “metodología ateológica.” (Schwarz, 1996, p. 94).

El DNI es un peligro serio y real para la iglesia cristiana hoy día. Plantea un modelo de iglesia despojado de la confesionalidad bíblica para ser reemplazado por un sistema teológico cuyo fundamento es la razón y la ciencia, y cuyo centro no es la fe en la obra redentora de Cristo, sino el ser humano. Afirma Fritzler:

El paradigma del iglecrecimiento no está basado en las Escrituras, sino que dependen y se sustentan en los métodos y programas empresariales. Nuestra postura no está en contra de los nuevos recursos tecnológicos [...] sino que es un llamado de alerta para usarlos de acuerdo a los propósitos de la iglesia, a fin de no cambiar los medios que Dios estableció [la Palabra y los sacramentos]. En la iglesia se sigue buscando personas que sean abrazadas por el evangelio, se buscan corazones, no meras estadísticas que digan la efectividad de las personas que hacen el trabajo (Fritzler, 2010, p. 155).

Nuestro deseo es que la iglesia permanezca unida en torno a la confesión de fe: “Traten de conservar la unidad del Espíritu, mediante el vínculo de la paz... Hay un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo” (Ef 4:3, 5). Porque en el pasaje de Jn 17:10-12, en palabras del Reformador, Cristo dice lo siguiente:

Yo les sirvo enseñándoles mi palabra; si se atienen a esta, serán todos iguales en la fe y en el amor; y entonces deber ser y seguir siendo también un cuerpo sólo e indiviso”. De ahí la declaración de Pablo: “Si un miembro padece, todos los miembros se duelen con él, y si un miembro recibe honra, todos los miembros con él se gozan” (1 Co 12:25)... “ser uno” implica coherencia y excluye la diversidad de esencia. De esta manera son “uno” el Padre y el Hijo. [...] En tus propios padecimientos, pues, tienes el consuelo de que no padeces solo, sino que todos los demás miembros de la cristiandad padecen juntamente contigo, y tú con ella. [...] Por tales personas se oró aquí; a ellas Dios las guardará. (OL, 1983, vol. IX, p. 268, 269, 270).

CAPÍTULO IV

“CRECIMIENTO DE LA IGLESIA” DESDE LA PERSPECTIVA DE DIOS

4.1. EL REINO DE DIOS Y LA *MISSIO DEI*

Es cierta esta afirmación de Schwarz: “Si no entendemos la naturaleza de Dios, por más conscientemente que formulemos los detalles de nuestra eclesiología, no podremos entender verdaderamente la naturaleza de la iglesia” (Schwarz, 2001, p. 51). El aspecto positivo de Christian Schwarz y del DNI es que hicieron tomar conciencia de la íntima relación que mantienen la iglesia y su crecimiento con Jesucristo. Por eso, antes de enfocarnos en la iglesia, es preciso tratar de manera sucinta los conceptos de Reino de Dios y de *Missio Dei*.

4.1.1. *El Reino de Dios*

¿Qué es el Reino de Dios? ¿Dónde se encuentra? ¿El Reino de Dios es lo mismo que la iglesia? Dice Weirich:

En la comprensión bíblica, el Reino de Dios es el mundo. [La distinción entre] sagrado y profano no existe. El Reino de Dios es una realidad que nosotros no vemos [directamente], todo lo vemos como a través de un espejo [1 Co 13:12]. En ese sentido, lo que nosotros vemos, es un engaño. Por eso preciso rever la Biblia a la luz de Cristo que murió por el mundo (literalmente). Yo mismo soy “mundo”; lo que me diferencia a mí de los demás es que sé, en misericordia, [que] Dios Todopoderoso me dio vida en la Alianza de Jesús. Yo soy integrado al Reino (soy sujeto pasivo, por mi incapacidad), recibo, y de gracia. ¿Qué cosas identifican la presencia del Reino en el mundo? Agua, pan, vino, la palabra que oímos. [Es] una realidad concreta, palpable, pero absurda al sentido común. Cuando están estas cosas, está el Reino de Dios, y abraza a buenos y malos. [Fuera de estas cosas,] el Reino de Dios no puede ser localizado en algún lugar (Roma, Israel, IELB, etc.) (Weirich, 2008, 05/08/08).

Jesús dice que “el reino de Dios no vendrá con advertencia, ni dirán: Helo aquí, o helo allí; porque he aquí el reino de Dios está entre vosotros” (Lc 17:20b-21). Dicha presencia del Reino de Dios “entre vosotros”, se refiere a los medios de gracia: la palabra de Dios y los santos sacramentos instituidos por Cristo, que son administrados en la iglesia cristiana. En su sentido específico, por lo tanto, el Reino de Dios es considerado un “reino de gracia”, en el cual Cristo gobierna y dirige a los creyentes por el ministerio de la Palabra (oficio pastoral): “La venida del Reino de Dios hacia nosotros se realiza de dos maneras: Primero aquí, temporalmente, por la palabra y la fe; segundo, eternamente por la revelación [la segunda venida de Cristo]. Ahora pedimos ambas cosas, que venga a aquellos que aún no están en él y a nosotros que lo hemos alcanzado” (CMA III.53). Por lo tanto, en su sentido propio (específico), el reino de Cristo no tiene que ver con un reino terrenal, sino espiritual.

¿Por qué el estado cristiano es un estado oculto? Sencillamente porque es un estado de fe. Como no se puede probar la fe de modo empírico-psicológico, tampoco se puede probar [la existencia d]el estado cristiano... La vida cristiana jamás puede ser identificada completamente

con la vida empírica que vivimos. La vida cristiana es objeto de fe, y como tal, oculta. Lo que vemos jamás es lo verdadero... Nuestra vida se asemeja a un tesoro oculto en el campo. Ella, por eso, es tan profunda que los propios santos no tienen conciencia de su vida verdadera. Ni siquiera sospechan cuán bellos aparecen a los ojos de Dios (Loewenich, 1988, p. 113).

Al mismo tiempo, en el sentido amplio del término, el Reino de Dios es un “reino de poder”: Dios gobierna, preserva y conduce el universo creado por Él, y a todas sus criaturas. Aquí no se conoce el evangelio, sino solamente la ley. De ahí que se haga la necesaria distinción entre el régimen secular (el Estado) y régimen espiritual (la iglesia) de Dios.

El reino [de Dios] no es una estructura, sino un gobierno, un continuo reinar, un continuo estar presente. Ese reino inicia con la creación y va hasta la segunda venida de Cristo, en el final de los tiempos. En ese principio [en el libro del Génesis], se afirma que Dios reina en el mundo que creó. Aunque haya oposición a su reino, Dios no desistió de nada, sino que todo lo hace para traer paz a su mundo. Considerando esto, es necesario distinguir entre el orden de la creación y el orden de la salvación. [...] Lutero distingue de forma más simple, como vimos, hablando de los regímenes del reino de Dios: el reino de la izquierda (de la creación o reino de poder) y el reino de la derecha (de la salvación o reino de gracia). (Warth, 2002, p. 18-19, 20-21).

La declaración de Jesucristo en Mt 28:18 que dice “toda autoridad me ha sido dada en el cielo y en la tierra”, aparece en estrecha relación al envío apostólico de “vayan, y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos, bautizándolos... y enseñándoles...” (Mt 28:19-20a). Se nota aquí la estrecha relación que hay entre el reino de poder y el reino de gracia. Dios no se desentendiende de su creación caída en el pecado y en la condenación, sino que con el advenimiento de Jesucristo el Reino de Dios se torna presente en este mundo para redimirlo y salvarlo. El Creador, una vez reconciliado con la humanidad mediante la cruz de su Hijo Jesucristo, ahora envía a sus testigos autorizados, los Apóstoles, a todos los rincones del mundo, para anunciar la Buena Noticia y reintegrar a los seres humanos, mediante la fe, a la comunión con Dios Trino.

“No era un mundo extraño el que Cristo envió a sus siervos, sino el mundo en que el Padre había puesto a sus pies” (Besser). Cuánta diversidad existe entre las naciones de la tierra: raza y color, ubicación y ambiente [geográfico], características y logros; sin embargo, todas ellas están incluidas en esta comisión, por ser todos pecadores, tener todos alma, y necesitan y son capaces de salvación mediante la gracia de Dios (Lenski, 1943, vol. I, p. 1173).

“La salvación que se comunica en el presente garantiza la consumación venidera del mundo... la nueva creación que está siendo inaugurada en el presente en el Bautismo y en la Cena del Señor transforma el mundo antiguo, pervertido, un mundo antiguo que pasó, y restablecen el mundo original” (Bayer, 2007, p. 84, 85). La promesa de Cristo “yo estaré con ustedes hasta el fin del mundo” (Mt 28:20), evidencia esta “restauración de la creación” (Bayer, p. 84) que ya ha comenzado, al tiempo que “contradice todas las especulaciones históricas –por ejemplo, la ilusión de un progreso constante de la historia mundial–” (Bayer, p. 86). Por esa razón es que los cristianos, en medio de este mundo, buscan únicamente “el

Reino y su justicia, y todo lo demás se les dará por añadidura” (Mt 6:33). Y en realidad, ese es el propósito de Dios para con todas las personas:

Él da a todos la vida, el aliento y todas las cosas. Él hizo salir de un solo principio a todo el género humano para que habite sobre toda la tierra, y señaló de antemano a cada pueblo sus épocas y sus fronteras, para que ellos busquen a Dios, aunque sea a tientas, y puedan encontrarlo. Porque en realidad, Él no está lejos de cada uno de nosotros (Hch 17:25b-27).

4.1.2. *La Missio Dei*

“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Jn 3:16). *La Missio Dei*...

Es el plan y designio de Dios para cerrar la brecha entre él y la humanidad. En términos básicos es el objetivo de Dios para toda la teología, como también para toda la historia. Es la razón de ser para la existencia, no solamente de este mundo, sino especialmente para la iglesia, misiones y educación teológica (Bunkowske, citado en Fritzler, 2010, p. 15).

Esto lleva a pensar cuál es la relación que existe entre los conceptos de Reino de Dios y *Missio Dei*. Podemos resumirlo de esta manera: *La Missio Dei* es el Reino de Dios en acción mediante la Palabra y los santos sacramentos instituidos por Cristo, es decir, los medios de gracia, que son administrados (dados) por el oficio de la predicación u oficio pastoral en la santa iglesia cristiana, a fin de restaurar a la humanidad a la comunión con Dios Trino. Sostiene Glenn E. Schaeffer:

El hombre Jesucristo sigue la *missio Dei* en el mundo actual a través de su Palabra (incluida la confesión y la absolución), y los sacramentos, es decir, el Bautismo y la Cena del Señor. Además, esto significa que Él lleva a cabo su misión de salvar a la gente, a través de su Cuerpo, la iglesia militante, porque la iglesia es el canal a través del cual el mensaje vivificante del Reino es comunicado a quienes diariamente son atacados por el mundo, los pecados de la carne y por el diablo. [...] La misión de la iglesia no es esencialmente diferente de la misión del Verbo encarnado... A través de la iglesia militante, Jesús en forma encarnada busca y salva a los perdidos. (Schaeffer, 2000-01, *LTR* XIII, pp. 52, 53).

“Se concibe la misión, entonces, como un movimiento de Dios hacia el mundo; se concibe a la iglesia como un instrumento para esa misión... Participar de la misión es participar en el movimiento del amor de Dios hacia las personas, porque Dios es [...] un amor que envía” (Bosch, 2000, p. 477).

4.2. LA IGLESIA

4.2.1. *Missio Dei e iglesia*

A diferencia del DNI, en el que existe un marcado énfasis del obrar humano en el crecimiento de la iglesia, para las Confesiones Luteranas ese énfasis está puesto en la acción de Dios en la historia: “el Credo, que nos presenta todo lo que debemos esperar y recibir de Dios y, para decirlo brevemente, para que aprendamos a conocerlo enteramente” (CMA II.1b). La relación entre *Missio Dei* y eclesiología queda evidente cuando, por ejemplo, en la explicación del Tercer Artículo del Credo, referente a la obra del Espíritu Santo, Lutero dice:

“El Espíritu Santo dispone, ante todo, de una comunidad especial en este mundo, que es la madre, pues ella engendra y mantiene a todo cristiano mediante la palabra de Dios que Él mismo revela y enseña” (CMa II.42a). La iglesia, como madre, es el receptáculo o vaso del Espíritu Santo donde él imparte y distribuye los dones del perdón y la vida eterna que Cristo consiguió. Por esa razón, cuando se confiesa que la iglesia es la comunión de los santos, se debe entender que hace referencia, no a la santidad humana ni a la unidad en cosas externas (ej. ceremonias, principios de iglecrecimiento, etc.), sino a “que para la verdadera unidad de la iglesia cristiana es suficiente que se predique unánimemente el evangelio conforme a una concepción genuina de él y que los sacramentos se administren de acuerdo a la palabra divina” (CA VII.2). En otras palabras, la comunión se da por causa del oficio de la Palabra:

...en la cristiandad tenemos la remisión de los pecados, lo que ocurre mediante los santos sacramentos y la absolución, así como también mediante múltiples palabras consolatorias de todo el evangelio. Por eso, cabe aquí la predicación acerca de los sacramentos y, por decirlo brevemente, todo el evangelio y todas las funciones dentro de la cristiandad. Es necesario que estas cosas sean practicadas sin cesar, porque si bien la gracia de Dios ha sido adquirida por Cristo y la santificación operada por el Espíritu Santo mediante la palabra de Dios en la comunión de la iglesia cristiana, nosotros, a causa de la carne, jamás somos sin pecado (CMa III.54-55a).

4.2.2. *Concepto de iglesia*

Históricamente se ha dicho que la iglesia es la comunión de los santos. En conformidad con las Sagradas Escrituras, las Confesiones Luteranas ofrecen una variedad de descripciones sobre la iglesia, que permiten tener un concepto claro y de mucho valor para el tiempo actual. La Confesión de Augsburgo dice:

Habrà de existir y permanecer para siempre una santa iglesia cristiana, que es la asamblea de todos los creyentes, entre los cuales se predica genuinamente el evangelio y se administran los santos sacramentos de acuerdo con el evangelio. Para la verdadera unidad de la iglesia es suficiente que se predique unánimemente el evangelio conforme a una concepción genuina de él y que los santos sacramentos se administren de acuerdo a la palabra divina (CA VII.1-2).

En las Confesiones Luteranas aparecen otras expresiones referentes a la iglesia, las cuales ayudan a tener un panorama más amplio, profundo y rico sobre el tema:

[Es]...la asamblea de todos los creyentes y santos, sin embargo, ya en esta vida muchos cristianos falsos, hipócritas y aun pecadores manifiestos permanecen entre los piadosos (CA VIII.2a).

...aquellas personas que conocen y confiesan correctamente la fe y la verdad (Ap VII-VIII.22).

...es un pueblo espiritual... el verdadero pueblo de Dios, regenerado por el Espíritu Santo (Ap VII-VIII.14a).

...es el reino de Cristo, a diferencia del reino del diablo... al cual él vivifica con su Espíritu, ora sea un reino revelado, ora esté cubierto por la cruz (Ap VII-VIII.16a, 18b).

...es la iglesia católica... el conjunto de hombres esparcidos por todo el mundo que están acordes en cuanto al evangelio y que poseen el mismo Cristo, el mismo Espíritu Santo y los mismos sacramentos, ora tengan las mismas tradiciones humanas, ora las tengan distintas (Ap VII-VIII.10).

...no es sólo una comunidad que se caracteriza por ciertos factores exteriores y ritos, como otros gobiernos, sino que es sobre todo la comunidad de la fe y del Espíritu Santo en los corazones, aunque posee señales exteriores para que se la pueda conocer: La doctrina pura del evangelio, y la administración de los sacramentos conforme al evangelio de Cristo. Esta sola es la iglesia que se

llama cuerpo de Cristo, cuerpo al cual Cristo renueva con su Espíritu, lo santifica y lo gobierna (Ap VII-VIII.5).

...donde no se predica a Cristo, tampoco existe el Espíritu Santo que hace la iglesia cristiana, la llama y la congrega, fuera de la cual nadie puede venir al Señor Cristo (CMA II.45).

4.2.3. *La distinción entre iglesia y Estado (orden espiritual y orden secular)*

La distinción entre iglesia y Estado, también conocida como la doctrina de los dos reinos, muestra cuál es el orden del Reino de Dios: El régimen civil (orden político) y la familia (orden económico), que componen el Estado, y el régimen espiritual (orden religioso), o sea la iglesia.

Para ejercitar esta aplicación de autoridad, reconocida por la fe, Dios providenció varios órdenes sociales. Lutero los agrupó en tres órdenes básicos: el orden económico o familiar, el orden político y el orden eclesiástico. Son formas concretas de autoridad delegada por Dios, por las cuales Dios reina sobre todo el mundo a través de nosotros y de nuestro prójimo (Warth, 2002, p. 104).

La distinción entre reino de la derecha y reino de la izquierda es una manera diferente para referirse a los conceptos de iglesia (derecha) y Estado (izquierda). En la Apología de la Confesión de Augsburgo, el colaborador de Lutero, Felipe Melancthon, se refiere a la misma distinción:

...las ordenanzas civiles legítimas son buenas creaciones de Dios, y ordenaciones divinas de las que un cristiano puede usar sin correr peligro. Todo este asunto acerca de la diferencia entre el reino de Cristo y el reino civil ha sido aclarado muy satisfactoriamente en los escritos de los nuestros, en el sentido de que el reino de Cristo es espiritual, esto es, que hace que en el corazón del hombre surja el conocimiento de Dios, el temor y la fe en Dios, la justicia y la vida eterna. Y mientras tanto, nos permite usar, en lo exterior, de las ordenanzas civiles legítimas de cualquier país en que vivimos, así como nos permite usar de la medicina, o de la arquitectura, la comida, la bebida, el aire, etc. [...] ...y ordena que en esta obediencia ejerzamos la caridad [el amor]. [...] Porque el evangelio no destruye las estructuras de la sociedad ni la familia (Ap XVI.1b-2, 3b, 5a).

La iglesia, como tal, es sustentada por Cristo mismo, quien se torna presente en ella por el ministerio (servicio) público de la predicación, u oficio pastoral (CA V). Este oficio, divinamente instituido por Dios mismo (Jn 20.19-20), y que ha sido dado no solamente “a la persona de cierto individuo, sino a toda la iglesia” (Tr 24a), es un poder espiritual que consiste en:

...apacentar las ovejas, esto es, predicar la palabra o gobernar la iglesia con la palabra. Esta comisión Pedro la tiene en común con el resto de los apóstoles. [...] ...porque Cristo ha dado a los apóstoles sólo el poder espiritual, esto es, el mandato de predicar el evangelio, anunciar el perdón de los pecados, administrar los sacramentos y excomulgar a los impíos sin violencia física. No les dio el poder de la espada o el derecho de establecer, ocupar o transferir los reinos del mundo. [...] ...este poder pertenece, por derecho divino, a todos los que presiden en las iglesias, ya sea que se llamen pastores, o ancianos, u obispos (Tr 30b-31a, 61b).

La crítica que los reformadores del siglo XVI hicieron a la iglesia de aquel tiempo, consistía en que, por causa de una confusión entre los deberes de la iglesia y las responsabilidades que abarcan el régimen civil (el Estado) el ministerio de la predicación pasó

a ser desatendido. La jerarquía romana, el papado, había unificado los dos reinos (iglesia y Estado) en uno solo. Y las consecuencias estaban a la vista:

...la constitución de Bonifacio VIII, distinción 22 del capítulo “Omnes”, y otras declaraciones similares que sostienen que el papa es por derecho divino señor de los reinos del mundo. Esta noción ha causado que descendieran horribles tinieblas sobre la iglesia y más tarde se originaran grandes disturbios en Europa. El ministerio del Evangelio fue desatendido. El conocimiento de la fe y del reino espiritual se extinguieron. Se consideraba que la justicia cristiana se hallaba en el gobierno externo establecido por el papa. [...] Ya que estos monstruosos errores obscurecen la fe y el reino de Cristo, dentro de ninguna circunstancia han de pasarse por alto. Las consecuencias demuestran que han sido grandes plagas en la iglesia. [...] La doctrina del arrepentimiento ha sido corrompida... Han obscurecido la enseñanza correcta concerniente al pecado... Han inventado también satisfacciones, por medio de las cuales han obscurecido también los beneficios de Cristo... Así han transferido a las tradiciones humanas el mérito de Cristo y han extinguido completamente la enseñanza concerniente a la fe [...] y han preferido éstas a obras que Dios requiere y ordenó a cada uno en su vocación. [...] ...entonces las iglesias ya no pueden remover enseñanzas impías y formas de culto impías, e innumerables almas se pierden generación tras generación (Tr 33-34, 37, 44a, 45a, 45b, 48b, 51b).

Estas palabras del Tratado sobre el Poder y la Primacía del Papa sirven de advertencia y de consejo para la iglesia actual; especialmente, cuando los pastores o las iglesias locales desatienden el llamado de Dios de anunciar la Palabra y de administrar los sacramentos, para en su lugar dedicarse a cuestiones de administración, de leyes, responsabilidades civiles, dinero, etc. En ese caso, la situación viene a ser similar al error cometido por la Iglesia Católica: mezclar o confundir su llamado y autoridad divina de predicar el Evangelio y administrar los sacramentos, con asuntos civiles u ordenanzas humanas (el Estado), que de por sí no son imprescindibles para la salvación humana ni para la extensión del Reino de Dios, aunque sí son necesarios por causa del decoro y del buen orden en la iglesia:

¿Qué se ha de decir, pues, del domingo y de otras ordenanzas eclesiásticas y ceremonias similares? Los nuestros contestan que los obispos o los pastores pueden establecer ritos para que todo se haga con orden en la iglesia... [...] Pero esta obediencia no debe prestarse de tal manera que no se opriman las conciencias, sosteniendo que tales cosas son necesarias para la salvación y considerando que se comete pecado al omitirlas sin dar ofensa a los demás. [...] ...si no es posible lograr la concesión de mitigar y abolir aquellas reglas humanas que no pueden guardarse sin pecado, entonces nos vemos obligados a seguir la regla apostólica que nos ordena obedecer a Dios antes que a los hombres (Hch 5:29). San Pedro prohíbe a los obispos ejercer dominio, como si tuviesen la autoridad de obligar a las iglesias a cumplir su voluntad (1 P 5:2 y sigte.) (CA XXVIII.50a, 53a, 72-73).

Dicha confusión en la manera de entender el gobierno de Dios en el mundo, es obra de Satanás, quien de esta manera trata de impedir el avance del Reino de Cristo en crecimiento: “Desde la época de Juan el Bautista hasta ahora, el Reino de los Cielos es combatido violentamente, y los violentos intentan arrebatarlo” (Mt 11:12). La distinción entre iglesia y Estado procede de la sana distinción de ley y evangelio. Porque, en sentido amplio, el régimen civil está establecido en base a la ley, mientras que la iglesia está fundamentada sobre el evangelio. Dice Fritzler:

La doctrina de los dos reinos posee directa relación con Ley y Evangelio. Así como el teólogo debe tener inmenso esfuerzo para no mezclar Ley y Evangelio, igualmente se debe tener

presente la necesidad de una correcta distinción del reino espiritual del reino secular. El diablo siempre intenta de mezclarlos. Cada uno tiene su función y estas no son en sí opuestas. Una separación absoluta negaría cualquier participación del cristiano en cuestiones políticas. La mezcla siempre oculta al Evangelio, ya que termina haciendo del Evangelio una nueva Ley (Fritzler, 2010b, p. 7).

En el ámbito eclesiástico, es posible hablar de la diferencia que existe entre la iglesia como organismo de la iglesia como organización, pero sólo en este sentido: como otra manera de referirse a los dos regímenes de Dios: iglesia y Estado, gobierno espiritual y gobierno temporal. Queda descartada, por lo tanto, la opinión de Schwarz de que con los conceptos de iglesia como organismo e iglesia como organización se hace referencia a dos componentes de la naturaleza de la iglesia. Más bien, debe enseñarse que la iglesia como organización se refiere a los derechos y obligaciones que la iglesia asume para con el Estado, el cual con sus leyes y ordenanzas tan sólo alcanza a entenderla como una organización humana (ej. asociación civil), aunque desde la perspectiva de Dios no sea así: “Respondió Jesús: Mi reino no es de este mundo” (Jn 18:36).

La necesaria distinción entre iglesia y Estado es importante para el crecimiento de la iglesia. Señala los ámbitos o áreas de responsabilidad propios del pastor y de la congregación. Tanto el pastor como los laicos componen el pueblo de Dios, pero tienen llamados diferentes. Mientras que la organización de la iglesia es de arreglo o de convención humana (cuestión adiáfora), el ministerio pastoral es una institución divinamente establecida (CA V). Esto es: mientras que el gobierno espiritual de la iglesia está en manos de los pastores debidamente llamados y ordenados (CA XIV), el gobierno externo de la misma (estado legal, contable, tesorería, etc.) o de la iglesia como organización, debería estar bajo la responsabilidad de los laicos y de diáconos debidamente escogidos. Comentando el pasaje de 1 Ti 3:1, Lutero escribe acerca del oficio pastoral:

Realmente, quien desee ser obispo debe ser hombre de corazón y no ambicionar ninguna gloria producto de ningún milagro, como ocurre con los estusiastas. [...] Porque obispo significa “vigilante”, “visitador”, es decir, uno que va de visita, que va a ver a la gente. Observa a su alrededor para advertir cómo se enseña y cómo se vive. Vigila con los ojos bien abiertos que no irrumpa ninguna falsa doctrina o que no haya nadie sin escuchar, sin atender a la enseñanza, etc... Un papista que se ajusta a la tarea de vigilancia es un buen obispo, no alguien que se limita a llevar las insignias de su cargo ni permanece sentado en su palacio y no visita a los enfermos, ni a los dolientes, a los solitarios o a los pecadores para ayudarles. Se expone a la debilidad de los hombres porque él mismo es débil y necesita consuelo. Un obispo es alguien impulsado por el deseo, el interés de atender a los posibles creyentes, etc... un hombre que aspira a servir a los débiles y seguro que desea llevar a cabo buenas obras. [...] Quisiera decir unas palabras referentes a la tarea del obispo. Los piadosos se angustian por llegar a serlo. No llegan libremente a la enseñanza sino que son obligados a ello, como yo. Si Dios y el pueblo consideran que soy útil, ni aspiro al puesto ni lo pido, no lo pretendo y menos si pueden poner a otro en mi lugar. Los mejores son los que obran así, los que perciben las necesidades y los errores. Mis propias aspiraciones son secundarias (Lutero, 2000, pp. 95, 96).

Lutero también se refiere a la labor de los diáconos y laicos en la iglesia: “Los diáconos eran gente que sólo predicaba ocasionalmente. [...] En la iglesia debería haber diáconos al servicio del obispo y bajo sus recomendaciones, controlar los aspectos externos de la iglesia” (Lutero, 2000, p. 109.). Como puede notarse, para Lutero la función primordial de los laicos es el gobierno externo de la iglesia, dejando la predicación y la enseñanza en manos del pastor.

Sin embargo, en nuestros días la frontera entre ministerio pastoral y sacerdocio de los creyentes se ha desdibujado, a tal punto que existen superposición de roles, sobrecarga de tareas, etc., ya sea en cuanto a las atribuciones del pastor, ya sea en las funciones que debe ejercer el laicado, todo lo cual a largo plazo termina afectando el crecimiento de la iglesia. Por eso:

Es necesario volver al centro y eje del trabajo pastoral, que son los medios de gracia. El enfoque pastoral en las últimas décadas se ha corrido de la centralidad de los medios de gracia a un tipo gerente que administra y dirige un grupo organizado a partir de propósitos específicos, por eso, sus funciones pueden ser totalmente cubiertas por otros. Pero el enfoque bíblico confesional es que la forma de trabajo de Dios es a través de los medios de gracia, que corresponde a la tarea del pastor. El concepto de separar el oficio con sus funciones resulta en hablar del oficio en términos de rango, como lo afirma Masaki: “En nuestros días todo lo que se refiere al oficio del ministerio está cargado con un lenguaje que denota poder, capacidad, derechos y privilegios, funciones, necesidad, buen orden, piedad, liderazgo y elección.” (pág. 160). Menoscabamos así, el sacerdocio de los bautizados, como afirma Brand: “El papel del laicado será más realzado cuando se enfatice su propia función. Él no lo será por la tentativa de usurpar el papel propiamente reservado al pastor llamado y ordenado.” (pág. 22). (Masaki y Brand, citado en Fritzler, 2011, p. 10).

4.3. EL CRECIMIENTO DE LA IGLESIA

4.3.1. *El crecimiento de la iglesia en el libro de Hechos*

En Hechos de los Apóstoles aparecen una serie de “sumarios en determinados intervalos a lo largo de todo el libro, que relatan en términos generales el progreso del evangelio... (6:7; 9:31; 12:24; 16:5, 19:20; 28:31)” (Harrison, 1980, p. 237). A estas referencias bíblicas pueden añadirse también: Hch 2:41-42, 47b; 4:4; 5:14; 13:48-49; 17:11-12a, 34. Si se los lee en su contexto literario, podrá notarse que la fe, y la consecuente incorporación a la comunidad de fe (la iglesia), viene como resultado de la predicación apostólica, en todo lugar y en todo tiempo: “Todos los días [los Apóstoles], tanto en el Templo como en las casas, no cesaban de enseñar y de anunciar la Buena Noticia de Cristo Jesús” (Hch 5:42); “Pablo se dedicó por entero a la predicación de la Palabra” (Hch 18:5a).

Por el otro lado, en el libro de los Hechos el crecimiento de la iglesia aparece alternado con otros eventos, los cuales se originan dentro como también afuera de la comunidad cristiana. Se presentan como barreras o impedimentos que la misma Palabra de Dios logra superar, haciendo que cada vez más personas lleguen a la fe y a la comunión de la iglesia

cristiana. Estas trabas al avance de la Palabra son, por ejemplo: el acoso y la persecución de parte de las autoridades religiosas judías (4:1-3, 7:55-8:1); el engaño de Ananías y Safira (5:1-11); la codicia de Simón el mago (8:18-23); la inmadurez espiritual de Pedro y de la iglesia de Jerusalén por su apego a la tradición (10:9-16, 34-35; 11:1-4, 18); la persecución de parte del rey Herodes (12:1-5); la oposición satánica de magos y hechiceros (13:6-12; 19:12-13); la envidia de los israelitas de la diáspora (13:44-46); la idolatría y la ceguera espiritual de los pueblos gentiles (14:10-12, 14-15; 17:16-21, 32-33); la falsa enseñanza de la secta de los fariseos (15:1-2, 5-6); la acusación falsa de los paganos por razones económicas y culturales (16:1-21; 19:23-27); la infiltración de doctrinas perniciosas por parte de hombres impíos (20:29-31). Estos ejemplos evidencian la existencia de tres fuerzas antagónicas principales al Reino de Dios en crecimiento: el diablo, el mundo, y la propia carne. Como dice el Catecismo Menor en la explicación a la tercera petición —“Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo”— del Padrenuestro:

...Dios quebranta e impide todo mal consejo y voluntad perversa, que estorbarían santificar el nombre de Dios, o no permitirían que su reino viniese a nosotros, tales como la voluntad del diablo, del mundo y de nuestra propia carne; [...] Él nos fortalece y conserva firmes en su Palabra y en la fe hasta el fin. Todo esto es su misericordiosa y buena voluntad (IELA, 2008, p. 14).

4.3.2. Concepto bíblico-confesional de “crecimiento de la iglesia”

El crecimiento de la iglesia puede ser definido en pocas palabras como el hecho de ser conformados a la Cabeza del Cuerpo: Jesucristo. ¿Qué significa esto? “Ser conformados” consiste en estar adheridos a la nueva realidad del don de Cristo y todo lo que ello implica: “un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos” (Ef 4:4-5); y en seguir participando y disfrutando de ello: “esforzándose por preservar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz” (Ef 4:3), “obedientes de corazón a aquella forma de doctrina [apostólica] a la que fueron entregados” (Ro 6:17).

Es decir: la iglesia no parte del don de Cristo hacia una meta diferente (mayor que el don inicial), sino que se encamina hacia la realización de aquello que ya le pertenece por don divino. ... [Es] el tiempo del disfrute de la conquista divina. Los dones (*dóματα*) son el botín de guerra que el Cristo victorioso en la batalla distribuye entre sus “secuaces”: la iglesia (Ef 4:8). [...] Los personajes enlistados en Ef 4:11 (apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros) son entendidos como dones que Cristo concede a la iglesia (*kai autós édoken*). Todos ellos personifican al oficio del ministerio público de la palabra (Bustamante, R. E. 2011, p. 1).

De ello resulta que las Escrituras atribuyen el crecimiento como proveniente de Cristo y, a su vez, tiene como meta a Cristo: “La comunidad deriva su vida de crecimiento de su Cabeza. El crecimiento de la comunidad ‘desde Él’ es correspondiente a un crecimiento ‘hacia Él’, el cual abraza toda su existencia (τα παντα), Ef 4:15” (Kittel & Friedrich, 1972, p. 518). El pasaje de Gálatas 4:19 expresa la realidad del crecimiento en los siguientes términos:

“que Cristo sea formado en ustedes”. La palabra utilizada es μορφώω “(derivado de μορφή ‘naturaleza, carácter’)”, y significa: “hacer que una cosa tenga determinada forma o naturaleza – ‘formar la naturaleza de’” (BibleWorks 8, 2009).

También 2 Pe 1:4 dice en términos semejantes: “Él nos ha concedido sus preciosas y maravillosas promesas, a fin de que ustedes lleguen a ser partícipes [κοινωνοί] de la naturaleza divina”. Lo contrario al crecimiento de la iglesia, entonces, es lo que san Pablo dice a los gálatas: “De Cristo se han separado, ustedes que procuran ser justificados por la ley; de la gracia han caído” (Gl 5:4).

La participación o comunión entre Cristo y la iglesia debe diferenciarse de la *perichoresis* de las personas de la Trinidad entre sí; es decir, de “la compenetración mutua y singularísima por la cual una Persona está dentro de la otra debido a la unidad de la esencia divina, Juan 14:11, 17:21” (Mueller, 1973, p. 101).

El crecimiento tiene lugar en dos planos de la realidad simultáneamente, estando relacionado un plano con el otro: a) el crecimiento externo: “El *logos* [la palabra de Dios] que crece y se difunde, se interpreta en Hch 6:7 mediante la adición de estas palabras: ‘*aumentaba* el número de los discípulos’” (Balz & Schneider, 1996, p. 536); y b) el crecimiento interno: “1 Pe 2:2, donde se nos dice que así como el lactante crece físicamente por la leche, así también el creyente *crece* espiritualmente por medio de la palabra” (Balz & Schneider, 1996, p. 536). En este sentido, cuando se habla de crecimiento, según Van Dixhorn (2003, p. 293) puede notarse que “en el NT se aplica al crecimiento de la iglesia en número (Hch 6.7; 16.5; 1 Co 3.6) y en profundidad (Ef. 4.16; Col. 2.19)”. Kittel & Friedrich (1972, p. 518) dice: “en primera instancia, aquí αυξει [del verbo αυξανω y αυξω, crecer, desarrollarse, multiplicarse; ver Ef 2:21, Col 2:19] es intensivo antes que extensivo”.

4.3.3. Crecimiento externo

El crecimiento externo de la iglesia es, por graficarlo de alguna manera, geográfico y horizontal (el número visible de nuevos creyentes). Sucede mediante la predicación del evangelio y la confesión de la fe en la vocación cotidiana: “La santa iglesia cristiana se encuentra dondequiera que, y solamente donde, el Evangelio de Cristo se usa, pues, según la promesa de Dios, esta Palabra nunca quedará sin dar frutos (Is 55:10-11)” (IELA, 2008, pp. 67-68). También:

Los que habían recibido su palabra fueron bautizados; y se añadieron aquel día como tres mil almas. Y se dedicaban continuamente a las enseñanzas de los apóstoles, a la comunión, al partimiento del pan y a la oración... estaban juntos y tenían todas las cosas en común... y sus bienes los compartían con todos, según la necesidad de cada uno... partiendo el pan en los hogares... alabando a Dios y hallando favor con todo el pueblo. Y el Señor añadía cada día al número de ellos los que iban siendo salvos (Hch 2:41-42, 44b, 45b, 46b, 47).

En este sentido, “según Ef 2:21, la edificación de la iglesia no se da en la acumulación de virtudes, conocimientos, ahorros, estructura institucional, sino en la incorporación misional de aquellos que antes no eran pueblo y ahora lo son (Ef 2:11-22)” (Bustamante, R. E. 2011, p. 2), mediante el ministerio público de la palabra. También “es aquí donde entra en juego la vocación cotidiana de todo creyente y el ejercicio de los otros oficios eclesiales” (Bustamante, R. E. p. 2). Además, aquí entra en consideración el hecho de que la...

...eterna elección de Dios ha de ser considerada en Cristo, y no fuera de Cristo o sin Cristo... como está escrito: ‘Nos hizo aceptos en el Amado’ (Ef 1:6). Esa elección empero es revelada desde el cielo mediante la palabra predicada (FC DS XI.65a).

4.3.4. Crecimiento interno

Por el otro lado, el crecimiento interno de la iglesia, se puede decir que sucede en las profundidades del corazón, es vertical (oculto ante el mundo, pero manifiesto ante Dios). Consiste en la contrición (pasiva) y la fe, es decir, en el arrepentimiento diario que produce la palabra predicada en forma de ley y evangelio:

Por estos medios, a saber, por la predicación y el oír la palabra, obra Dios en el hombre, quebranta su corazón y lo atrae a sí mismo, de manera que mediante la predicación de la ley viene el hombre al conocimiento de sus pecados y la ira de Dios, y experimenta en el corazón verdadero terror, contrición y pesar, y mediante la predicación y consideración del santo evangelio que habla del misericordioso perdón de los pecados en Cristo, se enciende en él una chispa de fe, con la cual acepta el perdón de los pecados por causa de Cristo y se consuela a sí mismo en la promesa del evangelio; y de este modo se envía al corazón del hombre el Espíritu Santo que obra todo esto (Gl 4:6) (FC DS II.54).

Según Fil 3:10-11, este conocer a Cristo no se trata de una mera “acumulación de datos doctrinales y teóricos, sino de experimentar la muerte y la resurrección de Cristo en el propio cuerpo, en la propia vida” (Bustamante, R. E. 2011, p. 2), a fin de que “la cristiandad crezca y se fortalezca diariamente en la fe y sus frutos que él produce” (FC DS II.38b). Lutero, en *Los concilios y la iglesia* (1539-40), escribe que el pueblo cristiano...

...tiene el Espíritu Santo que los santifica todos los días, no sólo mediante el perdón de los pecados logrado por Cristo (como sostienen erróneamente los antinomistas), sino asimismo mediante el deshacer, borrar y aniquilar sus pecados, por lo cual es llamado un pueblo santo [es decir, la dinámica *justificación-santificación* que obra el Espíritu]. (OL, 1977, vol. VII, p. 247).

El crecimiento interno de la iglesia, entonces, abarca el concepto de iglesia escondida de Lutero:

Lutero no enseña aquí la iglesia invisible (*ecclesia invisibilis*) —esto podría ser interpretado en sentido espiritual y con ello, mal interpretado— sino que habla de la iglesia escondida (*ecclesia abscondita*), iglesia que está oculta bajo aflicción y sufrimientos, burla y escarnio, y que es perseguida y oprimida por aquella otra iglesia que tiene ante el mundo el nombre de tal. [...] Las doctrinas de la iglesia escondida y de la claridad de las Escrituras son tan inseparables como lo son el centro de un círculo (Borcherdt & Merz, en Lutero, 2006, p. 96).

4.3.5. Crecimiento externo e interno

La verdadera iglesia y su crecimiento externo puede ser reconocido sólo mediante sus marcas externas (las marcas de la iglesia). En este sentido, la dimensión interna del crecimiento

de la iglesia se revela como un misterio que sólo puede ser captado a la luz de la revelación de Dios, las Escrituras. No indica necesariamente un crecimiento invisible, sino escondido bajo la cruz, que sólo puede ser “visto” con los ojos de la fe. Como dice 2 Co 12:7-9:

Me fue dada una espina en la carne, un mensajero de Satanás que me abofetee... tres veces he rogado al Señor para que lo quitara de mí. Y Él me ha dicho: ‘Te basta mi gracia, pues mi poder se perfecciona en la debilidad’. Por tanto, con muchísimo gusto me gloriaré más bien en mis debilidades... porque cuando soy débil, entonces soy fuerte.

Al igual que Cristo, la iglesia revela su verdadero rostro ante el mundo en la cruz y en los sufrimientos (teología de la cruz). Este plano interno del crecimiento de la iglesia, que escapa a toda lógica humana, se convierte en locura y en trampa —y también en invisible e imposible de soportar— para quienes confían en sus obras o méritos personales delante Dios y resisten el actuar de Dios en sus vidas (teología de la gloria). Aquí se manifiesta claramente cómo, a través de una obra extraña en nosotros, Dios lleva a cabo su obra propia por nosotros: engendrar el arrepentimiento y la fe. Todo esto nos habla de la grandeza de la misericordia de Dios para con la iglesia en particular pero también con el ser humano en general.

4.3.6. *El propósito del crecimiento: comunión con Dios, comunión con los hermanos*

Los dos planos o aspectos del crecimiento de la iglesia están ligados entre sí y orientados a un mismo propósito: la conformación de la vida del Cuerpo a la vida de la Cabeza, la participación o comunión con Dios Trino (1 Jn 1:1-4). Pues el arrepentimiento y la fe en Cristo (plano vertical), depende del oficio de la palabra predicada de Cristo (plano horizontal): “la fe viene del oír, y el oír, por la palabra de Cristo” (Ro 10:17); “para conseguir esta fe, Dios ha instituido el oficio de la predicación, es decir, ha dado el evangelio y los sacramentos” (CA V.1). Y todo esto, agrega el Catecismo, es obra de Dios:

“Venga tu reino”. ¿Cómo sucede esto? [El Reino de Dios viene] ...cuando el Padre celestial nos da su Espíritu Santo, para que, por su gracia, creamos su santa palabra y llevemos una vida de piedad, tanto aquí en el mundo temporal como allá en el otro, eternamente (CMe III.6-7, 8).

Por tal motivo, las Escrituras atribuyen ambos aspectos del crecimiento de la iglesia únicamente a la acción de Dios. “Así ocurre con frecuencia en las parábolas de Jesús (Mc 4:8; Mt 13:22; Lc 13:19), y también cuando se hace referencia directa al reino de Dios (Mt 6:28)” (Balz & Schneider, 1996, p. 536). Dice la Fórmula de Concordia:

En todo esto el Catecismo no menciona ni con una sola palabra nuestro albedrío o cooperación, sino que atribuye todo al Espíritu Santo, esto es, que mediante el ministerio de la palabra de Dios nos lleva a la iglesia cristiana, en la cual nos santifica y nos hacer crecer en la fe y las buenas obras (FC DS II.37b-38).

El crecimiento de la iglesia, en definitiva, es Cristo uniéndose a ella por los medios de gracia (justificación subjetiva), y es Cristo que luego continúa creciendo en una comunión cada vez más plena con su cristiandad por esos mismos medios: Palabra, Bautismo, Santa Cena (santificación). El Espíritu Santo, de esta manera...

...buscará y se servirá de ella [la iglesia] para dirigir y practicar la palabra, mediante la cual hace y multiplica la santificación, de modo que la cristiandad crezca y se fortalezca diariamente en la fe y sus frutos que él produce. [...] ...a fin de que todos seamos uno en él [Dios] y permanezcamos constantes en esta unidad cristiana, para complacencia de él (FC DS II.37b; FC Ep XI.23b).

Por eso dice Lutero: “La iglesia incluye a Dios quien camina con nosotros y habita entre nosotros, de modo que nos vivifica, guarda y santifica, y con tal convivencia él consigue que exista en esta vida la casa de Dios y la puerta del cielo” (Lutero, citado en RT N° 56, 1967, p. 36). W. Hulme comparte la misma postura:

El bautismo, por lo tanto, es reavivado repetidamente. Existencialmente somos redimidos siendo sepultados con Cristo para lo viejo, y resucitados con Cristo para lo nuevo, y nuestro crecimiento en esta redención acontece por ese mismo proceso. La ley derrumba al viejo hombre, de manera que el Evangelio pueda construir el nuevo hombre. La manera por la cual la vida cristiana viene a existir, es también la manera por la cual ella se desenvuelve (W. Hulme, citado en Hope H., RT, N° 118, p. 30)

No es de extrañarse, entonces, que las Escrituras ilustren la comunión de Cristo y la iglesia con metáforas que son propias de la vida matrimonial y de un alto sentido sacramental. Este misterio de amor queda revelado en la carta de Pablo a los Efesios:

Maridos, amen a su esposa, como Cristo amó a la iglesia y se entregó por ella, para santificarla. Él la purificó con el bautismo del agua y la palabra, porque quiso para sí una iglesia resplandeciente, sin mancha ni arruga y sin ningún defecto, sino santa e inmaculada. Del mismo modo, los maridos deben amar a su mujer como a su propio cuerpo. El que ama a su esposa se ama a sí mismo. Nadie menosprecia a su propio cuerpo, sino que lo alimenta y lo cuida. Así hace Cristo por la iglesia, por nosotros, que somos los miembros de su Cuerpo. Por eso, el hombre dejará a su padre y a su madre para unirse a su mujer, y los dos serán una sola carne. Este es un gran misterio: y yo digo que se refiere a Cristo y a la iglesia (Ef 5:25-32).

Cuando Dios incorpora a una persona a la comunión con Él, también la hace partícipe de la comunión con su Cuerpo, la iglesia. La comunión de los hermanos en la fe entre sí, originada por la comunión con Dios mediante su Palabra y los santos sacramentos del Bautismo y de la Santa Cena, constituye el segundo propósito de Dios en el tema crecimiento de la iglesia. Donde hay comunión con Dios, mediante la participación en las cosas santas (la Palabra y los sacramentos administrados), allí hay también comunión con la familia de Dios. Por ejemplo, refiriéndose a la comunión con Cristo y con todos los santos mediante el sacramento de la Santa Cena, Lutero sostiene:

Cristo instituyó esta doble especie del pan y del vino ante todo para señalar aun más esta unión y comunión que hay en este sacramento, porque no hay unión más íntima, más profunda y más inseparable que esta unión de la vianda con el que es alimentado, puesto que la comida pasa y se transforma en la naturaleza, y se hace un solo ser con el del nutrido. [...] Tan profunda y completa es la comunión de Cristo y de todos los santos con nosotros. De esta manera lo atacan los pecados, y a su vez, nos protege su justicia, puesto que la unión lo hace todo común al extremo de que él destruye totalmente el pecado en nosotros y nos hace semejantes a él en el Día del Juicio (OL, vol. V, 1971, p. 210).

“Para Lutero, el verdadero don y fruto de la Cena del Señor es el perdón de los pecados... El ‘Nuevo Testamento’ es el Sacramento del Altar. Las palabras de la institución son el Evangelio... ‘Dado y derramado por vosotros para la remisión de los pecados’. Este es

el ‘testamento’ de Cristo” (Sasse, 2003, p. 93, 94). Teniendo en claro este punto principal, es que Lutero logra también percibir el significado ético del sacramento de la Santa Cena:

De igual modo también nosotros hemos de unirnos con nuestros prójimos y ellos con nosotros por el mismo amor. [...] Por ello, trata de entregarte también a cada cual para ser común con él y jamás apartarte de nadie con odio e ira, puesto que este sacramento de la comunión, del amor y de la unión, no tolerará desavenencia ni discordia. Has de tomar a pecho los defectos y necesidades de los demás como si fuesen tuyos, y debes ofrecer tu fortuna como si fuera de ellos, como lo hace Cristo contigo en el sacramento. Esto significa transformarse por el amor los unos en los otros; de muchas partes hacerse un pan y una bebida; perder su forma y tomar una forma común (OL, vol. V, 1971, pp. 210, 212).

Como contraparte, Lutero puede a su vez denunciar los abusos en el uso del Sacramento del Altar:

Por ello sucede que los calumniadores, los jueces perversos y menospreciadores de los derechos ajenos recibirán la muerte en el sacramento, como dice San Pablo en 1 Co 11[:29]. No proceden con el prójimo como quieren ser tratados por Cristo y como señala el sacramento. Les envidian sus bienes; no tienen compasión con ellos, no se preocupan por ellos; no obstante, desean ser aceptados por Cristo. [...] ...practiquemos adecuadamente nuestra comunión. Esta intención de Cristo no la notan los hombres y pasan los días celebrando y oyendo misa con su devoción, mas no cambian para nada. Hasta día tras día se vuelven peores sin sentirlo. [...] Hay muchos que no tomando en cuenta este intercambio del amor y la fe, fían en que la misa o el sacramento sea, como dicen, *opus gratum opere operato*, es decir, una obra que por sí misma place a Dios... Debe usarse también en la fe (esto es *opus operantis*) (OL, vol. V, 1971, pp. 212, 213).

Finalmente, Lutero remarca de qué manera, a partir del sacramento y en torno al mismo, la iglesia es edificada para formar así un solo Cuerpo en el Señor:

Por último, el fruto de este sacramento es comunión y amor que nos vigorizan contra la muerte y todo mal. De ese modo la comunión tiene dos aspectos: primero, disfrutamos de Cristo y de todos los santos; segundo, permitimos que también todos los cristianos disfruten de nosotros, en cuanto ellos y nosotros podamos. De tal manera el amor egoísta queda extirpado por este sacramento y entra un amor altruista hacia todos los hombres. En consecuencia, por la transmutación del amor, se forma un pan, una bebida, un cuerpo y una comunidad, es decir, una verdadera unidad fraternal cristiana. (OL, vol. V., 1971, p. 215).

Puede notarse en Lutero que, a partir de los medios de gracia, la meta del crecimiento en la comunidad cristiana se resume en fe para con Dios y en amor para con el prójimo. Donde ambas realidades están presentes o van juntas, allí hay también un verdadero crecimiento, y un ejercitarse en la piedad que reporta promesa de vida para el presente y para el futuro (1 Ti 4:7b-9). El crecimiento de la iglesia debe comprenderse, entonces, dentro del marco de la libertad cristiana, que contempla la comunión con Dios y con el prójimo. Una comunión y una libertad que no se basa en cosas externas:

Un esclavo tiene libertad cristiana, libertad de conciencia, sostiene Lutero, y todavía permanece esclavo... Insistir en que las diferencias en posición externa deben ser abolidas sería transformar el reino mundano en reino espiritual de Cristo, en el cual los gobernantes y los siervos indudablemente están al mismo nivel. [...] Un hombre no puede, como cristiano, atacar al gobernante aunque ese gobernante sea injusto. Debe, como cristiano, aceptar las circunstancias y prepararse para sufrir injusticia [...] La espada no tiene lugar en el reino espiritual [...] Recordamos la exhortación de Lutero a orar cuando el peligro de los turcos se aproximaba. [...] Sólo había una cosa que ellos podían hacer: implorar a Dios que ayude a aguantar la orden que él mismo instituyó sobre la tierra. (Wingren, 2006, p.125).

4.4. LA OBRA DEL ESPÍRITU Y EL CRECIMIENTO DE LA IGLESIA

4.4.1. *El ministerio público de la Palabra*

“Los grandes misioneros son un regalo de Dios, pero no son esenciales para la tarea de la misión. Es el evangelio mismo el que hace misión. El evangelio se sirve de los hombres” (Rooy, 2005, p. 25). A través del ministerio público de la Palabra, Dios Espíritu Santo va integrando, hasta el fin del mundo, a los seres humanos pecadores al seno de la iglesia cristiana, el Cuerpo de Cristo. Así dice san Pablo: “La fe, por lo tanto, nace de la predicación y la predicación se realiza en virtud de la Palabra de Cristo” (Ro 10:17). A lo cual el apóstol Pedro agrega: “han sido engendrados de nuevo, no por germen corruptible, sino incorruptible: la Palabra de Dios, viva y eterna. [...] Como niños recién nacidos, deseen la leche pura de la Palabra, que los hará crecer para la salvación... Esta es la Palabra que les ha sido anunciada, la Buena Noticia” (1 Pe 2:2, 1:25b).

El ministerio público, o el oficio de la predicación,

...en el sentido más amplio abarca cada forma de predicar el evangelio, sea por cristianos en general, o según se haya confiado a un cargo público para la administración de los medios de gracia (*ministri ecclesiae*) en el nombre y por mandato de los cristianos... [Este es] el sentido más estrecho, es decir, el oficio por el cual los medios de gracia, dados a la iglesia como su posesión inalienable, son administrados por orden y en nombre de los cristianos” [por una persona en particular] (Pieper, citado en Fritzler, 2010, p. 31).

Quien administra o da los medios de gracia públicamente en una iglesia es el pastor, que luego de cumplir los requisitos para el ministerio pastoral (1 Ti 3:1-7), es debidamente llamado, ordenado e instalado en esa comunidad cristiana. Así enseña la Confesión de Augsburgo: “Respecto al gobierno eclesiástico se enseña que nadie debe enseñar públicamente en la iglesia ni predicar ni administrar los sacramentos sin llamamiento legítimo” (CA XIV).

4.4.2. *Las marcas de la iglesia*

Dice el libro de los Hechos de los Apóstoles: “Todos se reunían asiduamente para escuchar la enseñanza de los Apóstoles y participar en la vida común, en la fracción del pan y en las oraciones” (Hch 2:42). En términos generales allí queda reflejado lo que Lutero llamó “los siete puntos principales de la santificación cristiana o siete medios de santificación” (OL, 1977, vol. VII, p. 266), también conocidos como las siete marcas de la iglesia. Se trata de las señales o signos visibles mediante los cuales la verdadera iglesia puede ser reconocida, en este orden: a) la Palabra de Dios; b) el sacramento del bautismo; c) el sacramento del altar, o eucaristía; d) las llaves, o absolución pública; e) el oficio público, o ministerio pastoral; f) la oración comunitaria de alabanza y agradecimiento; g) la cruz de Cristo, es decir, los sufrimientos a causa de Cristo y su evangelio (OL, 1977, vol. VII, p. 251-266). Las siete

marcas están ligadas unas con otras, e indican dónde y mediante qué medios Dios crea, preserva y hace crecer la iglesia:

Esta cruz hace ver a la iglesia cuán frágil es el ser humano y cuánto depende de manera absoluta de su cabeza, es decir de Cristo Jesús. Dicha cruz vuelve a la verdadera iglesia en busca de los medios de gracia, los cuales perdonan, sanan, restauran y fortalecen la fe. Este es el testimonio de unidad al que se refiere Juan 17 (Hoffstetter, 2009, p. 50).

En estas siete marcas la iglesia presenta su identidad cristológica, soteriológica y comunitaria. Los cristianos ya no se pertenecen a sí mismos, tampoco son del mundo, sino que son propiedad de Cristo, su Señor: “Ustedes fueron comprados por precio” (1 Co 7:23); “no fueron redimidos de su vana manera de vivir heredada de sus padres con cosas perecederas como oro o plata, sino con sangre preciosa, como de un cordero sin tacha y sin mancha: la sangre de Cristo” (1 Pe 1:18-19). Por esa razón, Lutero explica en el Catecismo Mayor que la palabra Señor significa que Cristo es Redentor, esto es, aquel que los salvó y los condujo de muerte a vida (CMa II.31a). Esta santa comunidad camina por fe, y “no por vista” (2 Co 5:7), en la segura esperanza de que Dios cuidará la obra de sus manos (Sal 138:8b). En ella se confiesan mutuamente los pecados, y se ora los unos por los otros para ser sanados (Sant 5:16).

4.4.3. La centralidad de la fe en la vida cotidiana

El contexto en que los cristianos viven la fe, enseñan la Palabra, sirven y discipulan a otros con sus dones, es su correspondiente vocación o llamado divino en el mundo (*beruf*). Es decir, para aquellos que no han sido llamados por Dios para servir en el oficio público de la predicación pero que sí forman parte del real sacerdocio de los creyentes. Ellos también están llamados a anunciar la Palabra de Dios. “Hemos de ser capaces de edificarnos unos a otros, con la palabra de la ley que corrige y advierte, y con las palabras del evangelio que anuncia el perdón. Así es como nos edificamos unos a otros” (Werning, en Sexauer, *RT* 134, p. 24).

Tan pronto como nos hacemos cristianos por medio de este Sacerdote (Cristo) y su sacerdocio, y mediante la fe nos vestimos de Él en el Bautismo, tenemos el derecho y la autoridad de enseñar y confesar la Palabra que hemos recibido de Él, delante de todo el mundo, cada uno según su vocación y estado en la vida. Pues aunque no todos estamos en el oficio o vocación ministerial [el pastorado], no obstante, todo cristiano debe enseñar, instruir, exhortar, consolar y reprobado mediante la Palabra de Dios cada vez que sea necesario hacerlo, como un padre o una madre lo hacen con sus hijos y subalternos, y un hermano, vecino, paisano o aldeano con el otro. Pues un cristiano puede instruir y amonestar a otro que ignore o no sabe bien los Diez Mandamientos, el Credo, el Padrenuestro, etc., y el que así es enseñado, debe recibir la instrucción como si fuera de la Palabra de Dios, y confesarla públicamente (Lutero, en C. Flor, *RT* 134, p. 41).

Comenzando desde el Bautismo, y continuando a lo largo de las distintas etapas de la vida (primera infancia, niñez, adolescencia, juventud, edad adulta y ancianidad), el Espíritu Santo llama y congrega cada día a la comunión con Dios Padre y con su Hijo Jesucristo. Esto sucede a fin de que la cristiandad vaya siendo conformada a imagen y semejanza de Cristo, la

“imagen del Dios invisible” (Col 1:15). Dios Espíritu Santo, a través de los medios de gracia, injerta a los hombres en Jesucristo y los hace nuevas criaturas, y asimismo les hace crecer “en la gracia y en el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo” (2 Pe 3:18). De esta manera, Cristo no solamente los liga consigo mismo, sino que además va creciendo en ellos, de tal manera que “como Él es, así somos también nosotros en este mundo” (1 Jn 4:17).

La dinámica de la santificación cristiana no se produce sin luchas, sino que diaria y constantemente “el viejo Adán en nosotros [la naturaleza corrompida o concupiscencia] debe ser ahogado por pesar y arrepentimiento diarios” (CMe IV.12a). Así, “Lutero describió nuestra vida en Cristo como una muerte y resurrección diarias” (Eyer, 2008, p. 34). Esto no significa otra cosa que un retorno diario al Bautismo: Cristo, “al morir, él murió al pecado, una vez por todas; y ahora que vive, vive para Dios. Así también ustedes, considérense muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús” (Ro 6:10-11). En la antropología bíblica, por lo tanto, el cristiano es simultánea y enteramente santo y pecador (*simul iustus et peccator*). Desde esta perspectiva, el crecimiento cristiano o “la santificación se efectúa no mediante la reforma del viejo hombre... sino mediante la crucifixión y mortificación de él (Mt 18:8-9)” (Mueller, 1973, p. 259); es totalmente opuesta a “la peste de la auto-ayuda” (Weirich, 2008, 27/08/08). La vida cristiana se presenta así como una lucha constante entre el viejo Adán (viejo hombre) y el hombre nuevo (Cristo), que es realizada bajo la protección y la promesa de Dios:

...ya no estamos sometidos a la Ley, sino a la gracia... y ahora, liberados del pecado, han llegado a ser servidores de la justicia... muertos a todo aquello que nos tenía esclavizados, hemos sido liberados de la [maldición de la] ley, de manera que podamos servir a Dios con un espíritu nuevo (Ro 6:14b, 18, 7:6a).

Por esa razón, es importante que “el jefe de familia” —como dice Lutero al comienzo de cada parte del Catecismo Menor—, sea que se trate del padre, la madre, tíos, abuelos, o algún pariente cercano, vaya instruyendo a los hijos desde temprana edad en las partes centrales de la fe cristiana, tal como están expresadas en el Catecismo: los Diez Mandamientos, el Credo, el Padrenuestro, el Bautismo, el Oficio de las Llaves, la Santa Cena. Además de estas partes principales, que se les enseñe su participación responsable en las tareas del hogar, en la sociedad y en la familia de la fe (la iglesia) a través de la Tabla de Deberes. En cuanto a la vida devocional, es importante inculcarles el hábito diario de la oración matutina y vespertina, y en la hora de las comidas. Para todo esto, el Catecismo de Lutero ofrece modelos de oración apropiados, que pueden ser complementados y enriquecidos de acuerdo a la edad de los niños y las circunstancias del momento. Sobre el deber de educar a los hijos y a los niños en general, Lutero escribe:

Ante todo insiste también en lo mismo con las autoridades y padres, de manera que gobiernen bien, envíen a los niños a la escuela, indicando que están obligados a hacerlo, cometiendo de lo

contrario un pecado maldito, puesto que derriban y asolan con ello (es decir, al no hacerlo) tanto el reino de Dios como el del mundo, como los peores enemigos tanto de Dios como de los hombres. Expón bien qué espantosos daños ocasionan cuando no cooperan a educar a los hijos para llegar a ser pastores, predicadores, escribientes, etc., de modo que Dios los castigará por ello horriblemente. Porque aquí es necesario predicar, ya que los padres y las autoridades pecan ahora en este punto de un modo indecible; el diablo persigue aquí un fin cruel (CMe, Pref. § 19-20).

4.5. EL CRECIMIENTO DE LA IGLESIA EN Tensión ESCATOLÓGICA

El crecimiento de la iglesia se encuentra en tensión escatológica: el Reino de Dios ya vino en el tiempo mediante el anuncio del Evangelio y la fe (CMa III.53), pero todavía no eternamente: “el fin de todas las cosas se acerca; sed, pues, sobrios, y velad en oración” (1 Pe 4:7); “porque el Hijo del Hombre vendrá a la hora menos pensada” (Mt 24:44b); “les aseguro que desde ahora no beberé más del fruto de la vid hasta que llegue el Reino de Dios” (Lc 22.18).

La tensión entre el ya y el todavía no de la venida del Reino, o tensión escatológica, significa que la iglesia puede experimentar ya ahora el don del perdón y la vida eterna, Jesucristo mismo, en un mundo que todavía es “valle de lágrimas” (CMe III.20b) o un “valle de sombra de muerte” (Sal. 23.4). Ambas realidades, la muerte y la vida, se superponen en la realidad presente. El cristiano experimenta esta tensión entre lo viejo y lo nuevo también en sí mismo:

Pero si Cristo vive en ustedes, aunque el cuerpo esté sometido a la muerte a causa del pecado, el espíritu vive a causa de la justicia [de Cristo]. Y si el Espíritu de aquel que resucitó a Jesús habita en ustedes, el que resucitó a Cristo Jesús también dará vida a sus cuerpos mortales, por medio del mismo Espíritu que habita en ustedes (Ro 8:10-11).

Mientras que la vieja era (*eón*) de Adán, y con él, del pecado y de la muerte, está destinada algún día a desaparecer, el nuevo tiempo (nuevo *eón*) de “la restauración de todas las cosas” (Hch 3:21) inaugurado por la encarnación, pasión y resurrección de Jesucristo, perdura para siempre:

...cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: “Devorada ha sido la muerte en victoria.” “¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿dónde, oh sepulcro, tu aguijón?” El aguijón de la muerte es el pecado, y el poder del pecado es la ley; pero a Dios gracias, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo (1 Co 15:54-57).

En su comentario a los Romanos, postula Anders Nygren:

Adán y Cristo —podemos decir resumiendo— representan para Pablo estas dos eras universales, estos dos eones. En el eón antiguo que tiene su punto de partida en Adán, la muerte gobierna con poder ilimitado sobre todos los descendientes de Adán. En el nuevo eón que irrumpe sobre los hombres con la resurrección de Cristo, la vida ha alcanzado un dominio más poderoso aún. ...habla de dos diferentes órdenes de existencia, uno bajo el dominio de la muerte y el otro bajo el de la vida. (Nygren, 2010, p. 26).

Por eso, el apóstol Pablo exhorta a los cristianos: “amados hermanos estén firmes, constantes, abundando siempre en la obra del Señor, sabiendo que su trabajo en el Señor no es en vano” (1 Co 15:58). Se nota, entonces, que “la justificación [por la fe] para Pablo no es un mero artículo de fe, sino la realidad que sirve de fundamento a toda la vida cristiana” (Nygren, 2010, p. 22). ¿Qué significa esto para la realidad actual? Que la iglesia debe cuidarse de no someterse a los valores culturales predominantes en Occidente. Terminaría reflejando lo que Senkbell llama “la cultura TV (instantánea, espontánea, subjetiva, y emocional)” ...utilización de radio y televisión y, más recientemente, de otras formas de comunicación... como la ‘música cristiana’” (Senkbell, 1989, p. 46, 47). No se trata de demonizar a los recursos tecnológicos disponibles hoy, sino de hacer un uso responsable de los mismos, con moderación o equidad (*epiquéia*). Se debe considerar también que “la forma y el objetivo del culto dependerán del enfoque de la teología” (Weirich, 2008, 16/09/2008). En nuestro caso, ese enfoque o eje teológico transversal constituye la justificación por la fe.

Es importante conservar la percepción escatológica de la realidad, a fin de no perder la esperanza que Dios brinda en su Palabra, especialmente cuando en nuestros días suele oírse de crisis en el sistema de salud, hambres, pestes, terremotos, guerras entre las naciones; crisis en los colegios, en la salud pública, el gobierno, la falta de vocaciones pastorales en la iglesia, etc. Todas estas cosas señalan “los últimos tiempos” (1 Ti 4:1a) del viejo *eón*, en los cuales la *Missio Dei* está desenvolviéndose y en los que la iglesia crece: “Esta Buena Noticia del Reino será proclamada en el mundo entero como testimonio delante de todos los pueblo, y entonces llegará el fin” (Mt 24:14). Se trata de un mundo caído en pecado, una creación en la que su orden de cosas inicial fue corrompido y que “está bajo el poder del maligno” (1 Jn 5:19). Pero además, dice el apóstol Pablo, una creación que ahora

...espera ansiosamente esta revelación de los hijos de Dios... Sabemos que la creación entera, hasta el presente, gime y sufre dolores de parto. Y no sólo ella: también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, gemimos interiormente anhelando que se realice la redención de nuestro cuerpo (Ro 8:19b, 22-23).

Mientras tanto, como dice Lutero: “Si supiera que el Señor viniese mañana, hoy igual plantaría el manzano” (Lutero, citado en Rooy, 2005, p. 94). La iglesia cristiana está llamada a un retorno constante a la Palabra/Evangelio. Caso contrario...

...tenemos bien merecido que Dios nos prive de su palabra y de su bendición y consienta que vuelvan los predicadores de la mentira que nos conducen al diablo y absorben además nuestro sudor y nuestra sangre. [...] Dios castiga también al mundo, porque se desprecian tales cosas de un modo espantoso que ya no hay disciplina, ni gobierno, ni paz. Todos nos quejamos de esto también, pero no vemos que es culpa nuestra. Porque, en efecto, como los educamos tendremos luego súbditos depravados y desobedientes. (CMa I.163, 177).

Se hace necesario remarcar, en el ámbito de la iglesia, la responsabilidad primaria de los padres en la instrucción en la fe (catequesis). Asimismo, se hace necesario consolidar en

las iglesias locales (congregación) el ministerio de la predicación, la capacitación teológica continuada, así como las herramientas pedagógicas y los recursos didácticos adecuados para cada etapa de la vida. Sobre la explicación al Cuarto Mandamiento, Lutero escribe:

Convendría predicar a los padres o a quienes desempeñan la función de ellos, sobre cómo deben comportarse con aquellos que les han sido encomendados. [...] No basta sólo con que procuren a sus hijos, criados o súbditos, alimentos y demás necesidades corporales, sino que sobre todo habrán de educarlos para alabanza y gloria de Dios (CMA I.167, 168b).

Todo esto hará posible que la instrucción en la fe sea continuada en el tiempo, o sea, a medida que la persona va transitando las distintas etapas de desarrollo y, también, eventos importantes de la vida, tales como: casamiento, embarazo, celebración de cumpleaños, vacaciones, viudez, pacientes terminales, aniversarios, graduaciones, etc. (ritos de jornada y/o de pasaje). Aquí entra en acción la cooperación mutua entre los padres, las iglesias locales y los seminarios o colegios de la iglesia. El Seminario Concordia, por ejemplo, ofrece diferentes cursos de capacitación teológica, como la Diaconía Ministerial (DiM), el programa de Bachiller Superior en Teología (BST), la Capacitación Continuada de Pastores (CCP), etc. Porque, como dice Harold, “la Iglesia Luterana precisa hacer evangelismo con integridad teológica” (Harold, 2000-01, p. 6). Así “la iglesia del Dios viviente, columna y fundamento de la verdad” (1 Ti 3:15b), va sirviendo, hasta la venida definitiva del Reino de Dios, al designio divino de que la Palabra/Teología sea accesible para todos (Mt 28:18-20).

CONCLUSIÓN

Confesionalidad y crecimiento de la iglesia

La “confesionalidad no es un obstáculo para el crecimiento de la iglesia” (Vilson Scholz, en Kuchenbecker, 2004, p. 68). El testimonio personal de alguien que ha ingresado a la Iglesia Luterana confesional, convencido por la Palabra de Dios —no porque la Iglesia Luterana sea la única que salva, no porque únicamente luteranos van a salvarse, sino porque es la única iglesia que enseña de manera sana la fe y la verdad del Evangelio: sólo Cristo, sólo la gracia, sólo la Escritura, sólo la fe—, esto en verdad resulta irrelevante para Schwarz, como resultado de la heterodoxia histórica a la cual pertenece.

En general, cualquiera que defienda la teología luterana hoy lo hace porque haya comprobado todos los demás puntos de vista —desde el pentecostal hasta el católico romano— y *en consecuencia* decidieran amoldarse a la iglesia luterana, la mejor de las iglesias. Sería una manera extraña, irreal, ahistórica de establecer las cosas. La gente que defiende la teología luterana hoy en día lo hace porque la iglesia luterana es su hogar, y en cierta medida el centro de su universo (Schwarz, 2001, p. 77).

La teología, propiamente hablando, no es un conjunto de informaciones, sino “un hábito práctico del alma” (C.F.W. Walther, citado en Weirich, 2008), a la cual “solo el Espíritu Santo enseña en la escuela de la experiencia” (Walther, 1972, p. 38). Una experiencia de fe que para Lutero se resume así: “Oración, meditación y tentación forman al teólogo” (Lutero, citado en Kuchenbecker, 2004, p. 48).

La teología es existencial: acontece en lo cotidiano. [...] La identidad de cada cristiano antiguo era su confesión en el Señor verdadero. Pues si es el Señor verdadero, entonces también será la fe verdadera. Por eso había las reglas de fe (confesiones), que mantenían la unidad en Cristo, o en el Dios Trino y la iglesia. Confesar la fe, es confesar qué significado tiene Dios para mí, “esto yo creo...” Y la iglesia crece. Confesar es vivir, [porque] el foco es Dios que viene a nuestro encuentro. Su vida [la de la iglesia] es un culto a Dios (Ro 12:1-2), por medio de Cristo [*lex orandi, lex credendi*]. El confesar es la vida de la iglesia, y si fallo, vuelvo a la iglesia para buscar ayuda: que me ayude a confesar, porque no dejé de ser confesor. El confesar es expresar su fundamento, su identidad. Tertuliano lo llamó “reglas de fe”, pero ellas quedaron flexibles en la iglesia, enriqueciéndose, hasta la gran controversia de Arrio. La iglesia reconocía la unidad en la diversidad. Por eso, lo del ecumenismo [ej. refiriéndose al CMI, etc.] es cosa sin sentido (Weirich, 2008, 13/08/08).

La teología luterana confesional, a contramano de lo que su nombre parece indicar, no lleva este nombre en referencia a una persona, Martín Lutero, sino por la confesión de fe que Lutero predicó y enseñó, y que está en consonancia con la doctrina apostólica. El compendio de la doctrina luterana se halla en el Libro de Concordia, en el cual, por ejemplo, aparece el Catecismo Menor de Lutero que se divide en seis partes principales: los Diez Mandamientos, el Credo Apostólico, el Padrenuestro, el sacramento del Bautismo, el Oficio de las Llaves (confesión y absolución), y el sacramento del Altar o la Santa Cena. Como queda evidente, adherir a la teología luterana, es confesar la misma fe que tuvieron san Pedro, san Pablo y toda la iglesia cristiana desde el principio hasta el fin del mundo. Se trata de la misma “fe

histórica” (Carlos Nagel, sermón del centenario de IELA, 2005), el mismo evangelio. Sin embargo, Schwarz considera esta fe “extraña, irreal, ahistórica”, y con doble sentido se burla de aquellos que confiesan dicha fe, cuando dice: “La iglesia luterana, la mejor de las iglesias” (Schwarz, 2001, p. 75).

Nuestra identidad cristiana, como Iglesia Luterana, está profundamente arraigada en la obra misericordiosa de Dios Padre en Cristo Jesús, Señor Nuestro, quien nos ha dado su Espíritu, de tal manera que por la Palabra del evangelio, fuimos llevados a Cristo; mediante el Bautismo, fuimos injertados en Él (Ro 6:3-4); y mediante la Santa Cena, Él permanece con nosotros por el don del perdón de los pecados, la vida y la salvación eterna. Así como el ser humano no puede presentarse delante de Dios alegando como defensa sus propias obras, así también la identidad cristiana de la Iglesia Luterana no se basa en obras y tradiciones humanas, sino que reside en Dios mediante la fe. Como dice el Salmo: “Fuera de ti nada deseo en la tierra. Mi carne y mi corazón desfallecen; mas la roca de mi corazón y mi porción es Dios para siempre” (Sal 73:25-26). Por eso, quizás la máxima expresión de esta identidad cristiana sea en la Iglesia Luterana confesional el himno *Castillo Fuerte es nuestro Dios* (Culto Cristiano, 1976, himno N° 129).

La eclesiología de Lutero es teocéntrica. Dios —Padre, Hijo y Espíritu— es en última instancia, el sujeto de la obra, la fuerza motriz y la garantía del crecimiento de la iglesia y de su existencia. La iglesia es creada y sostenida por Dios a través de aquellas obras que ya había realizado y de aquellas que él continúa haciendo hasta la venida de su reino de gloria. Lutero hace hincapié en que Dios crea y reúne a su iglesia mediante la Palabra/Evangelio. El mensaje del evangelio debe ser claro y puro y debe poner a Cristo en el centro. [...] Para Lutero, la iglesia y la misión es, en última instancia, la obra de Dios (*missio Dei*). En su eclesiología y misionología, Lutero destaca el señorío de Cristo por medio del Evangelio en la Palabra y Sacramentos (Öberg, 2007, pp. 81, 82).

La iglesia y el crecimiento de la misma no es un “mar de rosas”, como dice el refrán popular, pues “no hay rosas sin espinas”; es decir, la espina del pecado y de la culpa. Pero también, al mismo tiempo, “somos la fragancia de Cristo al servicio de Dios, tanto entre los que se salvan, como entre lo que se pierden” (2 Co 2:15); o sea, que hemos sido santificados y hechos “aceptos en el Amado” (Ef 1:6). Comentando el artículo XVIII de la Confesión de Augsburgo, dice Weirich: “No podemos vivir sin recursos, pero sí separar especialmente al líder (Hch 6:1-7) ... La palabra del pastor no puede ser sobre dinero, autoridad, etc., y sí sobre la fe del Evangelio. [Porque] la Palabra construye la iglesia” (Weirich, 2008, 19/11/08).

Y es aquí donde se encuentra el nudo de la cuestión: “El verdadero escándalo de los hombres [no es la iglesia, sino que] lo encuentran en la cruz y en su mensaje de gracia y amor de Dios. Ese escándalo no puede y no debe ser removido, porque eso es de hecho la esencia del Evangelio, del *Kerigma*” (Grasel, 1994, p. 33).

El hecho de que la iglesia confiese su fe, desde la perspectiva de Dios significa que la misma está participando de la *Missio Dei*. Confesión y misión van de la mano: “Confesión y misión —declaración de fe y proclamación— son inseparables” (Hartenstein, 2001, p. 32). Como dice Wilhelm Andersen, “de la misma manera que la iglesia deja de ser iglesia si no es misionera, la teología deja de ser teología si pierde su carácter misionero” (W. Andersen, citado en Neitzel, 2000, p. 17).

Pero Christian Schwarz parece ignorar estas cosas. Un “enfoque interdenominacional”, como Schwarz propone (2001, p. 79), representa asumir un modelo teológico equivocado (el modelo del DNI) y en consecuencia renunciar a la confesión de fe ortodoxa y, por lo tanto, a la *Missio Dei*. En palabras de Lutero:

...lo que él con su iglesia juzga y ordena [el Reformador se está refiriendo aquí al papado], debe ser considerado como espíritu y justo, aunque esté sobre y contra la Escritura y la palabra externa. Todo esto es el diablo o la antigua serpiente que hizo a Adán y Eva entusiastas, que los llevó de la palabra externa de Dios a una falsa espiritualidad y a opiniones propias. No obstante, lo hizo, también mediante palabras externas, pero de otra índole [...] En resumen: El entusiasmo reside en Adán y sus hijos desde el comienzo hasta el fin del mundo, infundido en ellos e inyectado como veneno por el viejo dragón (Ap. 12:9) y constituye el origen, la fuerza y el poder de todas las herejías y también del papado y del islamismo. Por eso debemos y tenemos que perseverar con insistencia en que Dios sólo quiere relacionarse con nosotros los hombres mediante su palabra externa y por los sacramentos únicamente. Todo lo que se diga jactanciosamente del espíritu sin tal palabra y sacramentos, es del diablo (AE III, VIII.4b-6a, 9-11a).

Cristo dice: “Serán mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y samaria, y hasta los confines de la tierra” (Hch 1:8b). ¿Testigos de quién, o de cuál mensaje? De la doctrina de la justificación por la fe en Cristo: “No podemos lograr el perdón del pecado y la justicia delante de Dios mediante nuestro mérito, obra y satisfacción, sino que obtenemos el perdón del pecado y llegamos a ser justos delante de Dios por gracia, por causa de Cristo mediante la fe” (CA IV.1-2a). El Reformador agrega: “Apartarse de este artículo o hacer concesiones no es posible, aunque se hundan el cielo y la tierra y todo cuanto es perecedero. [...] Sobre este artículo reposa todo lo que enseñamos y vivimos” (AE II, 1.5). Pero, “el ser humano desgraciadamente menosprecia las cosas de Dios, pero estima en alto grado las obras de los hombres” (Walther, 1972, p. 306). Obsérvese un ejemplo de ello, cuando el DNI cuando interpreta el pasaje de Mateo 7:17:

En vez de empezar con la pregunta. “¿Cómo podemos conseguir que venga más gente a la iglesia?”, nosotros preguntamos: “¿Cómo podemos crecer en cada una de las ocho áreas cualitativas?” Detrás de este enfoque se halla la convicción con base teológica y empírica de que la calidad en estas áreas siempre resultará en un crecimiento cuantitativo (por ej. más personas que asisten a la iglesia). La base de este enfoque cualitativo es el principio bíblico de que un buen árbol produce buen fruto (Mateo 7:17). Esto significa que ya que el árbol es bueno (tiene una alta calidad) también produce buen fruto (más cristianos que se unen a la iglesia). ¡Es fascinante ver qué bien confirma la exactitud de esta afirmación bíblica un estudio empírico! (Schwarz, 1999, p. 26).

Jesucristo, en cambio, se refiere a otra cosa: en que los creyentes tengan cuidado con los falsos profetas, que son lobos vestidos con piel de ovejas (Mt 7:15-20). Escribe Lutero:

Aplicad esta regla —dice el Señor— a los falsos profetas, y no podréis fallar, cualquiera sea su apariencia. Aun cuando el lobo se vista con veinte pieles de oveja, lo habréis de reconocer, y no os podrá engañar. Ahora bien, ¿cuál es el fruto del verdadero profeta o predicador, por el cual se pueda reconocer que no es un lobo, sino un piadoso cordero? No lo son su vida exterior, su título y oficio, ni tampoco talento o gracias especiales [léase, *dones espirituales*]. Porque el Señor mismo afirma, y así lo enseña la experiencia, que estas cosas a menudo engañan a la gente. El fruto verdadero es, como lo dice el Señor al final del simil, que se haga la voluntad del Padre celestial. [...] Cumplir la voluntad del Padre quiere decir, como lo manifiesta Cristo en Juan 6:40: ‘Esta es la voluntad del que me ha enviado. Que todo aquel que ve al Hijo, y cree en él, tenga vida eterna; y yo lo resucitaré en el día postrero’. Este es el único camino que hemos de andar, tanto los predicadores como los oyentes, si queremos ser salvos. [...] El que lo recibe ahora y cree en él, esto es, el que se consuela en él pensando que Dios, a causa de su Hijo, le es misericordioso, le perdona los pecados y le da vida eterna, etc., *quien predica esto con rectitud, y señala a Cristo como el único mediador entre Dios y los hombres, el tal, como predicador, hace la voluntad de Dios*. Este es el verdadero fruto por el cual nadie puede engañarse ni ser inducido a error. Porque, si fuera posible que el diablo mismo predicara esto, tal predicación no podría ser falsa ni engañosa; el que creyere, tendría lo que esa predicación le promete. A *este fruto*, que es el *principal* y más *seguro*, el cual no puede engañar, le siguen otros, a saber, que la vida esté en perfecta armonía con esta enseñanza y no la contradiga. Pero estos frutos *sólo* han de considerarse como *frutos verdaderos* cuando *le preceda el primer fruto*, es decir, *la doctrina de Cristo* (Lutero, citado en Walther, 1972, pp. 342-343).

Palabras finales

Los que componen el Cuerpo de Cristo fueron redimidos por Dios para ser personas en Cristo. Mediante la Palabra de Dios y los sacramentos, y por ningún otro medio, el Reino de Dios se hizo y seguirá viniendo a la vida de cada persona para rescatarla del pecado, la muerte y el infierno. Esto es especialmente importante de remarcar hoy, donde predominan el consumismo, el hedonismo, el relativismo, el individualismo, etc., que desorientan y tientan a tantos a vivir como en una especie de *Matrix* de la cual no pueden ya salir. Pero “si el Hijo los libera, ustedes serán realmente libres” (Jn 8:36). El ser humano no piensa que necesita al verdadero Dios, y “no hay temor de Dios delante de sus ojos” (Sal 36:1; Ro 3:18). Su propio dios es la ciencia y la tecnología. Son ídolos que se ha fabricado para sí mismo. Así se olvida de la advertencia del profeta Isaías: “No te engañe tu dios en quien tú confías” (Is 37:10).

Entonces, “la gran pregunta hoy es: En el mundo, ¿dónde está Dios?” (Senkbeil, 1989, p. 18). En el pietismo, por ejemplo, “la atención está puesta, no en la palabra externa del evangelio, sino en los impulsos internos de un corazón santificado” (Senkbeil, p. 28). La situación no es muy diferente en otros movimientos, como son la Nueva Era, etc. Pero, ¿dónde está Dios? Dice Paulo Weirich:

En la comprensión bíblica, el Reino de Dios es el mundo. [La distinción entre] sagrado y profano no existe. El Reino de Dios es una realidad que nosotros no vemos [directamente], todo lo vemos como a través de un espejo [1 Co 13:12]. En ese sentido, lo que nosotros vemos, es un engaño. Por eso preciso rever la Biblia a la luz de Cristo que murió por el mundo (literalmente). Yo mismo soy “mundo”; lo que me diferencia a mí de los demás es que sé, en misericordia,

[que] Dios Todopoderoso me dio vida en la Alianza de Jesús. Yo soy integrado al Reino (soy sujeto pasivo, por mi incapacidad), recibo, y de gracia. ¿Qué cosas identifican la presencia del Reino en el mundo? Agua, pan, vino, la palabra que oímos. [Es] una realidad concreta, palpable, pero absurda al sentido común. Cuando están estas cosas, está el Reino de Dios, y abraza a buenos y malos. [Fuera de estas cosas,] el Reino de Dios no puede ser localizado en algún lugar (Roma, Israel, IELB, etc.) (Weirich, 2008, 05/08/08).

“No obstante el gran respeto que sentimos por nuestra iglesia, lejos esté de nosotros el ser tan fanáticos como para decir que nuestra iglesia luterana es la única que salva. La verdadera iglesia está diseminada por todo el orbe. [...] Ella se mantiene unida, aunque esté separada por el tiempo y el espacio” (Walther, 1972, p. 273). Por eso, dejando atrás todo orgullo o vanagloria basado en una determinada tradición, historia o etnia específica, “permanezcamos en ella [la Palabra/Evangelio] y aumentemos día por día, y para que entre otras personas obtenga aplauso y adhesión y se extienda poderosamente por el mundo, a fin de que muchos otros vengan al reino de gracia y sean partícipes de la redención conducidos por el Espíritu Santo” (CMA III.52b). Que la Palabra produzca y acreciente en nosotros el arrepentimiento, la “*metánoia*, [que] es un cambio de mentalidad efectuado por el Espíritu Santo mediante la fe” (Warth, 2002, p. 95). Porque: “¿Cómo caer de la gracia, o de la fe? Parando de pensar, y siguiendo la corriente de la mayoría (del mundo)” (Weirich, 2008, 18/11/08).

El que descendió es el mismo que ascendió por encima de todos los cielos, para llenarlo todo. Él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; y a otros, pastores y maestros, a fin de capacitar al pueblo de Dios para la obra de servicio, para edificar el cuerpo de Cristo. De este modo, todos llegaremos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a una humanidad perfecta que se conforme a la plena estatura de Cristo. Así ya no seremos niños, zarandeados por las olas y llevados de aquí para allá por todo viento de enseñanza y por la astucia y los artificios de quienes emplean artimañas engañosas. Más bien, al vivir la verdad con amor, creceremos hasta ser en todo como aquel que es la cabeza, es decir, Cristo. Por su acción todo el cuerpo crece y se edifica en amor, sostenido y ajustado por todos los ligamentos, según la actividad propia de cada miembro (Ef 4:10-16, NVI).

BIBLIOGRAFÍA

- Althaus, P. (2008). *A teologia de Martinho Lutero*, Kuchenbecker (tra. de *The Theology of Martin Luther*). Canoas: Editora da ULBRA - Editora Concórdia.
- Árbol de Vida. (2011). *Apóstoles En La Iglesia De Hoy - Peter Wagner*. Recuperado el 20 de mayo de 2011, de Árbol de Vida Web: Tu Librería Cristiana Online.: <http://www.arboldevidaweb.com/site/vmchk/Evangelizacion/Apostoles-En-La-Iglesia-De-Hoy-peter-wagner/flypage.tpl.html>
- Balz, H., & Schneider, G. (. (1996). *Diccionario exegético del Nuevo Testamento, Vol. I, Cruz-Garrido* (tra. de *Exegetisches wörterbuch zum Neuen Testament I y II*). Salamanca: Ediciones Sígueme.
- Bayer, Oswald. (2007). *A teologia de Martim Luthero: Uma atualização*, N. Schneider (tra. de *Martin Luthers Theologie – 2.Auflage*). São Leopoldo: Editora Sinodal.
- BibleWorks8. (2009). Low-Nida Lexicon 58.4 μρρρρρ.
- Blank, R. H. (1999). *Juan, un comentario teológico y pastoral al cuarto evangelio*. Saint Louis: Editorial Concordia.
- Bosch, D. J. (2000). *Misión en transformación. Cambios de paradigma en la teología de la misión*, G. Atiencia (tra. de *Transforming Mission: Paradigm Shifts in Theology of Mission*). Grand Rapids: Libros Desafío.
- Buenas Noticias. (1999). *Ley y Evangelio, N° 11*, pp. 28-29. Saint Louis: Concordia Mission Society.
- Bustamante, Boris. P. (2010). Más allá de los números. En Premio de Ensayo Letra Viva 2010, *Los desafíos de ser cristianos en América Latina hoy* (págs. 13-50). Lima: Ediciones Puma.
- Bustamante, Roberto. E. (2011). Notas sobre Ef 4:1-16 extraídas del comentario de Schlier, (págs. 1-4).
- ¡Cantad al Señor! (1991). Saint Louis: Editorial Concordia.
- Carrillo, M. R. (agosto de 2007). *La Nueva Reforma Apostólica: Un pretendido sacerdocio sobre el sacerdocio*. Recuperado el 03 de mayo de 2011, de <http://vozdejehova.wordpress.com/2010/05/11/la-nueva-reforma-apostolica-un-pretendido-sacerdocio-sobre-el-sacerdocio/>
- Castillo, M. R. (s.f.). *Cash Luna y su falso modelo G-12*. Recuperado el 05 de septiembre de 2011, de Castillo, Miguel Rosell. (2008). *Cash Luna y su falso*

- modelo G-12. Recuperado de http://bismarck77.obolog.com/cash-luna-falso-modelo-g-12-162448/page/2#comments_list
- CoachNet, I. (2001). *Desarrollo Natural de la Iglesia*. Recuperado el 06 de marzo de 2010, de <http://www.experimentaexpansion.com/lider/documentos/Talleres/Desarrollo%20Natural%20de%20la%20Iglesia.pdf>
- Conducidos Con Propósito Argentina. (s.f.). *Características de las Iglesias con Propósito*. Recuperado el 07 de septiembre de 2011, de <http://www.ccpargentina.com.ar/icp.htm>
- Culto Cristiano. (1976). (3ª ed.). Buenos Aires: Publicaciones El Escudo.
- Eyer, R. C. (2008). *Cuidado pastoral*, S. Solano (tra. de *Pastoral Care under the Cross*). Saint Louis: Editorial Concordia.
- Flor, C. (1988). El sacerdocio universal de todos los creyentes en la vida diaria. (Base para una reflexión grupal). *Revista Teológica*, 39-42.
- Fritzler, S. A. (2011). Administración de la Santa Cena por Laicos. *Conferencia Pastoral del Distrito Buenos Aires y Sur - San Justo, 3 al 5 de junio de 2011*.
- Fritzler, S. A. (2010). *Biblioteca Teológica Concordia: El oficio pastoral. Exposición bíblica e histórica del ministerio público de la iglesia*. Saint Louis: Editorial Concordia.
- Gamboa, V. P. (s.f.). *Estudio sobre la falsa visión celular G-12*. Recuperado el 05 de septiembre de 2011, de Gamboa, Víctor Pino. (2008). Estudio sobre la falsa visión celular <http://bismarck77.obolog.com/estudio-falsa-vision-celular-g-12-175325>
- Garrison, D. (2000). *Church Planting Movements*. Richmond: International Mission Board, SBC.
- Graff, A. (2005). *Cadernos Universitários: Teologia da missão da Igreja (Nº 245)*. Canoas: Ed. ULBRA.
- Grasel, G. (1994). A leitura do tempo: Desafios para a Igreja Brasileira num contexto secularizado. *Igreja Luterana, Nº 1*, 3-33.
- Harold, S. E. (2000-01). Augsburg evangelism. *Lutheran Theological Review*, vol. XIII, 6-25.
- Harrison, E. F. (1980). *Introducción al Nuevo Testamento*, R. Wolf (tra. de *Introduction to the New Testament*), 4ª reimposición, 2007. Grand Rapids: Libros Desafío.

- Hartenstein, K. (2001). The Augsburg Confession and its Missiological Significance, K. D. Schulz (tra. de *Die Augsburger Konfession und ihre Bedeutung für die Mission*). *Concordia Theological Quarterly*, January, Volume 65:1 , 31-46.
- Hofstetter, M. J. (2009). Las siete marcas de la iglesia como paradigma para el diálogo y las relaciones ecuménicas. *Tesina presentada a la Facultad de Teología del Seminario Concordia en cumplimiento parcial de los requisitos del programa de Bachiller Superior en Teología*. Seminario Concordia Iglesia Evangélica Luterana Argentina.
- Hope, Héctor. (1984). Justificación-Santificación. *Revista Teológica* N° 118, 26-30.
- Houston, J. M. (2003). *Mentoria Espiritual. O desafio de transformar individuos em pessoas*, M. Biato (tra. de *The Mentored Life*). Rio de Janeiro: Editora Sepal - Editora Textus.
- Huebel, G. (1986). The Church Growth Movement: A Word of Caution. *Concordia Theological Quaterly*, vol. 50, n° 3-4 , 165-181.
- IELA. (2008). *Catecismo Menor* (2ª ed.). Buenos Aires: Editorial Concordia Argentina.
- Jeremías, J. (1992). *Las parábolas de Jesús (10ª ed.)*, F. J. Calvo (tra. de *Die Gleichnisse Jesu*). Estella (Navarra): Editorial Verbo Divino.
- Kittel, G., & Friedrich, G. (1972). *Theological Dictionary of the New Testament*, Vol. VIII T-Y, G. W. Bromiley (tra. de *De Theologisches wörterbuch zum Neuen Testament*). 7ª impresión 1979. Grand Rapids: WM. B. Eerdmans Publishing Company.
- Kuchenbecker, H. R. (2004). *Teologia para hoje: Teologia e Métodos* (vol. 5). Porto Alegre: Concórdia Editora.
- Küng, H. (1995). *Martín Lutero: Retorno al Evangelio como ejemplo clásico de cambio de paradigma*. Recuperado el 23 de diciembre de 2010, de Escritura y Verdad: <http://www.escriturayverdad.cl/LUTERANISMO1/7.pdf>
- LCMS, CTCR de. (1987). *Evangelização e Crescimento da Igreja*, Eleonora Iris Rehfeldt Kautmann (trad.). Porto Alegre: Centro Administrativo da IELB.
- LCMS, CTCR de. (2003). *Teologia para hoje: Dons espirituais. Um estudo sobre dons espirituais e inventários de dons espirituais* (vol. 2), G. L. Linden (trad.). Porto Alegre: Concórdia Editora.
- Lenski, R. C. H. (1943). *Commentary on the New Testament: The Interpretation of St. Matthew's Gospel* (vol. 1). Columbus (Ohio): The Wartburg Press.

- Lenski, R. C. H. (1946). *Commentary on the New Testament: The Interpretation of St. Mark's Gospel (vol. 2)*. Columbus (Ohio): The Wartburg Press.
- Lescano, R. (2003). *Martín Lutero. La reivindicación de las verdades bíblicas sobre las tradiciones humanas*. Córdoba (Arg.): Ediciones del Boulevard.
- Levoratti, A. J., & B., T. A. (1995). *El Libro de la Nueva Alianza: El Nuevo Testamento*. Buenos Aires: Fundación Palabra de Vida.
- Loewenich, Walther von. (1988). *A teología da cruz de Lutero*, W. O. Schlupp & I. Kayser (tra. de *De Luthers Theologia crucis*, 6ª ed.). São Leopoldo: Editora Sinodal.
- Lutero, M. (2000). *Comentarios de Martín Lutero. Primera carta del apóstol Pablo a Timoteo - Vol. 5*, R. R. i Moreno (trad). Viladecavalls (Barcelona): Editorial CLIE.
- Lutero, M. (1983). *La libertad cristiana*. Buenos Aires: Editorial La Aurora.
- Lutero, M. (2006). *La voluntad determinada*, E. Sexauer (tra. de *Martin Luther, Ausgewählte Werke*). Saint Louis: Editorial Concordia.
- Lutero, M. (2008). *Martín Lutero, intérprete bíblico. Hermenéutica y exégesis*, C. Witthaus (trad.). Saint Louis: Editorial Concordia.
- Lutero, M. (1967). *Obras de Martín Lutero (vol. 1)*, M. Vallejo Díaz (ed.). Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Lutero, M. (1971). *Obras de Martín Lutero (vol. 5)*, C. Witthaus y M. Vallejo Díaz (eds.). Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Lutero, M. (1977). *Obras de Martín Lutero (vol. 7)*, C. Witthaus, E. Sexauer. Buenos Aires: Publicaciones El Escudo.
- Lutero, M. (1983). *Obras de Martín Lutero (vol. 9)*, E. Sexauer (trad.). Buenos Aires: Editoria La Aurora.
- Luther, M. (1959). *Luther's Works (vol. 51)*, J. Pelikan & H. T. Lehmann (eds.). Saint Louis - Philadelphia: Concordia Publishing House - Muhlenberg and Fortress.
- Meléndez, A. A. (2000). *Libro de Concordia. Las Confesiones de la Iglesia Evangélica Luterana*. (2ª ed.). Saint Louis: Editorial Concordia.
- Misión Carismática Internacional. (s.f.). *¿Qué es el G12?* Recuperado el 05 de septiembre de 2011, de <http://www.g12.me/en/g12/36-ique-es-el-g12>.
- Mueller, J. T. (1973). *Doctrina cristiana* (3ª ed.). Saint Louis: Editorial Concordia.

- Müller, K. (. (1997). *Dictionary of Mission*, S. B. Bevans & R. H. Bliese (tra. de *Lexicon Missionstheologischer Grundbegriffe*). Maryknoll: Orbis Books.
- Neitzel, L. (2000). A missao de Deus. *Vox Concordiana*, Ano 15, Nº 1 , 9-24.
- Nygren, A. (2010). *La epístola a los Romanos*, C. Witthaus y G. Mayena (tra. de *Ronuirbrevet*). Saint Louis: Editorial Concordia.
- Öberg, I. (2007). *Luther and World Mission. A historical and Sistematic Study*, D. Apel (tra. de *Luther och världsmissionen: Historisk-Systematiska studier med särskild hänsyn till bibelutläggningen*). Saint Louis: Concordia Publishing House.
- Rooy, S. H. (2005). *Lutero y la misión. Teología y práctica de la misión en Martín Lutero*. Saint Louis: Editorial Concordia.
- Santa Biblia Reina-Valera 1960*. (2010). Sociedades Bíblicas Unidas.
- Sasse, Hermann. (1952). *Letters to Lutheran Pastors, No. 22. The Deconfessionalization of Lutheranism? Remarks on the present situation of the Lutheran Churches*. Recuperado el 15 de agosto de 2011, de <http://www.clai.org.au/articles/sasse/deconfes.htm>
- Sasse, Hermann. (2003). *Isto é o meu Corpo: A luta de Lutero em defesa da presença real no Sacramento do Altar*, M. L. Rehfeldt (tra. de *This is My Body – Luther's Contention for the Real Presence in the Sacrament of the Altar*), 2ª ed. Porto Alegre: Concórdia Editora.
- Schaeffer, G. E. (2000-2001). The Missio Dei: The man's "hidden" restoration of humankind's co-regency over all creation. *Lutheran Theological Review* , 42-55.
- Schelske, S. (2007). La Reforma y su influencia en la cosmovisión de Occidente moderno. *Revista Teológica*, Nº 165 , 12-30.
- Schwarz, C. A. (2001). *Cambio de paradigma en la Iglesia. Cómo el desarrollo natural de la Iglesia puede transformar el pensamiento teológico*. Viladecavalls (Barcelona): Editorial CLIE.
- Schwarz, C. A. (1996). *Desarrollo Natural de la Iglesia. Ocho características básicas de una iglesia saludable*. Terrasa (Barcelona): Editorial CLIE.
- Schwarz, C. A. (1999). *El ABC del Desarrollo Natural de la Iglesia*. Terrasa (Barcelona): Editorial CLIE.
- Schwarz, C. A. (1999). *El Desarrollo Natural de la Iglesia en la práctica*. Viladecavalls (Barcelona): Editorial CLIE.

- Schwarz, C. A. (2001b). *Los 3 colores del ministerio*, B. Fernández (tra. de *The 3 Colors of Ministry*). Terrasa: Editorial CLIE.
- Senkbell, H. L. (1989). *Santification: Crist in action. Evangelical Challenge and Lutheran Response*. Milwaukee (Wisconsin): Northwestern Publishing House.
- Sexauer, E. (1988). Nuevos pasos hacia la seguridad y la dicha, en *Revista Teológica*, 134, 3-25.
- The Lockman Foundation. (2005). *Nueva Biblia de los Hispanos*. La Habra (California): Foundations Publications.
- Tucker, R. A. (1988). *Hasta lo último de la tierra*, J. A. Giraldo (tra. de *From Jerusalem to Irian Jaya*). Miami: Editorial Vida.
- Van Dixhorn, L. R. (2003). *Nuevo Diccionario Bíblico Certeza*, 2ª ed., D. Powell (tra. de *New Bible Dictionary*). Barcelona-Buenos Aires-La Paz: Ediciones Certeza Unida.
- Wagenveld, J. (2000). *Iglecrecimiento Integral. Una introducción bíblica al estudio del crecimiento de la iglesia*. Miami: Editorial Unilit.
- Walther, C. F. (1972). *Ley y Evangelio*, E. W. Weigandt (tra. de *Die Rechte Unterscheidung von Gesetz und Evangelium*). Buenos Aires: LCMS.
- Warth, M. C. (2002). *A ética de cada día*. Canoas: Ed. ULBRA.
- Weirich, Paulo. P. (2008). Apuntes de clase de *Homilética II* (Seminario Concordia de San Leopoldo) y/o de *Documentos Confesionales de la Reforma Luterana* (ULBRA, Canoas). (Adrián Correnti, entrevistador).
- Wingren, G. (2006). *A vocacao segundo Lutero*, M. L. Hoffmann (tra. de *Luther on vocation*). Canoas: Ed. ULBRA.
- Zamorano, A. I. (s.f.). *Reforma Apostólica y paternidad espiritual*. Recuperado el 02 de mayo de 2011, de Casa Apostólica Movilización Cristiana para América Latina, Santiago (Chile): <http://atalayasenaccion.net/estudios%20atalayas/Apostoles/paternidad.pdf>